
FINALISTA XLV PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO
Gregorio G. Olmos
EL HOSPITAL DE LA PIEDRA
FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

Índice

Cubierta

EL HOSPITAL DE LA PIEDRA

Preámbulo

LIBRO PRIMERO

I. El escritorio de las sedas

II. El mercader de escritorio

III. La despedida

IV. Johan

V. Los traficantes de inocentes

LIBRO SEGUNDO

VI. El Hospital de la Piedra

VII. El Toledano

VIII. El enviado del cabildo

IX. ¿Tú eres moro o judío?

X. La benefactora

XI. Los oficios

LIBRO TERCERO

XII. Hasta el fin de los días

Epílogo

Créditos

EL HOSPITAL DE LA PIEDRA

FINALISTA XLV PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Gregorio G. Olmos

EL HOSPITAL DE LA PIEDRA

HISTORIA DE UN CONVERSO TOLEDANO

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

En memoria de mi maestro y amigo,
don José Jiménez Lozano.

PREÁMBULO

Loca justicia, muchos alguaciles,
cirineos de putas y ladrones,
seis caballeros y seiscientos dones,
argentería de linajes viles;

doncellas despuntadas por sutiles,
dueñas para hacer dueñas intenciones,
necios a pares y discretos nones,
galanes con adornos mujeriles;

maridos a corneta ejercitados,
madres que acedan hijas con el vino,
bravos de mancomún y común miedo;

jurados contra el pueblo conjurados,
amigos como el tiempo, de camino,
las calles muladar... Esto es Toledo.

CONDE DE VILLAMEDIANA,
«Descripción de Toledo»

A pesar del empeño de los regidores y de las ordenanzas, que vienen repitiéndose a lo largo del tiempo, la muy noble y muy leal Toledo, otrora esplendorosa capital del reino, mediado el siglo XV es una ciudad sucia y maloliente. La sinuosidad de su trazado, angosto y empinado, el abigarramiento de su caserío y sus más de veinte mil almas, hacen de sus calles muladar, una sentina irrespirable que se alimenta del estiércol, de las letrinas y de las corambres que se cuecen en los noques de sus incontables curtidurías.

Por todas partes rezuma a bardoma.

Las casas, sus fogones y sus viciadas alcobas, desprenden los inconfundibles perfumes del tocino, de las secreciones y de la bosta. Y sus corrales paredaños, donde se forman inmundos albañales, que los caños y los arcaduces quebrados terminan por desaguar a las calles, hieden a heces, a orines, y a las suciedades de las mulas, de los cerdos y de las aves.

Los mesones y las tabernas, entreverándose con los aromas de la pimienta, del hinojo o del jengibre, apestan a vino, a serrín, a tierra húmeda y al aceite de los candiles; y sus mugrientas cámaras, que se arriendan por tiempo, para que traten de sus negocios las mondarias, atufan a fluidos resecos, a sudor, a queso rancio.

Las iglesias, los monasterios y los conventos huelen a incienso y a cera. Y los hospitales, sus jaulas y aposentamientos, en los que se tiene por costumbre sahumar romero y enebro, para encubrir las exudaciones de los cuerpos enfermos, desgranan un acibarado regusto a vómito, a llagas, a hiel, a pústulas, a correncias y a los esputos y a las apostemas de la tisis, de la sarna o de la lepra.

De igual manera ocurre en sus populosos mercados. En las tablas de los pescados y en los tajos de las carnes, que se levantan frente a la fachada norte de la catedral, refluye un inconfundible y punzante hedor a sangraza, pues allí concurren los despojos de las anguilas, de

las mielgas o de los congrios, confundiéndose con los sesos de los carneros, las testuces de los puercos y los mondongos de las vacas.

El aire está irremediablemente envenenado.

Y hasta el Tajo está infecto, pues en sus aguas, a través de un albollón, recoge los despojos de los sacrificios que se arrojan del llamado Degolladero.

No obstante los miasmas que, como una bruma densa y contagiosa, pervierten el aire de Toledo, las gentes han terminado por acostumbrarse a las ratas y a los puercos, que a su antojo hozan entre las basuras de las calles, a los cadáveres de las bestias abandonados en las rinconadas, a las miríadas de pulgas, de piojos y de chinches, que se cuentan por sacas, y a los aromas infectos que a su paso emponzoñan todo cuanto rozan, percudiendo en los cuerpos, en los alientos y hasta en las piedras de la catedral primada.

También es Toledo, en este tiempo, una ciudad consumida por la violencia.

Y lo es porque no hay Dios que guíe sus pasos, ni ley que se cumpla, ni rey que sujete con firmeza sus riendas.

Al igual que en cualquiera de las ciudades de Castilla, son corrientes las injurias, las ofensas, los hurtos, los robos, los fraudes, los asaltos, los secuestros, los allanamientos, las amenazas, las agresiones y las reyertas; y son comunes, al abrigo de las familias principales, las disputas de los bandos, los excesos y los abusos de los regidores, de los alguaciles y de los aportellados, las extorsiones de los fieles y de los jurados, y las penas del purgatorio con que mercadean en las iglesias, algunos que se tienen por iluminados. Al igual que en cualquiera de las ciudades de Castilla, a los malhechores se les castiga con la cárcel, con las caloñas, con el secuestro de las haciendas, con la privación de los oficios, con los azotes, con la mutilación de los miembros, con el destierro, con la horca o con el público degollamiento. Y, al igual que en cualquiera de las ciudades

de Castilla, los hombres llevan armas durante el día, pese a la prohibición de traerlas, y durante las noches, cuando la oscuridad se hace profunda y las calles se disuelven en inquietantes sombras, las esquinas y las tabernas se atestan de rufianes, de bergantes, de putas y de aquellos que traen el ánimo de desquitarse.

Pero, a diferencia de cualquiera de las ciudades de Castilla, de todas ellas, la orgullosa Toledo vive en permanente desconfianza, en el mirarse la espalda, en el recelo de las malas avenencias.

Sus gentes, una mezcolanza de aquellos descendientes de los francos, de los castellanos, de los mozárabes, de los judíos y de los moros que quedaron de tiempos de Alfonso VI, y que vendrían a llamarse mudéjares, están muy lejos de entenderse y todo son envidias, rencores y el ánimo de ofenderse.

Los tres primeros participan de un mismo credo, si bien los escasos mozárabes tienen sus particulares ritos y sus propias parroquias. A todos les dicen cristianos *lindos*, *rancios* o *viejos*, y son quienes ocupan los cargos principales del Regimiento y de la Iglesia, quienes se reparten los títulos de ricahombría, de nobleza y de caballero, y quienes gobiernan, a su antojo y entendimiento, los destinos de Toledo. Como no podía ser de otra manera, siendo mayor parte, también son comerciantes, escribanos, vinateros, físicos, herreros, pellejeros, mesoneros, veloneros, alarifes y no pocos miserables.

En cuanto a los hebreos, unas dos mil almas, se sostienen de sus oficios, del arrendamiento de rentas y del comercio al menudo, y, al igual que los apenas trescientos moros que aún quedan por Toledo, viven apartados en sus barrios, tolerados en sus costumbres, y no son motivo de queja, siempre que contribuyan con impuestos doblados y que, de cuando en cuando, se sometan a las burdas vejaciones de aquellos que tienen por costumbre ofenderlos.

Luego están los conversos.

Los malditos conversos.

Son aquellos cristianos *nuevos*, cuyos antepasados pertenecieran un día al linaje de los judíos, a quienes, por agravio, dicen confesos, marranos, herejes o tornadizos.

Los hebreos los desprecian por renegados, y los cristianos lindos los acusan de judaizar, de conducirse como falsos cristianos y de vilipendiar la Santa Fe Católica. Y si bien es cierto que algunos conversos, descendientes de aquellos judíos bautizados a la fuerza tras las matanzas del año de 1391, aun naciendo ya cristianos y a sabiendas de incurrir en delito de herejía, han retomado a escondidas sus costumbres hebreas, no lo es menos que otros muchos practican cumplideramente como devotos hijos de la Santa Madre Iglesia.

Algunos, para hacerse valer, han mudado de apellido, intentando borrar de la memoria de las gentes las huellas de un deshonroso pasado. Pasado mosaico que los cristianos lindos, por generaciones que pasen, jamás olvidan y de continuo se empeñan en recordar. Solo hay que traer a la memoria a ciertos fanáticos que, todos los sábados, han cogido costumbre de encaramarse a los campanarios, para otear las chimeneas. De observar que no sale humo de la casa de un converso, no dudan en acudir a los tribunales eclesiásticos acusándole de seguir las costumbres hebreas.

Pero el odio que se manifiestan cristianos lindos y conversos no es tan solo una cuestión de credos, ni de ancestrales costumbres, sino una larga historia de rivalidades y envidias. Los conversos prosperan en los negocios, ocupan canonjías en la catedral de Santa María, casan con doncellas de linaje, desempeñan oficios como escribanos, cambistas, jurados, son mercaderes de fortuna y participan en cargos del Regimiento toledano. Han alcanzado un *empinamiento* en una turbulenta sociedad, que muchos cristianos *viejos* codician, en la creencia de traer la sangre más limpia.

Así son las cosas en Toledo.

Y así fue, en esta atmósfera de sospecha y desconfianza, en estas calles malolientes y hediondas, en esta Torre de Babel corrompida y violenta, donde vendría a escribirse la historia de Johan García de Laso y Figueroa.

Corría el año del Señor de 1467.

Castilla está en guerra.

LIBRO PRIMERO

I
EL ESCRITORIO DE LAS SEDAS

Martes, 21 de julio de 1467

Al igual que su difunto esposo, el *mercader de escritorio*[*] don Alfonso García de Laso y Figueroa, doña Constanza comerciaba con sedas. Disponía de una tienda en propiedad, en la plaza de la Magdalena, donde su fiel criado, Manuel el Viejo, mostraba, por varas o en retales, los terciopelos, los sirgos, los cendales, los damascos, las tercenelas, los brocados, los tafetanes o los rasos de Florencia; las piezas enteras, de veinticinco y de hasta treinta varas, que importaban miles de maravedíes, las almacenaba en el escritorio de su propia casa, en la colación de Santa Leocadia, preservadas en almofrejes encerados de arpillera.

El negocio, desde que lo heredara tres años atrás, coincidiendo con el finamiento de su esposo, gozaba de una envidiable bonanza, si bien no había resultado sencillo en sus comienzos, pues, a su estado de mujer y viuda, doña Constanza venía sufriendo las sospechas que nacían de su condición de conversa. Se sabía, del mismo modo que otros muchos conversos toledanos, señalada y escarnecida por sus vecinos, que, a las espaldas, murmuraban que en su casa no se comía cerdo, ni patagorrillo, pero sí otras viandas, que se consumían, a mayor ofensa de Nuestro Señor Jesucristo, los días vedados por la Iglesia; que sus criados no trabajaban los sábados, como hacían los buenos cristianos, y que, llegando la anochecida de los viernes,

prendían velas nuevas sobre candiles bruñidos y se lavaban de cuerpo entero y se mudaban la camisa; y, de igual manera, se rumoreaba que su heredero, Johan, había sido retajado al octavo día, tal y como mandaban las leyes de los judíos.

Cada mañana, al propósito de lavar la prendedura que manchaba su reputación de cristiana verdadera y purgar públicamente los pecados de sus antepasados, acudía a la misa del alba en la Iglesia de Santa Leocadia y, más tarde, a la misa mayor en la catedral de Santa María. El resto del tiempo, de ordinario, lo pasaba en el escritorio de las sedas, donde, a la par que gobernaba su casa, despachaba sus negocios, recibía sus visitas y trataba las cuentas y las cábalas de su hacienda.

Cada tarde, por el contrario, se apartaba de las tareas de su oficio y se entregaba al cuidado y a la educación de su heredero, Johan, su tesoro más preciado.

Aquejado de un extraño padecimiento, que le hacía perder los sentidos, y marcado con una singular señal encarnada en la frente, de la que doña Constanza solía decirle que era el dedo con el que Dios, al tiempo de nacer, le había bendecido, Johan era un chiquillo inquieto y despejado, de condición rebelde, que, a sus cinco años de edad, lejos de seguir los morigerados consejos maternos, seguía a ciegas los de su joven criado, Ramiro o Miro, que era como el chiquillo, desde su primer balbuceo, aprendiera a nombrarle.

De la mano de Miro, Johan había aprendido a dar sus pasos primeros, a pronunciar sus primeras palabras, a descubrir sus primeros juegos y, también, había conocido las almunias que orillaban el Tajo, la iglesia catedral de Santa María, la Huerta del Rey que fundara Ibn Wafid, y las calles y las plazas más principales de Toledo.

Con el tiempo, amo y criado habían forjado un inquebrantable sentimiento fraternal, al punto de que Johan acostumbraba a

llamarle hermano, lo cual no descontentaba a doña Constanza, pues cuando trajera a Ramiro de Segovia, al tiempo de fallecer don Alfonso, lo había hecho en la intención de que su vástago, a falta de un padre y de un hermano, contara con un guía, con un espejo en el que mirarse.

Por fortuna, la viuda no había errado escogiendo a su joven criado. A sus dieciocho años, Ramiro era un muchacho industrioso y discreto, que recibiría, llegado el momento, una pequeña dote para emanciparse y fundar su propio negocio. Así lo habían acordado doña Constanza y el padre de Ramiro, Andrés Cochino, cuando apalabraran, a los pies del acueducto de Segovia, y sancionaran más tarde, ante el escribano, las condiciones del contrato de aprendizaje. Además de los trescientos maravedís, desembolsados a beneficio del propio Andrés Cochino, doña Constanza se había obligado a proporcionar a Ramiro un ajuar completo, que mudaría todos los años, un lugar digno donde dormir y tres comidas diarias. De igual modo, se había comprometido a enseñarle las letras, los números y, lo verdaderamente importante: el oficio de mercadear con los paños.

En la víspera de la Magdalena, aún vivos los disturbios de días anteriores, en que los conversos, a cuenta de un entredicho leído en la catedral, se habían apoderado de los puentes y las puertas principales, Toledo respiraba una tensa calma. Las calles y las plazas se veían solitarias, los mercados y los almacenes vacíos, en silencio los mesones y las campanas de las iglesias. Y hasta el Tajo, rendido a los arrebatos del estío, bajaba con aguas quietas.

En aquella hora, pasadas las tres de la tarde, cuando el calor más arreciaba, Johan y Ramiro distraían el tiempo a la sombra del corredor de la servidumbre, lanzando guijos a la boca de una vieja alcarraza. Con los ojos entrecerrados, doña Constanza descansaba, recostada en el escaño del patio, junto al muro de piedra que remataba el solar, a cuyo pie se veía el pozo, el ciprés, el sicomoro y

los arriates donde crecía la ajedrea, la hierbabuena y algunas flores silvestres de temporada. Junto a ella, se encontraban Quiteria, la cocinera, y las jóvenes criadas, Isabel y Teresilla, organizando las provisiones que Manuel el Viejo y Ramiro, aquella mañana, habían acarreado del mercado franco.

De repente, como un cuchillo abriendo las carnes, se escuchó la campana mayor de la catedral de Santa María tañendo a rebato. Inmediatamente después, uno tras otro, los campanarios de veintitrés parroquias, de las veintiséis toledanas, repicaron con inusitada violencia respondiendo a la llamada. Un retumbo ensordecedor, un viento metálico recorrió calles y plazas, traspasó adarves y recintos amurallados, penetrando en cada iglesia, en cada casa, en cada rincón de cada estancia.

Con gesto preocupado, doña Constanza se incorporó, cruzó el patio a pasos cortos y acelerados y, llegándose hasta el zaguán, entornó con discreción la puerta que se abría a la calle. Escuchó, entonces, el eco de alamudes y fallebas asegurando portillos y ventanas, y vio a los chiquillos corriendo a refugiarse en sus casas, al abrigo de las madres, y a las gentes de bien, como palomas duendas a la vista del milano, desapareciendo de las calles. Se guardaban de una procelosa muchedumbre que, pertrechada con espingardas, truenos, garrochas y lanzas, se dirigía a la catedral de Santa María.

–¡Aprisa, Manuel, aprisa, no te demores! –dijo, al reconocer a su criado, llegando por el fondo de la calle.

Manuel el Viejo resoplaba como un buey. Había atravesado, a puto el postre, las colaciones de San Ginés y de San Román, después de cerrar la tienda de la Magdalena.

–Los cristianos lindos, señora, se han alzado en armas contra los nuevos –anunció. Y, ante la mirada inquisitiva de doña Constanza y del resto de criados, remató–: ¡se viene la guerra en Toledo!

Todos empalidecieron.

Más temprano que tarde tenía que ocurrir. Las ataguías habían cedido al ímpetu natural de las aguas, y las disputas que sostenían cristianos lindos y conversos, una vez más, habían terminado por desbordarse. Toledo, como si no bastara la guerra en Castilla, se preparaba para librar la suya propia, a cuenta de los Silva y los Ayala.

Doña Constanza pensó en proteger su hacienda.

No resultaría sencillo. Sus criados no eran diestros en armas y la casa, aunque de recia construcción, se dividía en multitud de estancias y alcobas, con ventanas abiertas a tres calles.

De los tres cuerpos principales, distribuidos en manera de herradura, que conformaban la propiedad, el que se correspondía con el zaguán era el más vulnerable, por lo que doña Constanza ordenó afianzar la puerta con tarabillas y entablar el ventanuco que la flanqueaba.

Los otros dos edificios, distanciados treinta pasos, arrancaban de los extremos del primero y se alzaban fronteros, precedidos de amplios corredores, guarnecidos con arcos de medio punto que miraban al patio.

En el primero, se sucedían la alcoba de doña Constanza, la de Johan, un palacio de invierno y, al fondo, el escritorio de las sedas, en cuya planta superior se levantaba un desván, que tiempo atrás había servido de algorfa y al que se accedía con una escalera de mano. Todas las estancias disponían de sus postigos y tenían sus ventanas enrejadas, salvando el sobrado del escritorio, que contaba con un estrecho vano sin cerrar. En cuanto al segundo edificio, donde se encontraban las tres cámaras destinadas a la servidumbre, la cocina, la leñera y la despensa, doña Constanza ordenó sellar las ventanas con tablas y clavos.

Avanzada la media tarde, se escucharon tiros de artillería.

En aquel instante, la viuda decidió que, durante la noche y hasta que cesaran los disturbios, las mujeres y Johan se recogiesen en la

alcoba de Quiteria, por ser la más cercana a la entrada. Manuel el Viejo y Ramiro, por su parte, harían velas en la puerta principal. No obstante, considerando la antigua algorfa el lugar más seguro de la casa, doña Constanza había hecho llevar varias esteras de esparto, dos alhanías, una bacinilla y una jarra de agua, para que su heredero, en caso de necesidad, contase con un lugar seguro donde guardarse.

Al anochecer, Toledo se vio envuelta en llamas.

Sombras de hombres armados se derramaron por las calles, en la penumbra se escucharon espeluznantes gritos de horror, el batir de sables; y en el horizonte cercano, profetizando el apocalipsis de los tiempos que habían de llegar, las casas al norte de la Catedral llameaban desbocadas, reverberando en el cielo una siniestra luz crepuscular.

El incendio se prolongó la noche del martes.

Y todo el día del miércoles.

En la mañana del jueves, 23 de julio, con el cielo de Toledo arrojando cardeñas sobre los tejados, el griterío de una muchedumbre recorriendo las calles vino a quebrar el silencio en la casa de doña Constanza, que, tras dos días de encierro y acuciada por la incertidumbre de saber qué estaba ocurriendo en la ciudad, ordenó desclavar la tablazón y abrir la puerta principal, para que Ramiro, el único miembro de la servidumbre que se tenía por cristiano lindo, se aventurara a las calles.

Puñal a la cintura, Ramiro apenas hubo de recorrer un tramo de la calle San Ildefonso y doblar una esquina, para alcanzar la iglesia de Santa Leocadia, donde se topó con una multitud exaltada, observando la silueta de un hombre ensogado por el cuello, en lo alto del campanario.

–¿Quién es? –preguntó.

–El jurado, Fernando de la Torre –dijo alguien.

–Un perro judío –añadió un hombre, frunciendo el entrecejo.

–No era judío, sino marrano –apostilló una mujer, escupiendo al suelo. Y, volviéndose a Ramiro, llevándose los dedos a las narices, remató–: como lo es tu dueña, que atufa a judía, por muchos perfumes y sedas, a diez leguas de distancia.

Ramiro forzó una sonrisa. Por un instante, temió ser víctima de los excesos de aquella muchedumbre. No obstante, para su desahogo, la atención volvió de nuevo sobre Fernando de la Torre, cuyo cadáver, descolgado del campanario y arrastrado hasta la calle, habían subido, desnudo y boca abajo, a lomos de un asno.

–Esta es la justicia que manda hacer la comunidad de Toledo a estos traidores, capitanes de los herejes conversos. Por cuanto fueran contra la iglesia: mándalos colgar de los pies cabeza abajo. ¡Quien tal la hace, tal la paga! –cridó un pregonero, al tiempo de echar el paso.

Por evitar recelos, Ramiro decidió seguir aquella cáfila y comprobar, con sus propios ojos, lo que venía sospechando.

Toledo estaba arruinada.

Desde la Chapinería a la calle Nueva, desde las carnicerías mayores a la plaza de la Magdalena, se habían echado a perder hasta mil seiscientos pares de casas. Multitud de edificios de las Cuatro Calles, de la Alcaicería de los paños, de la Alcaná de los especieros y de otros tantos lugares principales, tenían vencidos los tejados, las fachadas se veían ennegrecidas y, a sus puertas calcinadas, más de cuatro mil almas se lamentaban de la pérdida de sus haciendas.

Al llegar a Zocodover, otro asno, con otro cadáver a la grupa, esperaba al pie del patíbulo. Al poco, corrió la noticia de que se trataba de Álvaro de la Torre, regidor de Toledo y hermano de don Fernando, que traían ajusticiado de la Plaza del Seco. El pregonero, entonces, alzó de nuevo la voz y repitió su proclama. A continuación, descabalgaron los cuerpos de los hermanos y, tras dejarlos sobre el entarimado del patíbulo, los amarraron por los pies y los colgaron.

Enfervorizada, la muchedumbre restalló en un clamor.

Repugnado, Ramiro volvió sobre sus pasos, preguntándose cuándo acabaría todo aquello, cuándo terminaría aquel desenfreno de crímenes y quebrantos; respondiéndose que la violencia era una constante en su vida, en la vida de Toledo y de Castilla, a la que, por años que pasaran, jamás lograría acostumbrarse.

–¿Quiénes eran esos pobres diablos? –se interesó doña Constanza, en cuanto su criado cruzó la puerta y le puso al corriente de todo cuanto había visto y escuchado.

–Conversos, ama –respondió Ramiro–. Uno era el jurado, don Fernando de la Torre, a quien han ahorcado al amanecer del campanario de Santa Leocadia. Al parecer, anoche trató de escapar de Toledo. El otro, don Álvaro, su hermano.

Doña Constanza se descompuso al recibir aquellas noticias.

Pero aún vino a estremecerse más, la mañana del sábado, cuando Ramiro, que había salido a las calles en busca de nuevas, a su regreso contara que los cuerpos de los hermanos de la Torre habían permanecido tres días expuestos en el cadalso. Tres días en los que las gentes injuriaron los cadáveres, asestándolos tantos palos y espingardadas que, a la hora de conducirlos al cementerio de los judíos, los cuerpos se veían desmembrados. Tres días en los que Fernando de la Torre, a mayor ignominia, llevó atado de la mano un papel pergamino en el que podían leerse los delitos de traición por los que había merecido perder la vida.

Los conversos, una vez más, quedaban avisados. Con ellos no habría clemencia, ni se olvidaba que, antes de ser cristianos, habían pertenecido al linaje de los judíos.

---

*. Los mercaderes de escritorio son aquellos que negocian las telas, pero no las tocan con sus manos.

II
EL MERCADER DE ESCRITORIO

Domingo, 26 de julio de 1467

Tras cinco días de violentos enfrentamientos, abonados con más de doscientas vidas, miles de damnificados y la pérdida de varios cuentos en haciendas, los cristianos lindos habían terminado por imponerse a los conversos y las aguas serenas parecían retornar a su cauce.

No obstante la aparente tranquilidad que se respiraba en las calles, en la casa de doña Constanza, al igual que en otras muchas de conversos toledanos, las puertas, por prudencia, permanecían trancadas. La viuda, conmovida por las brutales ejecuciones de los hermanos de la Torre, a quienes había conocido y tratado en vida, ese domingo había decidido no acudir a la misa mayor en la catedral de Santa María.

Apenas hubo anochecido, sonó el aldabón en el portón de entrada.

Alumbrándose con velas y candiles, doña Constanza y las criadas salieron, a la carrera, de la alcoba de Quiteria y se reunieron en el zaguán, donde esperaban Manuel el Viejo y Ramiro, pálidos, con la expresión demudada, como si una estantigua de difuntos se hubiera detenido al otro lado de la puerta.

–Doña Constanza, dejadnos entrar –dijo una voz, tocando la aldaba.

La viuda aguzó el oído, esforzándose por reconocer la voz familiar que le llegaba desde el otro lado.

–¿Quién va? –preguntó.

–Vuestro vecino, señora, abrid, os lo ruego, necesitamos de vuestro amparo.

–¿Don Bartolomé? ¿Sois vos?

–Han asaltado nuestra casa; mi esposa y mi hija necesitan de vuestro socorro –dijo, apremiante, don Bartolomé–. Abridnos, por amor de Dios.

Doña Constanza avanzó decidida hacia la puerta.

Manuel el Viejo se interpuso en su camino.

–Es una farsa, señora, de seguro que doña Beatriz no se encuentra al otro lado –murmuró. Y, con el rostro descolorido y la voz trémula, añadió–: os lo ruego, no fiéis, es La Garduña quien llama.

Al escuchar aquella advertencia, doña Constanza se vio quebrada por un escalofrío. Conocía los rumores que corrían sobre la existencia de aquella hermandad, a cuyo frente se encontraban algunos principales de Toledo, responsable de los saqueos, de las extorsiones, de los secuestros y de las muchas violencias y abusos que venían dándose en la comarca.

A pesar de todo, la viuda seguía decidida a franquearles el paso. Pensaba en doña Beatriz, la joven esposa de don Bartolomé, que apenas era una niña de dieciséis años, y en su hija, Eleonor, que rozaba la edad de Johan; y pensaba, de igual modo, en los rumores que arreciarían, en las falacias y en los agravios que añadirían sus vecinos, si le negaba socorro a una familia de cristianos de sangre limpia.

–Doña Beatriz, ¿os encontráis bien? ¿Y vuestra hija, está lastimada? –probó a preguntar.

Un prolongado silencio, por un momento hizo temer a doña Constanza que su fiel criado no andaba errado en sus sospechas. No obstante, al cabo de unos segundos, al otro lado de la puerta se escuchó, débil y apagada, la voz de doña Beatriz:

–Bien, señora, a Dios gracias nos encontramos bien.

Al reconocer la voz de doña Beatriz, doña Constanza ordenó abrir la puerta, no sin antes cruzar una mirada de entendimiento con Ramiro, quien, sin perder un segundo, corrió a la habitación de Quiteria, tomó de la mano a Johan y le condujo, como alma que lleva el diablo, hasta el escritorio de las sedas. A continuación, ambos subieron al sobrado, tras lo cual, Ramiro recogió la escala y cerró la trampilla.

–Quédate en ese rincón, Johan, no te muevas y no digas una sola palabra –le ordenó, antes de arrastrarse hasta el otro extremo del desván y asomarse con prudencia a la ventana, en el instante en que Manuel el Viejo retiraba los zoquetes y descorría el cerrojo de la puerta principal.

Varios hombres la franquearon y se plantaron en el zaguán.

En la distancia, Ramiro distinguió a don Bartolomé García Belmonte y a su escudero, Andrés Alfarache, a quien decían, por traer como fusta una verga de toro, el Corbacho. Cuatro hombres los acompañaban. Tres de ellos, bajo capas de paño burdo, vestían ropas de criado; el cuarto, junto a la puerta de entrada, venía enfundado en un traje talar. Ni rastro de doña Beatriz, ni de su hija, Eleonor.

De pronto, sin mediar palabra, al menos ninguna que Ramiro pudiera escuchar, los cuatro criados avanzaron un paso, desenfundando las facas que traían a la cintura.

Isabel y Teresilla fueron las primeras en caer degolladas.

Inmediatamente después, Manuel el Viejo y Quiteria.

Y, por último, doña Constanza. Don Bartolomé García Belmonte la forzó a clavarse de rodillas y, a modo de cruento ritual, dando

vueltas a su alrededor, como el buitre regodeándose en la agonía de su presa, acabó por cercenarle el cuello de parte a parte.

Ramiro se mordió el puño, ahogando un grito de horror, y, durante unos segundos, apretó con fuerza los párpados, como si pretendiera retroceder en el tiempo, deshacer los terribles acontecimientos de los que había sido testigo de excepción. Al poco, sin embargo, volvió a abrirlos, al tiempo de comprobar cómo los criados, blandiendo espadas y alumbrándose con hachones, se repartían por las estancias de la casa, en tanto don Bartolomé García Belmonte y Andrés Alfarache dirigían sus pasos hacia el escritorio de las sedas.

El hombre del traje talar había desaparecido.

–¡Cielo santo! –exclamó don Bartolomé, al entrar en el escritorio y descubrir, a la luz de una tea, una multitud de piezas de seda, apiladas, sobre anaqueles, en tres de sus cuatro paredes.

–Lo menos, se ven un centenar –observó Andrés Alfarache.

Don Bartolomé García Belmonte empezó a recorrer el escritorio, rozando los almofrejes con la punta de los dedos, como si temiera quebrarlos. Al cabo, se detuvo, escogió uno al azar y, tras desembridarlo, descubrió una pieza de brocado que venía a medir veinte varas. Y en otro, otras tantas de damasco. Y de cendal. Y de aceituní bordado con plata. Y de jamete guarnecido de oro.

–Sabía que esa perra judía poseía telas preciosas, pero nunca sospeché que pudiera almacenar el tesoro de un rey –dijo.

Desde el desván, a través de las hendiduras del tablado, Ramiro seguía, sin perder detalle, todo cuanto acontecía en la planta inferior. Inmóvil, como una estatua de mármol, contenía la respiración, temiendo que un leve movimiento, siquiera un pestañeo, acabase por delatarle. Johan, aterrado, se hallaba en un rincón del desván.

–No queda nadie en la casa –informó uno de los criados, presentándose a la puerta del escritorio.

–¿Habéis mirado en la bodega? ¿Y en el pozo? –preguntó don Bartolomé.

El criado asintió.

–Hasta el último rincón y os aseguro, señor, que no queda alma.

Contrariado, don Bartolomé apretó los dientes.

–Ya sabéis lo que tenéis que hacer –terminó por decir.

El criado partió a la carrera, cruzó el patio y abrió la puerta principal. En la calle, esperaban dos carros. El primero entró en el zaguán. Venía tirado por dos acémilas; otras dos más, amarradas a los estrinques y pertrechadas con gualderas. El segundo de los carros, tirado por un buey, se quedó en la calle, esperando a recoger los cadáveres de doña Constanza y sus criados.

–El chiquillo y su criado tienen que estar en la casa –insistió don Bartolomé.

Andrés Alfarache arqueó una ceja.

–Mucha importancia le concedéis a un infante y a su criado.

–No olvides que en este negocio conviene no dejar testigos.

–Y vos no olvidéis que con niños no tengo tratos –sentenció Andrés Alfarache.

El mercader miró a su escudero con la perplejidad de otras tantas veces. Después de años a su servicio, seguía sin explicarse cómo un criminal de su talla se conducía, en según qué asuntos, con tanto remilgo.

–Pierde cuidado, el chiquillo no me interesa, bastará con apartarle de Toledo –aseguró don Bartolomé, antes de exigir con vehemencia–: ¡pero, al criado lo quiero muerto!, ¡muerto y enterrado!

–¿Ha considerado, vuestra merced, que se hallen ausentes por algún motivo? –preguntó Andrés Alfarache.

Don Bartolomé García Belmonte dibujó en su rostro una mueca.

–Hace días que tengo mandado vigilar la casa y, desde ayer, no ha salido ni entrado nadie –aseguró–. Pero, si fuera tal y como dices, tanto peor, pues, cuando el criado regrese y compruebe que su ama y la servidumbre han desaparecido, dará cuenta a las autoridades.

Andrés Alfarache asintió.

–No tenéis de qué preocuparos, don Bartolomé –dijo, y, llevándose la mano al pecho, añadió solemne–: antes de que eso ocurra, me ocuparé de encontrarlos.

Ramiro se estremeció al escuchar aquella promesa. Conocía la fama del Corbacho y sabía que pondría todo su empeño en llevarla a término.

–Todo está dispuesto, señor –anunció uno de los criados, presentándose a las puertas del escritorio–. El carro ha partido, con los cuerpos ocultos bajo unas mantas; y el suelo, tal y como vuestra merced ordenó, lo hemos baldeado y no queda rastro.

El mercader señaló los anaqueles más cercanos a la puerta.

–Empezad por aquellos –dijo, antes de advertir–: y llevad mucho cuidado, cada pieza es una reliquia.

Los criados comenzaron a cruzar el patio, trasladando las piezas de seda. Andrés Alfarache, entretanto, se había apostado junto a la puerta del escritorio.

–Me pregunto cómo se las ingeniarían con las piezas de los estantes más altos –dijo, de pronto, don Bartolomé, levantando el candil por encima de la cabeza y mirando al techo.

–¿Qué está insinuando vuestra merced? –preguntó el Corbacho.

–Digo que no se ve escalera alguna.

El escudero miró a su alrededor y se encogió de hombros.

–Quizás se sirvieran de una silla –sugirió.

–Las que se ven están muy nuevas y bien aforradas de damasco, como para andar poniéndoles el pie –siguió diciendo don Bartolomé,

avanzando hacia el extremo del escritorio, sin apartar la vista del techo–. Además, una silla no alcanzaría hasta ese desván.

Ramiro cerró los ojos. Creía, por un momento, haber cruzado la mirada con don Bartolomé, que se encontraba a sus pies, con el cuello estirado, clavando la vista en la portezuela que conducía al sobrado.

–Ven, Corbacho, acércate y pon las manos en estribo –ordenó don Bartolomé–, necesito llegarme hasta esa trampilla.

Al escuchar aquellas intenciones, Ramiro hizo un gesto a Johan, llevándose el dedo a los labios, para que permaneciera en silencio; luego, gateó aprisa hasta la ventana y, colándose por ella, saltó ruidosamente sobre el tejado.

–¡Allá va! –gritó, a media voz, uno de los criados.

Don Bartolomé García Belmonte y Andrés Alfarache salieron del escritorio.

Ramiro se hallaba en lo alto del tejado, en actitud desafiante, con la luz lechosa de la luna nueva a sus espaldas, viendo con claridad a don Bartolomé y a sus criados, en tanto ellos, a contraluz, solo distinguían un contorno, una silueta encaramada al tejado.

–¡Asesino! –gritó.

–¡Tras él! ¡A qué estáis esperando! –exclamó, colérico, el mercader.

Ramiro avanzó unos pasos por la cumbrera, se detuvo y, apoyándose en las manos, se deslizó por la vertiente del tejado que desaguaba a la calle. Al alcanzar el extremo del alar se detuvo, avivó el oído y, cuando escuchó la puerta principal abriéndose y a los criados acercándose, como un rayo desanduvo sus pasos, salvó el caballete, descendió un tramo, y, para cuando don Bartolomé y sus criados quisieron regresar, se hallaba encovado en la parte más umbría del tejado.

–Os digo que no tenéis de qué preocuparos, haré vigilar todas las puertas de la ciudad. Un infante con su criado no han de pasar desapercibidos –dijo Andrés Alfarache con cierta pereza, como si hubiera repetido la misma frase mil veces.

Don Bartolomé García Belmonte le miró contenido de ira.

–Por tu bien y por el mío, asegúrate de que así sea –respondió amenazante, antes de gritar–: ¡Aprisa, vámonos!

III
LA DESPEDIDA

Lunes, 27 de julio de 1467

Miro, ¿dónde está madre?

¿Por qué salimos tan temprano?

¿A dónde vamos?

¿Por qué llevas esas ropas?

Tengo hambre, Miro.

Estoy cansado.

¿Dónde está Quiteria?

¿Y Manuel?

¿Dónde están todos, Miro?

Ramiro no escuchaba. Con un baúl y una barjuleta a los hombros, y con Johan siguiendo al trote sus pasos, atravesaba a toda prisa el dédalo de callejuelas de la parroquia de San Vicente, deteniéndose, de cuando en cuando, para volver la vista y cuidarse la espalda o precaverse de asomar la cabeza, antes de seguir avanzando.

Nunca había estado tan asustado.

Desde que llegara a Toledo, tres años atrás, había sido testigo de degollamientos, de ahorcamientos, de azotamientos, de destierros, de cruentos escarmientos públicos y de toda suerte de humillaciones y tormentos, que pasaban por amputaciones de narices, de orejas, de lenguas y de manos que, para apartar los malos pensamientos y refrenar las malas obras de *criminosos y robadores*, se exhibían

clavadas en picas sobre el cadalso de Zocodover. Nada comparable, sin embargo, a los crímenes de la madrugada pasada, a las amenazas de Andrés Alfarache, a las terribles horas aguardando en el tejado, esperando a las primeras luces del alba, y a la zozobra de abandonarlo para regresar al desván, en busca de su joven amo.

Al llegar a la parroquia de San Nicolás, se detuvieron frente a una puerta. Ramiro dejó el equipaje en el suelo, tomó de la mano a Johan y, sin dejar de mirar a sus espaldas, tocó al aldabón.

–¿Quién va? –refunfuñó la voz adormecida de una joven.

–Vengo buscando a los hermanos Alarcón –respondió Ramiro.

–Los señores duermen, volved más tarde –replicó la voz.

Ramiro, una vez más, miró con inquietud a ambos lados de la calle.

–Aprisa, avisa a tus señores, traigo un asunto que no puede aplazarse –exigió, con la firmeza de una amenaza.

Un silencio precedió a los pasos desvaneciéndose tras la puerta.

Por enésima vez, Ramiro miró a sus espaldas y, por enésima vez, trazó mentalmente sus planes. Lo primero, y más importante, poner en cobro a Johan. Después, salir de Toledo y viajar hasta Segovia, para buscar refugio en la casa paterna. Por último, escribir a don Alfonso de Villarreal, escribano y amigo personal de doña Constanza, poniéndole al corriente de todo cuanto había sucedido y para que se ocupase de Johan.

Al poco, se escuchó el cerrojo descorrerse.

Detrás del portillo entornado, se dejó ver un hombre de mediana edad, de hasta treinta y cinco años. Traía el rostro entumecido y los cabellos enmarañados.

–Dios guarde, don Pedro –dijo, con familiaridad, Ramiro–. Me complace volver a saludaros.

Don Pedro Alarcón, desperezándose, se pasó los dedos por la comisura de los labios y de los ojos, restregándose los humores que,

durante la noche, se le habían ido cuajando.

–Dios mantenga –respondió, antes de preguntar–: ¿quién sois?

–Mi nombre es Ramiro de Laso.

–No os conozco –afirmó, receloso, don Pedro.

Ramiro sonrió.

–Es natural que no me recordéis, hace ya meses que nos presentaron en casa de mi señora madre y apenas llegamos a tratar.

Don Pedro no tenía la memoria de Ramiro, sin embargo, la familiaridad con la que se expresaba, su tono amable, le hicieron confiar.

–¿Qué asunto os trae tan temprano? –se interesó.

–Quisiera hablaros de cierto negocio.

–¿Qué clase de negocio?

–Uno que requiere tratarse en puridad –respondió Ramiro, a media voz.

Ya despabilados los ojos y más despejados los sentidos, don Pedro Alarcón entornó un tanto la puerta y se fijó en el aspecto de Ramiro, en la aljuba, en las calzas de seda, en el ceñidor y en los borceguíes bermejos con habillamiento, que solo calzaban los más acaudalados de Toledo. Luego, reparó en el espléndido sayo baquero escarlata de Johan y en el magnífico arcón, labrado de guadamecí, con cerradura y ajorcas plateadas. Finalmente, terminó por abrir la puerta y franquearles el paso.

Don Pedro ordenó a su criada que fuese en busca de doña Guiomar. Después, condujo a Ramiro hasta una habitación contigua al portal, desde donde podía verse, a través de un ventanuco, a Johan, sentado en un escañil, junto a la puerta de entrada. Se trataba de una estancia austera, guarnecida con una mesa recia de roble, con media docena de sillas y un aparador, que contenía una vajilla de vidrio y algunas copas de plata. Las paredes estaban recién

encaladas, el suelo baldeado con jabón, y la atmósfera desgranaba un intenso perfume a lejía y cera.

Doña Guiomar Alarcón, capillejo de encaje a la cabeza y manto de céfiro cubriéndole los hombros, se presentó al poco. Era una mujer joven, de hasta veinticinco años y, al igual que su hermano, la estatura la tenía corta, las carnes generosas y la piel, como los beatos que pasaban la vida entre cirios, iglesias y escapularios, extremadamente blanca.

–Señora, me complace volver a veros –repitió Ramiro, con una leve inclinación.

Doña Guiomar le escrutó con descaro, de arriba abajo y durante tanto tiempo, que Ramiro, por un instante, se sintió incómodo portando aquellas empingorotadas ropas, que pertenecieran a don Alfonso y que, por hombrearse y pasar por mercader de fortuna, había tomado de la alcoba de doña Constanza.

–¿Qué asunto os trae a nuestra humilde casa? –preguntó doña Guiomar, al tiempo que hacía un gesto con la mano, ofreciéndole asiento.

Ramiro ocupó una de las sillas, frente a don Pedro.

–Mi nombre es Ramiro de Laso y Figueroa y él es Johan, mi hermano –dijo, señalando el ventanuco–. Hace dos meses, vuestras mercedes, llevando un relicario con cierta santa, cuyo nombre no acierto a recordar, se presentaron en mi casa, demandando limosna para los huérfanos. Mi señora madre…

–Son muchas las casas que visitamos, entenderéis que no tengamos memoria de todas –interrumpió don Pedro, impaciente por llegar a la sustancia del negocio.

Doña Guiomar miró a su hermano con severidad, manifestándole no solo su inoportunidad, sino quién gobernaba los destinos de aquella casa. Luego, a través de la pequeña ventana que daba al portal, observó a Johan.

–Desconocía vuestro nombre, pero os recuerdo bien, don Ramiro –dijo–. Recuerdo vuestra casa y a vuestra madre, su generosidad; y, también, a vuestro hermano, y su frente tocada por el dedo de Dios –y, volviéndose a Ramiro, repitió–: decidnos, ¿qué se ofrece a vuestra merced?

Ramiro recibió con alivio aquellas palabras. Doña Guiomar le recordaba y, además, ignoraba su verdadera condición.

–El motivo de acudir a vuestras mercedes, se debe a que me veo en la necesidad de viajar con urgencia a Sevilla, demandado por mi señora madre, que hace un mes marchó para acrecentar el negocio, y ahora se encuentra muy enferma. Como vuestras mercedes pueden suponer, mi hermano es demasiado joven para emprender este inesperado viaje, que me tendrá ausente varias semanas.

–¿No tenéis criados de confianza que se ocupen? –preguntó don Pedro.

Ramiro movió la cabeza, denegando.

–Todos acompañaron a mi señora madre, dejándome a mí, y a una joven criada, al cuidado de mi hermano –respondió–. Por eso, viéndome ahora en la necesidad de abandonar Toledo, acudo a esta casa cristiana, de la que tengo excelentes noticias, por el trato piadoso que dispensáis a los niños que viven bajo vuestro techo.

–Agradecemos vuestras palabras y nos agradaría complaceros –terció doña Guiomar–, pero, como podéis ver, nuestra casa es modesta y ya tenemos cinco criaturas a nuestra guarda.

Interpretando que las verdaderas intenciones de doña Guiomar iban mucho más allá de sus palabras, Ramiro se llevó la mano a la faltriquera, que traía atada a la cintura, y se hizo con las monedas que, junto con algunas alhajas y preseas, había logrado encontrar en la alcoba de doña Constanza.

–Con este dinero podréis alimentar y vestir a mi hermano durante medio año, y aún os habrá de sobrar –dijo, soltando un

saquillo sobre la mesa–, además, en el plazo de dos meses, si antes no he regresado, recibiréis otro tanto.

Pedro de Alarcón miró al sesgo la bolsa de monedas. Aquella oferta era demasiado espléndida como para dejarla correr.

–No quisiera ofenderos –dijo, con tono untuoso y adulón– pero, ya que os encontraréis fuera de Toledo atendiendo vuestro negocio, decidnos ¿de qué manera, en caso de no regresar en el plazo convenido, Dios no lo quiera, nos haríais llegar la cantidad prometida?

Ramiro esperaba aquella pregunta.

–Volveré a tiempo –aseguró–. Pero, en caso contrario, si por alguna razón me demorara, os personaréis en casa de don Alonso de Villareal, escribano del número, quien os hará entrega de vuestro dinero, después de comprobar que mi hermano está atendido como merece.

Interrogante, don Pedro miró a su hermana, que asintió con un leve parpadeo.

–Nos haremos cargo –concluyó, haciéndose con las monedas.

Sentado en la bancada del zaguán, Johan clavaba sus pequeños ojos, como dos peces inquietos, en los de Ramiro, que se había arrodillado frente a él, esforzándose por elegir las palabras más apropiadas para no perturbar a su joven amo.

¿Cómo explicarle que todos estaban muertos?

¿Cómo decirle que tenía que dejarle en aquella casa, con aquellos desconocidos?

¿Cómo confesarle que tenían que separarse, que sus vidas habían mudado para siempre y que nada volvería a ser lo mismo?

–Madre ha dispuesto que te quedes, por un tiempo, en esta casa –acertó a decir. Y, constriñendo una sonrisa, inventó que doña Constanza había tenido que trasladarse a una ciudad que se llamaba Sevilla, para acrecentar el negocio; que Quiteria, Isabel, Teresilla y

Manuel el Viejo habían tenido que acompañarla, para que no estuviera sola; que tan solo sería por unas semanas y que pronto regresarían; y que él, Johan, no podía ir con ellos, porque aquella era tierra de moros y quedaba muy lejos.

Johan asintió, sin entender el verdadero sentido de aquellas palabras.

–Y tú, Miro ¿por qué te vas? –preguntó, volviendo la vista a la bolsa de cuero, que se encontraba al pie de la puerta.

Ramiro le abrazó.

Era tan pequeño, tan frágil, que parecía hecho de vidrio.

–Madre me necesita, voy a su encuentro –mintió, tratando de ahogar las lágrimas–. Confía, Johan, muy pronto volveré a buscarte. Lo juro.

Abandonada la casa de los hermanos Alarcón, Ramiro se detuvo a resguardo de una rinconada, deshizo la barjuleta, donde llevaba la indumentaria de viaje, y se vistió con un modesto sayo de paño, se calzó unas medias botas y, por pasar más desapercibido, se arrebozó la cabeza con un capucho. A continuación, guardó las joyas y las monedas entre las vueltas de un ceñidor, que se ajustó a la cintura, y, rehaciendo la bolsa de viaje con las ropas de don Alfonso, se puso en marcha.

A pasos acelerados, recelando de los escasos parroquianos con quienes se cruzaba en el camino, dejó atrás la colación de San Nicolás, atravesó las parroquias de San Vicente, de San Román, de Santo Tomé y, orillando el muro de la judería, cuando las campanas de Santa María tocaban la hora de tercia, abandonó Toledo sin descalabros, cruzando el Tajo por el puente de San Martín, con la intención de alcanzar el monasterio de Montesión, en el paraje de la Vega de San Román, donde, aquella primera noche, buscaría refugio.

Apenas se hubo distanciado un cuarto de legua, antes de volver el siguiente recodo del camino, detuvo sus pasos y, con el espíritu

abatido, volvió la cabeza para contemplar los magníficos lienzos amurallados de Toledo, a cuyo abrigo habían transcurrido los tres últimos años de su vida.

Pensó en doña Constanza, en su infinita bondad y en sus enseñanzas de las letras, de los números y de mercadear con los paños; en Quiteria y en los perfumes de su cocina, cuando asaba carnero, guisaba alboronía o elaboraba las frutas de sartén aderezadas con alcaravea; en Isabel y en Teresilla, en sus sonrisas y en los sutiles, a veces rijosos, juegos de mocedad que se traían; en Manuel el Viejo, que le había instruido en ajustar los precios con los comerciantes y con los regatones que vareaban los paños o los vendían al menudeo.

Y en Johan.

Pensó, sobre todo, en Johan, confiando en que dejarle atrás, con aquellos extraños, hubiese sido una decisión acertada y que, pasado un tiempo breve, unos meses a lo más, Toledo tornase a la calma y viniera a imponerse la paz. Sería el momento de retornar, de denunciar el crimen de don Bartolomé García Belmonte y de conducirle a la justicia.

–¿Vas con prisa, muchacho? –preguntó una voz, a sus espaldas.

Ramiro giró la cabeza y se topó con cinco hombres a caballo, a cuyo frente destacaba, aderezada con blondas y encajes, la bizarra figura de don Bartolomé García Belmonte. A su lado, cabalgaban Andrés Alfarache y tres criados.

–¿Qué se ofrece a vuestras mercedes? –preguntó, tratando de conservar la calma.

Desde su montura, aferrado al arzón, don Bartolomé estiró el cuello y clavó sus ojos en los de Ramiro.

–Tú eres el criado de la judía –dijo.

–¿De la judía? –repitió Ramiro, haciéndose de nuevas–. Vuestra merced, sin duda, debe tomarme por otro. Yo no tengo dueños, ni

sirvo a nadie, salvo a Dios, al rey y a mi santa esposa. Mi nombre es Juan de Torrijos, soy ropavejero y he venido hasta Toledo para hacerme con una aljuba de seda y unos borceguíes de un difunto, Dios le haya, que tenía apalabrados con su viuda.

Don Bartolomé negó con la cabeza.

–Mientes, eres el criado de la judía.

–Con el respeto que merece vuestra ilustre persona, señor, os repito que os equivocáis –insistió Ramiro, deshaciendo su equipaje, mostrando la aljuba de seda y los borceguíes–: os lo ruego, comprobadlo vos mismo.

Don Bartolomé hizo un gesto, moviendo la cabeza, y, al momento, Andrés Alfarache y los tres criados descabalgaron.

Ramiro, desciñéndose el fajín, mostró el dinero y las joyas que traía escondidas.

–Tomadlo todo y dejadme marchar, señor, que no quiero pleitos –dijo.

Andrés Alfarache y los hombres avanzaron.

Ramiro retrocedió un paso.

–¿Qué más queréis, señor? ¿Acaso no os basta todo cuanto tengo? –preguntó.

Don Bartolomé levantó la mano, deteniendo a sus criados.

–Dime dónde anda el pequeño judío.

Comprendiendo que sus evasivas no habían logrado confundir a don Bartolomé, Ramiro bajó los brazos.

–Os diré dónde se encuentra el heredero de doña Constanza –claudicó–. Pero, a condición, dejaréis que siga mi camino.

Durante unos segundos, don Bartolomé consideró aquella oferta.

–Jura que jamás cometerás la imprudencia de regresar a Toledo –terminó por decir.

–Lo juro –respondió Ramiro, besando la cruz de metal que llevaba, con un cordel, colgada del pecho.

Don Bartolomé asintió.

–Ahora, dime, ¿dónde se encuentra el muchacho?

–¿Tengo vuestra palabra de que me dejaréis marchar?

–La tienes.

Ramiro entornó los ojos al cielo y se santiguó.

–Que Dios me perdone por esta felonía –dijo y, volviéndose a don Bartolomé, declaró–: el chiquillo se encuentra camino de Villareal. Partió al amanecer, cruzando el puente de Alcántara, oculto en el carro de un comerciante de aceite.

–Y por qué a Villareal –quiso saber don Bartolomé.

–Allá está avecindado un pariente suyo, comerciante de sedas –mintió.

Don Bartolomé hizo un gesto a uno de sus criados, que partió al galope. A continuación, avanzó hasta donde se encontraba Ramiro y descabalgó.

–No eres de fiar, si has traicionado a tu señor, con mayor razón habrías de traicionarme a mí, que no me debes nada –dijo, mirándole con desprecio. Y, alzando la voz, ordenó–: ¡abrid una huesa, para enterrar a este perro!

Ramiro no protestó cuando le prendieron. No pronunció una palabra cuando le amarraron al tronco de un árbol y le rasgaron la camisa. Tampoco lanzó un ruego, al ver acercarse a don Bartolomé con una estaca recia de la mano, que venía a medir cuatro dedos de grueso.

Solo cerró los ojos. Sabía lo que le esperaba, que de nada servirían las súplicas, que su vida quedaría, en aquel momento, arrebatada. Pero no temía por su suerte, sino por la de Johan, por el destino que habría de aguardarle cuando los hermanos Alarcón no recibiesen la renta prometida.

–¡Un día saldaréis la cuenta de vuestros pecados! –profetizó.

Don Pascual García Belmonte escupió al suelo y, descargando un estacazo sobre la espalda desnuda de Ramiro, sentenció:

–Entretanto, guárdame un buen lugar en el infierno.

IV
JOHAN

Mediado el mes de agosto, una vez constituido el nuevo Ayuntamiento toledano, vinieron a ratificarse las disposiciones de la sentencia estatuto que, con motivo del levantamiento de 1449, dictara Pero Sarmiento y que aún permanecían vigentes, aunque atenuadas, apartando a los cristianos nuevos de los cargos públicos del Regimiento. La Iglesia toledana, por primera vez, se sumó a la iniciativa, privando a los conversos de los beneficios eclesiásticos, por entender que judaizaban *en muchas y diversas maneras* y que constituían una amenaza contra la verdadera fe católica, puesto que se daban a la simonía, mercadeando con las raciones, las canonjías, las dignidades y las prebendas de la Santa Madre Iglesia.

En ese tiempo, los regidores autorizaron la salida de la ciudad de todos los conversos que quisieran abandonarla, siempre que no sacasen armas, ni bienes de aquellos que habían sido condenados al destierro.

Fue, por aquellos días, cuando don Bartolomé García Belmonte aprovechó para tomar posesión de la casa que perteneciera a doña Constanza. Por asegurarse legítimamente el dominio y precaverse de las sospechas de terceros, además de exhibir un falso título de compraventa, hizo correr la voz de que la viuda, antes de mudarse por su pie de Toledo, había enajenado libremente la propiedad, al igual que otros cristianos nuevos.

Johan, por su parte, ajeno a las querellas de Toledo y a la desdichada suerte de su madre, de sus criados y de su hacienda, libraba su particular cruzada en la casa de los Alarcón.

Su vida, beneficiada con los mayores cuidados y provista de todo cuanto pudiera necesitar, discurría regalada, sin apremios, sin embargo, el abatimiento y la tristura que sintiera viéndose apartado de los suyos, en aquella casa extraña, le inspiraban a desconfiar, a mantenerse en silencio, con una expresión vacía que movía a la compasión, triste como un Viernes Santo.

Con los hermanos Alarcón, más allá del encuentro durante las comidas y al atardecer, a la hora del Ángelus, cuando le obligaban a escuchar unos latines que no entendía y que le resultaban extraños, apenas tenía trato. Un distanciamiento que Johan agradecía, ya que los hermanos le imponían al punto de temerlos.

Por suerte para Johan, desde un principio quedó al cuidado de Catalina, quien no solo le acogió en su alcoba, sino que le sirvió de bálsamo aquellas primeras noches en las que, entre sueños agitados y pesadillas, se despertaba llamando a su madre o a Miro. La joven, entonces, le recibía en su cama y, hasta que cogía el sueño, le regalaba caricias y palabras de consuelo.

No obstante su condición de esclava y su mocedad, que apenas alcanzaba la edad de catorce años, Catalina era el alma en la casa de los Alarcón. Y en tanto doña Guiomar y don Pedro se dedicaban a las rogativas, a limosnear y a pasar ociosos el tiempo, era la esclavilla quien se ocupaba de todas las labores ingratas, quien todas las semanas acudía al mercado de Zocodover, quien colaba la ropa blanca, quien cada día prendía la lumbre, barría, guisaba, retiraba las inmundicias de las bacinas, y, también, quien cocinaba la olla diaria que, más tarde, los hermanos Alarcón repartían entre los niños que vivían en la almacería, una habitación localizada en la parte alta de la

casa, a la que se llegaba salvando una escalera exterior, que se encontraba adosada a la fachada principal.

Johan sabía de la existencia de aquellos niños. Nunca había tenido ocasión de cruzarse con ellos, ni conocía sus nombres, ni su aspecto, pero, en más de una ocasión, sobre todo al llegar la noche, había escuchado bisbiseos y el deslizar de pasos sobre su cabeza.

–Catalina, quiero jugar con ellos –dijo un día.

–¿Con quiénes?

Con el dedo, Johan señaló el techo.

–Con ellos.

Catalina le sentó a sus rodillas:

–Esos niños no son como tú.

–¿Por qué?

–Porque son distintos.

–¿Por qué?

–Porque lo digo yo –terminó por decir Catalina–. Además, tu hermano ha dejado dicho que no trates con ellos.

A finales de agosto, transcurrido un mes desde que Johan quedara bajo la tutela de los Alarcón, el Ayuntamiento toledano envío una comisión, encabezada por el bachiller Fernán Sánchez Calderón, hasta Olmedo, donde se hallaba el sedicente rey, don Alfonso, con la pretensión de que sancionara los acuerdos de la ciudad contra los conversos y concediera, asimismo, la impunidad a aquellos cristianos lindos que hubieran cometido excesos durante la revuelta, incluso que les permitiera el libre disfrute de lo aprehendido en los saqueos. La respuesta del joven monarca quedó muy lejos de satisfacer aquellas demandas. Sin embargo, a partir de entonces, muchos toledanos, espantados los miedos y dando por pacificada la ciudad, regresaron a la rutina diaria.

Entre otros, los hermanos Alarcón, que, retomando su misión pastoral, volvieron a recorrer las casas más linajudas de Toledo,

visitando a los enfermos desahuciados y ofreciendo, a cambio de la voluntad, sus preces y ruegos.

Vestían sayos rozagantes y capuchos de paño negro, se colgaban del cuello crucifijos y escapularios, llevaban sus salterios y sus rosarios de la mano y, para mover a la compasión y obtener mayores réditos, se hacían acompañar de los chiquillos más miserables de la almacería y de una pequeña estatua, en barro, de Liduvina Paciente, cierta mártir de Flandes, que, a decir de los devotos hermanos, aun no siendo santa, obraba buenos milagros, sobre todo en aquellos que colmaban de monedas la alcancía, que se abría al pie de su relicario.

Un día, al regreso de sus visitas, los hermanos Alarcón hallaron a Catalina a las puertas de la casa, alborotada, hecha un manojo de nervios.

–Está muy enfermo –anunció la esclava.

–¿Quién? –preguntó doña Guiomar.

–Johan, señora, la vida se le apaga.

Los hermanos Alarcón siguieron a Catalina hasta su alcoba, donde hallaron a Johan, tendido en el camastro, sudoroso, con muy mala catadura y respirando fatigosamente, como si, en vez de aire, tuviese arena en los pulmones.

–Hay que dar aviso al físico –sugirió Catalina.

Los hermanos cruzaron las miradas. Celosos de su intimidad y teniendo mucho de lo que guardarse, no les convenía que un extraño anduviese merodeando por su casa.

–El chiquillo está muy enfermo, señora, necesita cuidados –insistió Catalina.

–Déjate de médicos –replicó doña Guiomar–, prepárale un caldo esforzado y que repose. Mañana, Dios mediante, será otro día.

Lívido como un amortajado, Johan se incorporó de forma inesperada, se sentó al borde de la cama y, tras intentar ponerse en pie, se vino al suelo fulminado. Emitió, entonces, un gruñido, un

profundo lamento, y, como si unos hilos invisibles le manejasen contra su voluntad, comenzó a soltar espumarajos por la boca, a convulsionarse, a arquearse, a sacudir en tal manera las piernas y los brazos, que parecían a pique de descoyuntarse.

Alarmada, Catalina se lanzó a socorrerle, intentando enfrenar aquellos atroces retorcimientos que se le antojaban sobrenaturales; pero Johan, como si tuviera azogue en el cuerpo, se debatía con fiereza, zafándose una y otra vez, exhibiendo una fuerza extraordinaria. Doña Guiomar y don Pedro, que habían cejado sus pasos hasta toparse contra la pared, observaban espantados la escena, santiguándose una y otra vez, pensando que Johan estaba maldito, poseído por el mismísimo diablo.

El rabino y médico, don Jesuhah ben Joseph Haleví, que Catalina fuera a buscar a la judería, por mandado de los hermanos Alarcón, se presentó ya avanzada la noche. Venía acompañado de sus criados, dos mozancones que se quedaron aguardando a la puerta, desarmados y con un farol prendido, como mandaban las ordenanzas de Toledo, después de tañidas las campanas del Ángelus.

Recelosos de la presencia de un judío en su cristianísima casa, doña Guiomar y don Pedro se retiraron y dejaron el negocio en manos de Catalina.

Era, el médico hebreo, un hombre de mediana edad, de piel oscura y aspecto cuidado. Traía loba y bonete confeccionados con el paño más fino de Contray. Y traía, además de aquellas distinguidas coberturas, toda la sabiduría que hacía honor a su fama de reputado físico, pues una breve exploración y la descripción que le facilitara Catalina, sobre los síntomas que había tenido ocasión de observar aquella tarde, le bastaron para determinar que Johan no tenía el demonio metido en el cuerpo, ni hechicería alguna, sino una enfermedad singular y poco conocida.

–El chiquillo padece de *epilensia* –diagnosticó el rabino.

–*Epilensia*, *epilensia* –repitió Catalina, muy despacio, como si quisiera retener para siempre aquella extraña palabra. A continuación, temerosa de la respuesta, preguntó–: ¿maestro, su vida peligra?

Al tiempo de dirigirse a la jofaina y lavarse las manos, Ben Haleví aseguró que no había que temer mayores males, si bien Johan tendría que aprender a convivir con aquella enfermedad, pues los síntomas, nadie podía asegurarlo con certeza, podían repetirse en las horas siguientes o no volver a recudir jamás. Se trataba de un padecimiento un tanto antojadizo y caprichoso, vino a decir el rabino, que podía dejar maltrecho el meollo y gotosa la cabeza. Cierto cordial de violetas, zumos de marrubio y milenrama, reposo y una esmerada higiene, serían bastantes recaudos para que Johan, en una semana a no más tardar, viniese a recomponerse.

Aliviada por aquellas noticias, Catalina se sentó al borde de la cama y, en tanto esperaba a que el rabino, antes de despedirse, terminara de ordenar sus instrumentos médicos, enjugó con un lienzo la frente sudorosa de Johan.

–¿Cuánto tiempo lleva el muchacho en esta casa? –preguntó ben Joseph Haleví.

–Hará cosa de un mes que lo trajeron.

–¿Es huérfano?

–Tiene madre y un hermano –aseguró Catalina–. Por lo que he podido saber, son mercaderes de sedas, que se encuentran en tierra de moros.

El rabino cerró el aparato de curación y se lo echó al hombro.

–¿Conocen tus señores su secreto?

La esclava palideció.

El rabino le puso la mano en el hombro y sonrió.

–Eres una joven compasiva –dijo, al tiempo de despedirse–. El Bendito, un día, recompensará tu generosidad.

Como pronosticara el físico judío, transcurrida una semana, Johan vino a restablecerse de su padecimiento. Los hermanos Alarcón, que aún habrían de necesitar algunos días más para recuperarse del quebranto de desembolsar cien maravedíes a cuenta de honorarios y remedios médicos, no dudaron, sin embargo, en ocultar la visita del rabino y en proclamar, a los cuatro vientos, que Johan había logrado salvar la vida gracias a sus esmeros y, como no podía ser de otra manera, a la intercesión de Liduvina Paciente.

No obstante, sería Catalina quien se ocupara de Johan.

Durante la enfermedad, por el día y siempre que no estaba a sus tareas, aprovechaba para acompañarle en su nueva cámara, una estancia amplia y ventilada, con una ventana que se abría a la calle, a la que le habían trasladado con el beneplácito de doña Guiomar. Por las noches, durmiendo en la misma cama, la joven esclava le velaba el sueño y se encargaba de darle, cada cuatro horas, los remedios prescritos por el físico hebreo. Y, a la semana siguiente, ya en la convalecencia, cuando Johan pudo incorporarse y andar por su pie, Catalina le sacaba por las tardes al corral, le sentaba al sol, en una sillita de caderas, y le daba un cuenco con ahechaduras o un trozo de pan duro, para que se entretuviera desmigándoselo a las gallinas.

Una de aquellas tardes, mediado septiembre, cuando se encontraba solo en el corral, escuchó una voz lejana, susurrante:

–No desperdicies el pan.

Volviendo la vista alrededor, Johan buscó el origen de aquel murmullo.

–Estoy acá, arriba –añadió la voz.

De nuevo, como si estuviera persiguiendo una sombra esquiva, Johan movió la cabeza de arriba abajo y de un lado a otro, hasta detenerse en un ventanuco, por debajo del encuentro del tejado, donde, a duras penas, logró distinguir una silueta.

–Las gallinas están bien cebadas, por favor, dame el pan –dijo la silueta.

–¿Quién eres? –preguntó Johan.

–Mi nombre es Cristóbal.

–¿Qué haces allá arriba?

–Vivo acá.

–Y ¿para qué quieres el pan?

–Para comer, tengo hambre.

Johan tanteó el rebujo de pan.

–Está duro, como una piedra –dijo.

–Tengo agua, lo pondré a remojo –contestó Cristóbal, dejando caer por la ventana unas tiras de tela entrelazadas, cuyo extremo remataba en forma de bolsa.

Johan dejó el pan en aquella extraña bolsa y vio cómo Cristóbal la izaba.

–Espera un momento, le pediré más a Catalina –dijo contento, al tiempo de echar el paso.

–¡No, Johan, no vayas!

Johan se detuvo y, boquiabierto, miró hacia el ventanuco.

–¿Cómo sabes mi nombre?

–También sé que tu hermano es un próspero mercader de escritorio, se llama Ramiro –siguió diciendo Cristóbal–; y que tienes mucha suerte, porque pronto volverá a buscarte, te lo tiene prometido.

Johan estaba maravillado. ¿Cómo era posible que Cristóbal supiera su nombre y la promesa de Miro? ¿Acaso era uno de aquellos nigromantes, de los que un día le hablara Quiteria, que echaban las habas de marfil y adivinaban la vida pasada y lo que aguardaba el futuro?

–¿Por qué no bajas? Podríamos jugar –le tentó, pensando que lo mejor sería ganarse la amistad de Cristóbal, y así, un día, con sus

adivinaciones, quizás pudiese decirle cuándo regresarían Miro y su madre a buscarle.

–Ya no estoy en edad de juegos, tengo nueve años –replicó Cristóbal. Y, antes de que Johan dijera nada, añadió–: tú solo tienes cinco.

Pasmado, Johan volvió a abrir la boca. Definitivamente, Cristóbal lo sabía todo.

–Ahora tengo que marcharme –dijo–, gracias por el pan.

–No te vayas –suplicó Johan.

–No puedo esperar, si seguimos hablando, temo que nos descubran.

Johan sintió un extraño desasosiego. Intuía una despedida definitiva y que nunca, de no remediarlo, volvería a encontrarse con Cristóbal.

–Si quieres, traeré comida todos los días –se ofreció.

–¿Todos los días?

–Todos.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo –aseguró Johan, cruzando y besándose los dedos, como le había enseñado a hacer Miro, cuando la palabra se comprometía con un juramento.

Johan encontró un nuevo propósito en su vida.

Cada mañana, desde muy temprano, andaba rondando por la cocina o por la despensa, atento a los descuidos de Catalina, para sisar un chusco de pan, un pedazo de queso o alguna pieza de fruta. Luego, corría a esconder su botín, bien en su alcoba, bien en cualquier lugar discreto de la casa, y esperaba con impaciencia a que llegasen las primeras horas de la tarde, para salir al corral y lanzárselo a Cristóbal.

Así, de aquellos encuentros a retazos y de sus breves parlamentos, Johan llegó a saber que Cristóbal había nacido en el

pueblo de Yepes, que no guardaba en su memoria padre ni madre conocidos y que, al igual que otros cuatro niños, se hallaba encerrado contra su voluntad en aquella hedionda almacería, en la que solo había paja sucia desparramada por el suelo, algunas mantas mugrientas, y una herrada donde se recogían las suciedades, que se vaciaban, en el mejor de los casos, cada siete días. Que pasaban hambre, estrecheces y miserias, y que, al anochecer, cuando don Pedro les subía el exiguo refrigerio de cada día, les ceñía herropeas a los pies, para asegurarse de que no pudieran escapar de aquella celda. Que los hermanos Alarcón no eran panes de buena harina, que tenían de santos lo mismo que Judas, y que solo pensaban en su propio beneficio y en recrecer su hacienda. Y que Cristóbal no tiraba las habas para leer el futuro, ni entendía de adivinamientos, y que si sabía el nombre de Johan, su edad y otras muchas cosas, se debía a que, a través del suelo de la almacería, se escuchaba todo cuanto se trataba en la casa.

Llegando finales de septiembre, al igual que la luz del día se hacía más breve y las tardes comenzaban a ser más frías, la vida de Johan vino a dar un giro.

Los hermanos Alarcón empezaron por devolverle a la alcoba de Catalina y privarle de la vela que, durante las noches y hasta que cogiera el sueño, le habían permitido mantener prendida. Luego, comenzaron a desairarle y, las contadas veces que Johan se dirigía a ellos, le ignoraban con silencios o le respondían con desplantes. Pasados unos días, le apartaron de su mesa y dispusieron que, en adelante, comiera siempre en la cocina, con Catalina, una sola vez por día y no tres, como venía haciendo. Y con los primeros fríos de octubre, no contenta con aquellos quebrantos, doña Guiomar acabó por tomarle en prenda el equipaje y por mudarle sus sayos de terciopelo, por otros corcusidos del paño más burdo.

Johan no alcanzaba a entender las razones de aquellos desprecios, y Catalina, si algo sabía, por prudencia callaba. Habría de ser Cristóbal quien, una tarde, le desvelara el misterio: los hermanos Alarcón no habían percibido los dineros a los que se había comprometido Ramiro. Al parecer, don Pedro había acudido a cierto escribano, que había asegurado no tener noticia de ningún Ramiro, ni conocimiento alguno del asunto.

Johan no sabía qué era un escribano, ni comprendía el valor del dinero ni de una renta, sin embargo, pensando que Miro le había dado la espalda, incumpliendo su promesa, se sintió, por primera vez desde que residiera en la casa de los Alarcón, abandonado a su destino.

V
LOS TRAFICANTES DE INOCENTES

En una alcoba apartada, a la que se accedía a través del interior de una sucia bodega, en el sitio del Corral de los Pavones, María la trujillana aguardaba, con la indolencia de otras tantas veces, la llegada del primero de los parroquianos. Ordinariamente, salvo que se celebraran festejos en Toledo, los recibía al caer la tarde, al tiempo de cerrar sus puertas las tiendas y los negocios. Era, entonces, tras una larga jornada de trabajo, cuando los mozos, y los que no lo eran tanto, buscaban en los brazos lánguidos y engañosos de la experta meretriz un rescoldo de placer, un desahogo.

Y, también, era cuando su rufián, que decían el Tuerto, se sentaba ante una mesa con una generosa jarra de vino, al pie de las escaleras que conducían hasta la habitación de su patrocinada, y se ocupaba de cobrar, por anticipado, los haberes que, las más de las veces, importaban tres o cuatro maravedís por cada allegamiento, que se reducía al tiempo que venía a durar un cuarto de campanas.

–Para voacé, serán tan solo diez maravedís, creedme si os digo que es precio de hermano –dijo el Tuerto, llevándose la mano al pecho y sonriendo, mostrando unos dientes ennegrecidos, picados por la caries.

El recién llegado, a sabiendas de que el precio, a poco, estaba doblado, acabó por soltar las monedas sobre la mesa y, después de que el alcahuete se las embolsara y diera cuenta de un trago de vino,

le siguió escaleras arriba, hasta alcanzar, al extremo de un angosto corredor, una de las cámaras.

–Esperad aquí, tan solo será un momento –anunció el rufián, entornando la puerta.

–Entra, no es necesario que avises a nadie –dijo el desconocido.

No obstante su naturaleza atrabiliaria y fanfarrona, el Tuerto entró en la habitación sin rezongar, sin un solo protesto. Estaba convencido de no hallarse ante un jurado de la ciudad, ni ante un enviado del alguacil, ni ante justicia alguna de Toledo y, sin embargo, por algún motivo, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, se sometió al requerimiento de aquel desconocido. Quizás se debiera a su porte de caballero, quizás al tono de su voz, autoritario y firme, sin parpadeos.

El caballero echó el alamud, asegurándose de trancar bien la puerta, y se despojó de los guantes de tafilete, llevándose el dorso de la mano a las narices, buscando alivio al penetrante olor a heces y orina que desprendía la paja húmeda desparramada por el suelo.

–¿Quién sois? –preguntó, desconfiado, el Tuerto.

El desconocido señaló un arcón de madera, el único mueble de la estancia, aparte del mugriento jergón y del barreño con las duelas resquebrajadas que se veía a la esquina.

–No quisiera permanecer más tiempo del necesario en esta pocilga, así que siéntate y abre bien las orejas –ordenó.

Una vez más, el rufián se doblegó a los deseos de aquel desconocido. Sospechaba que sería lo más juicioso que podía hacer en aquellos momentos.

–No prosperas, Tuerto, vives rodeado de inmundicia y miseria –observó el extraño, volviendo la vista alrededor, frunciendo el entrecejo.

–Malos tiempos –refunfuñó el Tuerto, antes de preguntar, intrigado–: ¿cómo sabéis mi nombre?

–No hay malos ni buenos tiempos, todo está en acertar en el negocio –continuó el desconocido con el hilo de su discurso, al tiempo de pasear la estancia–. Por poner el caso, tengo noticia de ciertos hermanos de la parroquia de San Nicolás, que llegaron a Toledo con las manos a la espalda, hará cosa de dos años, y que su negocio ha prosperado en tal manera, que tienen ganada la carta de vecindad. ¿Te lo puedes creer, Tuerto?

–Hay gente con estrella y otros sin ella –dijo, por decir, el rufián.

El caballero detuvo sus pasos y se plantó en jarras.

–Quizás sepas de ellos, les dicen los Alarcón.

El Tuerto entrecerró sus ojos turnios y torció un extremo de los labios.

–Alarcón… –repitió, pensativo, antes de responder–: a fe, señor, que no sé de nadie que atienda por ese nombre.

–Haz memoria, Tuerto, no hay prisa.

–Tiempo perdido, señor, os aseguro que no los conozco.

El caballero avanzó hacia el rufián, en actitud desafiante, mostrando, bajo su capote bermejo de Yprés, colgando del talabarte, la lustrosa empuñadura de una media espada y una extraña fusta.

–Te hablo de los traficantes de almas inocentes –susurró, poniendo los labios a la altura de las narices del Tuerto–, de los falsos beatos que encierran a los chiquillos que tú arrebatas de las calles. Esos niños a los que los Alarcón matan de hambre y que llevan en sus visitas para conmover a los enfermos, las mismas criaturas inocentes que esos santurrones y tú, pasado el tiempo, acabáis por vender como esclavos a un alfaqueque de Sevilla, a trescientos maravedís la pieza.

Demudado el semblante, el Tuerto se puso en pie. Aquellas acusaciones y descubrir que la singular fusta no era sino un vergajo, le dejaron sin aliento.

–Yo… yo os conozco, vos… vos… sois Andrés Alfarache, el Corbacho –farfulló, antes de rematar–: ¡el escudero de don Bartolomé García Belmonte!

Andrés Alfarache respondió que sí con su silencio.

El Tuerto tragó saliva.

–¡Yo no sé nada de esclavos, por Dios lo juro! –afirmó, retrocediendo un paso–. No niego que tenga tratos con los hermanos Alarcón y que, a cambio de llevarles a los huérfanos que recojo de las calles, recibo un dinero; y, también, es cierto que los sostienen con privaciones, pues los chiquillos enmagrecidos mueven a la caridad. Pero, debéis creerme, yo ignoraba que mercadearan con ellos, tal y como vuestra merced afirma.

Andrés Alfarache, autoritario, levantó la mano.

–El mal está hecho y con falsos testimonios no vas a enmendarte –dijo–. Secuestrar niños cristianos y venderlos como esclavos es un delito grave, que ofende a Dios y a los hombres, y es motivo bastante para que, mañana mismo, sin demora, a ti y a esa canalla de los Alarcón os lleven a la horca.

El Tuerto comenzó a temblar. Los sudores, fríos como el hielo, le surcaron la frente, calándole las sienes y hasta los mismos pensamientos.

–¿La horca? –repitió, descolorido, llevándose la mano al pescuezo.

En el día de los Santos Dionisio y Rústico, muy de mañana, el Tuerto tocó a la puerta de los hermanos Alarcón, apartó con brusquedad a Catalina a un lado y, franqueando el umbral, se plantó en la cocina.

–¡Dame de beber y llama a tus señores! –exigió, tomando asiento.

Catalina, que se encontraba desmenuzando una pieza de carne, se limpió las manos en el mandil y, llegándose a la hornacina, se hizo

con una cantarilla de vino y una taza que, de mala gana, dejó sobre la mesa.

–Con tus voces, los señores ya estarán advertidos –dijo, antes de añadir–: no deberías estar aquí, Tuerto, a los hermanos les enoja que te presentes sin dar aviso.

–¡A callar! –respondió el alcahuete, llevándose un trago al coleto. Y, tras soltar un sonoro eructo, con un golpe de mandíbula señaló a Johan–: ¿Quién es? No me resulta familiar.

–Nadie –respondió Catalina.

–¿Y qué hace aquí?

–Nada.

–¿Y, puede saberse, por qué no está arriba con los demás?

Catalina dio la espalda al rufián, empuñó el cuchillo y volvió a su tarea.

–Porque no es como los demás –dijo.

El Tuerto apuró el vino, enjugándose los labios con la manga de su camisa, y, sonriendo, clavó sus ojos bizcos en Johan.

–Así que eres tú, ¿eh, muchacho? –murmuró–. Ven, acércate, no temas.

Johan desvió la vista al suelo y, poco a poco, fue arrimándose a Catalina, hasta enterrar el rostro entre sus faldas. Aquel hombre le intimidaba. Le aterraban sus siete pies de altura, embutidos en una cuera negra, las muescas indelebles de mil reyertas dibujadas en su rostro, aquella boca consumida y aquellos ojos luscos, que le escrutaban ávidos.

–¿A qué has venido? –espetó doña Guiomar, entrando como un torrente en la cocina, acompañada de su hermano.

El Tuerto se puso en pie y se ajustó el jubón, acomodándose impúdicamente la entrepierna. No le preocupaban las malas maneras que gastaba doña Guiomar. Con el tiempo, había terminado por acostumbrarse a sus menosprecios.

–¿Qué modos son estos, señora, de recibir a un amigo de esta santa casa?

–¿A qué has venido? –repitió, impaciente, doña Guiomar.

El Tuerto entrecerró los párpados, entonándose el rostro.

–A tratar de cierto asunto.

–¿Cuántas veces tengo que repetirte que, antes de llamar a mi puerta, debes esperar a la noche? –le reprochó doña Guiomar.

–¿Y si os dijera que el asunto que traigo no admite demora? –replicó el Tuerto.

Doña Guiomar miró al rufián de arriba abajo, manifestándole su desprecio.

–¿Acaso trae, vuestra merced, un despacho del señor arzobispo? –dijo, mordaz.

Por primera vez, el Tuerto encajó mal el envite.

–Parecéis ofendida con mi presencia.

–Me ofendes, pues, viniendo a deshoras, cuando los vecinos pueden verte, deshonras mi casa y nos pones en riesgo.

Encambronándose, el Tuerto replicó con aspereza:

–Por si lo habéis olvidado, señora, es mucho lo que tengo puesto en vuestro negocio, y no solo en la ganancia, sino también en sujetarme la lengua.

Descompuestos los nervios, doña Guiomar se frotó las manos. No soportaba a aquel hombre, lo despreciaba, y, sin embargo, no tenía otra que abrir las tragaderas, pues le resultaba indispensable para sustentar su lucrativo negocio.

–Sabrás excusar a mi hermana, Tuerto, está en su naturaleza alterarse cuando te presentas de improviso –concilió don Pedro, colocando su mano sobre el hombro del rufián–, pero, ya que has venido, dinos, qué asunto traes, que tanto apremia.

El Tuerto señaló con la mirada a Catalina.

–Sal con el chiquillo al corral –ordenó don Pedro, volviendo la vista a la esclava. Y, haciéndose con el jarro de vino, rellenó la taza del rufián–: ¿un trago, buen amigo?

Catalina temía por Johan.

Diez semanas a su lado, durmiendo en la misma alcoba, vistiéndole, aseándole, velando su enfermedad, esperando en vano el regreso de Ramiro y guardando el secreto de su ascendencia hebrea, que tan solo ella y el físico judío conocían, habían despertado en la joven esclava un instinto protector, casi maternal, que la empujó, después de dejar a Johan en el corral, como había dicho don Pedro que hiciera, a regresar y emboscarse junto a la puerta de la cocina, al otro lado de la pared, dispuesta a escuchar las nuevas que traía el Tuerto, y que, a juzgar por el interés que había mostrado por Johan, mucho tenían que ver con el chiquillo.

–¿Olvidarnos del negocio por un tiempo? –preguntó doña Guiomar.

–¿Y por qué razón habríamos de hacerlo? –se interesó don Pedro.

El Tuerto se llevó la taza a los labios y bebió en abundancia, antes de responder:

–Ayer noche, alguien principal pasó a visitarme, alguien que conoce, al detalle, todos nuestros manejos.

–¿Algún jurado? ¿Un justicia?

El Tuerto negó con la cabeza.

–Ninguna autoridad.

–No veo razón para tanto alboroto –dijo don Pedro–. Nos ocuparemos, como otras tantas veces hemos hecho.

–En esta ocasión, os aseguro que no se trata de nadie que deje comprarse por unas monedas, ni contra quien pueda tomarse venganza –advirtió el Tuerto, agregando, con cierta maldad–: salvo que vuestras mercedes quieran cuentas con La Garduña.

A los hermanos les huyó el color del semblante.

–Quizás debiéramos ausentarnos por un tiempo, hasta que las aguas se calmen –sugirió don Pedro, mirando a su hermana. Y, volviéndose al rufián, con cierto tono suplicante, preguntó–: dinos qué hacer, siempre hemos fiado a tus consejos.

El Tuerto calló intencionadamente, recreándose en la zozobra que consumía a los Alarcón. Por primera vez, desde que los conociera, los veía indefensos, sin agarraderos. Decidió, entonces, no solo guardarse los treinta ducados que había recibido de Andrés Alfarache, para llevar a Johan hasta Sevilla y dejarle en una buena casa, sino saquear a los hermanos, por desquitarse de doña Guiomar y devolverle, multiplicados por ciento, sus agravios.

–No es menester que vuestras mercedes abandonen Toledo, siempre que cumplamos con cierto encargo –terminó por decir. Y, señalando hacia la puerta, añadió–: mañana, al alba, vendré a por el chiquillo que he visto en la cocina. Tened preparado su equipaje y una bolsa con dos mil maravedís.

–¡Dos mil maravedís! –espetó don Pedro– ¡Has perdido el juicio!

–Naderías, por sacar a vuestras mercedes de este entuerto –repuso el rufián.

–El dinero poco importa, por desempeñar la vida podríamos entregarte cien veces más –dijo doña Guiomar–, pero, de ninguna de las maneras, de ninguna, vas a llevarte al chiquillo.

–A fe, señora, que no razonáis con cordura –objetó, desconcertado, el Tuerto–. ¿Habéis olvidado que, si no cumplo, vuestras mercedes y yo mismo, acabaremos en la horca?

–Y, de llevarte al muchacho, de igual manera terminaríamos en el patíbulo –replicó doña Guiomar–, su hermano, en cuanto regrese y no lo encuentre, nos llevará a la justicia.

El Tuerto se sonrió.

–En ese caso, perded cuidado.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Porque los muertos, señora, no tienen por costumbre regresar.

Doña Guiomar dio un respingo, llevándose la mano a la boca.

–¿Qué vas a hacer con el chiquillo? –preguntó.

–¿Acaso me tomáis por un asesino? –replicó, un tanto molesto, el Tuerto.

–¿Qué harás con él? –insistió doña Guiomar.

–Tengo encargo de llevarle lejos –contestó el Tuerto, antes de añadir, con cierta maldad–: ¿acaso importa, a vuestras mercedes, el destino de un marrano?

Los hermanos Alarcón cruzaron las miradas.

–¿Un judío en nuestra casa? –exclamó, espantado, don Pedro.

–Tanto como lo era Cristo –respondió el Tuerto, soltando una carcajada.

Catalina siempre había vivido con miedo.

Las letras de la palabra «esclava» que, a sus once años, el primero de sus amos, tras arrebatarle la honra, le grabara a hierro en la espalda, le hacían recordar a cada instante que, para alguien de su condición, lo más provechoso para sobrevivir sin sobresaltos y alcanzar, un día, la añorada condición de horra, pasaba por deslizarse inadvertidamente, como una sombra, por no ver, por no oír, por callar, por no entremeterse, en definitiva, en los asuntos de sus señores. Un código de silencio que la esclavilla había seguido con todo rigor, al entrar, tres años atrás, a servicio de los Alarcón, pues, conociendo al detalle todos los negocios que se traían los hermanos con el tráfico de los huérfanos, nunca había tenido la intención ni el pensamiento de denunciarlo. Aún resonaban las amenazantes palabras que le dedicara doña Guiomar el primer día: «si eres discreta, vivirás sin estrecheces, si hablas lo que no debes, te cortaré la lengua antes de venderte a la mancebía». Además, aquellos huérfanos de la almacería, para quienes preparaba la miserable olla

diaria y a quienes nunca llegaba a conocer, no le despertaban emociones más allá de la compasión que ella misma merecía.

Con Johan, por el contrario, los sentimientos eran bien distintos y, aquella noche, ya tenía decidido que había llegado el momento de poner en manos de la justicia a los hermanos Alarcón. Quizás, de aquel modo, no solo lograría proteger a Johan del destino que le aguardaba al lado del Tuerto, sino alcanzar la deseada libertad, pues, conocidos los abusos de los hermanos, la ciudad, en conciencia y en justicia, se vería forzada a gratificarle.

Así las cosas, rebasadas dos horas de completas, cuando todos en la casa dormían y tras repasar mentalmente las calles que habría de recorrer hasta alcanzar el palacio de Fuensalida, en la colación de Santo Tomé, donde se ubicaba la residencia del alcalde Mayor de Toledo, don Pedro López de Ayala, el Mozo, se incorporó, se embutió una saya negra, se calzó unas chinelas, se arrebozó la cabeza con un alfareme oscuro y, con mucho cuidado de no turbarle el sueño, recogió a Johan de su cama y le recibió en el hombro, envolviéndole en una pequeña manta de frisa. Después, conteniendo la respiración, de puntillas abandonó la alcoba, cruzó el comedor y salvó el portal, llegándose hasta la puerta principal, cuyos cerrojos, después de que los hermanos Alarcón se retirasen a descansar, había dejado descorridos.

Al final, puso el pie en la calle.

Fue, entonces, al cerrar la puerta, cuando recibió un violento golpe en la cabeza, que la sumió en una profunda oscuridad.

Antes de abrir los ojos, Catalina esputó varias veces para arrojar la masa reseca y dulzona que le impedía respirar. Tenía la boca anegada en sangre. Luego, parpadeó muy despacio, hasta que las imágenes, en un principio borrosas, cobraron su natural forma. Desorientada y aturdida, se encontraba tendida sobre un frío suelo de losas de piedra.

Intentó, en vano, incorporarse. Las fuerzas no le respondían. La cabeza, como una alcancía de brea, parecía al punto de estallarle.

–Ya vuelve en su acuerdo –dijo don Pedro.

Al escuchar la voz familiar de su amo, Catalina sintió un escalofrío.

–Johan… –murmuró.

–Harías mejor en preocuparte por tu suerte y no por la de un judío, al que nunca volverás a ver. A estas horas, Dios lo quiera, ya estarán muy lejos de Toledo –dijo doña Guiomar.

Catalina miró hacia el ventano que daba a la calle.

La luz del día penetraba con intensidad, la mañana se veía avanzada.

Haría horas que Johan y el Tuerto habrían partido.

–Johan… –balbució, de nuevo.

Doña Guiomar avanzó hasta donde se encontraba Catalina y cruzó las manos sobre el pecho.

–Al entrar a nuestro servicio, prometimos compensar tu lealtad, pero, de igual modo, te advertimos que jamás perdonaríamos que nos traicionaras –empezó a decir–. Nunca te ha faltado un plato de comida en la mesa, ni un lecho para tu descanso; tampoco has pasado frío, ni estrecheces, ni has echado en falta ropas, cuando las has necesitado. Y, si tanta generosidad no fuera suficiente, siempre te hemos dado buen trato, como si nuestra hija fueras, y jamás te hemos golpeado más de lo que merecías por tus insolencias y tus descaros –doña Guiomar apretó los puños y la miró con un odio infinito–: ¡Ingrata, desagradecida! No solo has dejado que un judío mancillara nuestra santa casa, que compartiera nuestra sagrada mesa, sino que has tratado de llevártelo, a saber dónde y con qué intenciones, despreciando nuestras vidas y poniéndolas en riesgo. ¿Acaso mi hermano y yo lo merecemos? ¿Merecemos tu deslealtad, tu desprecio?

–Johan –repitió Catalina.
Y cerró los ojos.

LIBRO SEGUNDO

VI
EL HOSPITAL DE LA PIEDRA

Toledo, abril de 1475

Minutos antes de tercia, el padre Romasanta franqueó la puerta de las Ollas, giró a su derecha y, antes de adentrarse en el claustro que conducía a la sala capitular, donde le aguardaban para recibirle en audiencia, se detuvo a contemplar la pequeña columna de mármol que se alzaba frente a la capilla de San Pedro.

Aquella pilastra, a cuyo extremo remataba una caja en forma de capazo, con un pequeño colchón de badana en su interior, era la razón que daba sentido y nombre al Hospital de la Piedra, la fundación benéfica que don Santiago Romasanta administraba, pues era sobre aquella fría columna, entre los muros de la catedral primada de Santa María, donde *echaban* a sus hijos recién nacidos, aquellos padres que escondían su vergüenza al público escarnio. Criaturas repudiadas, venidas de adulterios, de incestos, de amancebamientos, de forzamientos, de estupros, de descuidos. Deshechos humanos, en todo caso, concebidos en pecado y despreciados de los brazos paternos que, en ocasiones, se abandonaban ya finados, en la esperanza última de que la iglesia sufragase la santa sepultura que sus progenitores, y su extremada pobreza, les habían negado.

En Toledo les decían los *niños y niñas de la piedra* y desde la catedral, como no podía ser de otra manera, se ocupaban de buscar

amas de leche en las aldeas vecinas y de costear, durante un tiempo, la manutención por su crianza. Un gesto de caridad cristiana que, a decir de don Santiago Romasanta, en poco aprovechaba, pues, cuando el arriendo de los pechos se daba por acabado, las más de las veces los chiquillos eran nuevamente abandonados o, lo que era peor, devueltos a Toledo en manera de mendigos, de tomadores o como mercancía de quienes empeñaban su alma en pecados nefandos.

Don Santiago lo sabía bien, ya que se encargaba de recogerlos de las calles.

El pertiguero custodio entornó la puerta.

El padre Romasanta la cruzó y, con paso firme, avanzó por la sala capitular, observando furtivamente. De los cuarenta canónigos mansionarios, que tenían voz y voto en las sesiones del cabildo catedralicio, se hallaban presentes una treintena. En cuanto a las dignidades, don Santiago reparó en la presencia del deán, del maestrescuela, del chantre, del tesorero y del capellán mayor; el resto, incluyendo al arzobispo, don Alonso Carrillo, se hallaban ausentes.

El padre Romasanta se plantó en el centro de la cámara, frente al deán.

Menguado de estatura y delgado como una hebra de hilo, iba tan humilde en el vestir, con balandrán raído y cíngulo repasado, que bien podía pasar por menesteroso.

No obstante aquella apariencia un tanto descuidada, aquel desaliño, bajo la consumida sotana se escondía un hombre de talento extraordinario.

El común de Toledo le tenía por hombre juicioso y cabal, de crecido entendimiento, y, aunque no gozaba de autoridad de oficio para repartir justicia, muchos fiaban a su arbitraje, cuando trataban de zanjar disputas de menor cuantía, que no convenía que

trascendieran a los jurados o a las audiencias oficiales celebradas en la plaza de Zocodover. Así, de llegar a sus oídos que un aprendiz sufría maltrato, el padre Romasanta se presentaba en la casa del maestro y trataba el asunto sin asperezas, convenciendo de que más aprovechaba obsequiar con buenas palabras que andar apremiando con ofensas. De la misma manera, si un patrón se lamentaba de que sus aprendices bebían en exceso, frecuentaban rameras o empeñaban en juegos de azar sus reducidas rentas, don Santiago no dudaba, siempre con mesura y comedimiento, en sermonear a los licenciosos y en regalarles consejos, para que se condujesen rectos y no cayesen en vicios más propios de bestias que de cristianos verdaderos.

En cuanto a los miembros del cabildo catedralicio, las opiniones se repartían, si bien todos reconocían que, de haberlo pretendido, el padre Romasanta hubiera sido beneficiado con alguna canonjía y, con el tiempo, con cualquiera de las dignidades de la Iglesia de Santa María; incluso, se rumoreaba que, por conocimientos y sabiduría, podía haberse postulado para alcanzar, un día, el título de deán.

Sin embargo, renunciando a oropeles mundanos y a sustanciosos beneficios de regalados nombramientos, don Santiago había escogido senderos más provechosos al espíritu, consagrando su vida y su obra a los más inocentes.

–Bienvenido, padre Romasanta –saludó el deán, don Francisco Fernández de Toledo–: decidnos, qué demandas os mueven a presentaros ante este cabildo.

Don Santiago inclinó la cabeza.

–Reverendísimo padre, reverendos señores y muy ilustres canónigos –empezó por decir–, me presento con humildad, para advertir, primeramente, de un fraude y, en segundo lugar, para reclamar lo que, por voluntad del excelentísimo señor arzobispo, don Alonso Carrillo de Acuña, me corresponde.

El deán asintió.

–Hablad, os escuchamos con interés.

–Para empezar, tengo que deciros que los esfuerzos en beneficio de los niños y niñas que se echan a la piedra, aunque loables, resultan de todo punto insuficientes.

–¿Acaso no nos ocupamos de mantenerlos? –respondió el deán, frunciendo los labios–. Os recuerdo, padre Romasanta, que esta Santa Iglesia cuenta en su nómina con un racionero y con un limosnero, dedicados a velar por los niños expósitos.

–Con la debida prudencia, reverendísimo, no basta buscar amas de leche en las aldeas vecinas y pagarles unas monedas durante un plazo –replicó el sacerdote–. Hay que hacer labor de guarda, pues tengo sabido que, a veces, cuando un chiquillo fallece, entre las nodrizas se prestan a los vivos para no perder la renta que tienen convenida con esta Santa Iglesia.

El deán esperó a que alguno de los capitulares abonara o desmintiera la afirmación del padre Romasanta.

–Decidnos, don Santiago –continuó, al cabo, dando por buenas las palabras del sacerdote–, ¿qué sería, a vuestro parecer, lo más conveniente para atajar los fraudes de que habláis?

–Os propongo el nombramiento de visitadores capaces, que comprueben que los niños de la piedra sean atendidos debidamente –respondió don Santiago–. Convendría, asimismo, asegurarse de que las amas de leche se presenten al cobro de su renta, que tengo entendido es cada dos meses, con el chiquillo que les fue confiado en un principio y no con otro. Y que hagan juramento de que no mienten.

Don Francisco Fernández de Toledo asintió.

–Consideraremos vuestras recomendaciones, bien sabéis que es propósito de esta iglesia de Santa María proveer a los niños

abandonados –dijo, y tras una pausa, inquirió–: y, ahora, decidnos ¿qué otro asunto queréis participarnos?

Don Santiago respiró profundamente. Se daba tiempo a recordar el discurso que, durante semanas, había venido cavilando y del que podría depender el sostenimiento de su obra benéfica.

–Quisiera recordar a los honrados miembros de este cabildo que, en el momento de fundar el Hospital de la Piedra, hace ya cinco años, el señor arzobispo, don Alonso Carrillo de Acuña, en el deseo de que los huérfanos de Toledo fueran acogidos y educados al abrigo de la Santa Madre Iglesia, se comprometió con una renta de diez mil maravedís anuales, para la colación de los niños expósitos.

–Que la mesa del refitor satisface puntualmente –recordó el deán.

–La catedral siempre ha cumplido, no tengo queja –admitió el padre Romasanta–. Pero, de igual modo, su excelentísima dispuso que, pasado un lustro, se dotase al hospital de una derrama para remozarlo y, entretanto, de unas casas donde acoger temporalmente a los huérfanos –haciendo una pausa, don Santiago clavó sus ojos en los del deán y añadió–: reverendísimo señor, vengo a recordar que esos cinco años han llegado a su vencimiento.

Un zumbido de murmullos, como una miríada de abejas melíferas, corrió por la sala.

–¿En qué condiciones se halla vuestro hospital, como para precisar de su remozamiento con tanta premura? –se interesó el maestrescuela, don Fernando Gómez de Sigüenza.

–Peor de lo que podáis sospechar, reverendo señor, pues, al tiempo de recibirlo en herencia, ya se encontraba muy estropeado –respondió el sacerdote–. La bosta del suelo está podrida, las paredes rezuman humedad, cada año hay que renovar su encaladura, y los techos, de alabeados, amenazan con derrumbarse. No tenemos *necesaria*, nunca la tuvimos, ni contamos con una *estufa* apartada

donde asear el cuerpo, ni disponemos de un lugar seguro donde dar reposo al alma, ya que nuestra humilde capilla, que consagrara el señor arzobispo y cuya sacristía nos sirve de escuela, en parte está inservible por causa de las humedades.

–La descripción de vuestra paternidad, bien pudiera encajar con una zahúrda –intervino el chantre, con un mohín de asco.

–Y zahúrda es, reverendo señor –repitió el padre Romasanta–. El Hospital de la Piedra es un pozo de infección; solo este año, y apenas van cuatro meses, llevo enterrados dos chiquillos a causa de las tercianas. Por todas estas razones, solicito, con humildad, la concesión de la derrama y el doble de las rentas anuales que me fueron adjudicadas por el señor arzobispo.

–¿Las rentas dobladas? –exclamó el tesorero, como si le hubiesen rejoneado las espaldas–, ¿acaso ignoráis que Castilla se prepara para la guerra y que las rentas de esta Santa Iglesia están sufriendo menoscabos?

El padre Romasanta conocía el aciago destino al que se enfrentaba Castilla, la inminente guerra que se avecinaba. El rey don Alfonso de Portugal, esforzado por algunos nobles castellanos, entre los que se encontraban don Diego Pacheco, los Estúñiga, y el propio arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, había entrado en la Extremadura, con la intención de desposarse con doña Juana de Trastámara, a quien decían la Beltraneja, y reclamar la corona de Castilla.

Pero, de igual manera, el sacerdote sabía que los ingresos de la catedral, a pesar de la guerra, no se verían seriamente perjudicados. La mesa capitular continuaría nutriéndose de los diezmos, de las tercias y de los arriendos de mesones, casas y tiendas que sumaban, solo en los términos de Toledo, en número de cuatrocientos. Y continuarían recaudándose las rentas de los palomares, de los corrales, de los almacenes, de los molinos, de los canales y del

centenar de heredades, de huertas, de viñas y de tierras de pan llevar que el cabildo poseía por cesión de derechos o en propiedad; y, también, llegado su momento, se recogerían primicias sobre los corderos, los quesos y la lana, y dineros venidos de donaciones, de limosnas, de servicios funerarios y de otros rituales testamentarios, memorias y mandas que se contaban, al año, por cientos y aun por millares.

–Los niños no entienden de guerras, reverendo señor –contestó el padre Romasanta–. Además, mi petición queda muy lejos de lo necesario, pues, aun doblando las rentas como vengo a demandar, apenas alcanza para cubrir un tercio de los gastos anuales.

Una vez más, se dejó escuchar un rumor.

El padre Romasanta callaba, confiando en que su intervención acabase por conmover a los miembros del cabildo. Los huérfanos lo necesitaban. Necesitaban nuevas casas y mayores ingresos. Necesitaban comer más pescado y más frutas. Y más leche. Y huevos frescos. Y quesos nuevos. Y vestuarios. Y más leña para cocinar. Y aceite y velas para iluminarse. Y carbón para alimentar los braseros, pues el frío y la humedad abonaban las enfermedades.

–Todos reconocemos la labor del Hospital de la Piedra con los expósitos y, como no podía ser de otra manera, la valoramos en su justa medida –dijo, al tiempo de ponerse en pie, don Pascual García Belmonte, canónigo mansionario–. No obstante, no debemos descuidar otras razones, que el padre Romasanta parece haber olvidado. Me refiero a su cruzada contra esta Santa Iglesia, al tiempo que lleva pregonando las corrupciones a las que, según su parecer, se entregan algunos miembros de este cabildo. Proclama, sin fundamento, que ciertos capitulares acostumbran a frecuentar las tablas de juego y la mancebía, que otros mantienen mozas en concubinato o tratan con rufianes negocios de sodomía, incluso ha llegado a acusar a su propio protector, el arzobispo de Toledo, el

excelentísimo don Alonso Carrillo, de renegar de su celibato y de concebir vástagos que, a su entender, perpetuarán la vergüenza de su pecado –don Pascual hizo una pausa y, dirigiéndose al padre Romasanta, concluyó–: después de todos los agravios recibidos, de todas las injurias y calumnias vertidas sobre los honorables miembros de esta Santa Iglesia, ¿no resulta ofensivo, por no decir risible, que vengáis a nosotros suplicando caridad?

Exaltados, algunos canónigos, que en el pasado habían tenido querellas con el padre Romasanta, refrendaron aquellas razones.

Inmutable, el sacerdote guardaba silencio. La noche anterior, en la soledad de su celda, había jurado no embarcarse en disputas que perjudicasen los intereses del Hospital de la Piedra. ¿Qué sería de los huérfanos? ¿En qué lugar habría de darles cobijo, si el cabildo no accedía a sus demandas?

–Venerable don Pascual, quisiera recordaros que se trata de dar cumplimiento a los deseos del señor arzobispo –respondió con calma.

Don Pascual García Belmonte le miró con un asomo de desprecio.

–Todos sabemos que esos deseos de los que habláis son tan solo palabrería, pues nada está escrito, ni existe documento alguno que los pruebe –replicó.

–Eso es cierto, pero también lo es que hubo testigos de esta Santa Iglesia.

Don Pascual no replicó. Sabía que uno de aquellos testigos había sido el propio deán de Santa María.

–Decidnos, padre Romasanta, ¿por qué no acudís a don Alonso Carrillo? –preguntó–. Su residencia de Alcalá queda apenas a dos jornadas de distancia. Mejor aún, ¿por qué no le escribís unas letras? Una respuesta suya bastaría para renovar vuestras demandas.

Don Santiago trajo a la memoria el sermón de dos años atrás, arremetiendo contra aquellos miembros de la iglesia que trasgredían

el voto del celibato, entre los que se encontraba el propio arzobispo de Toledo, que contaba, a su cargo, con dos vástagos conocidos. Un sermón que había deteriorado el buen entendimiento que, hasta entonces, habían mantenido el sacerdote y don Alonso Carrillo, y que terminaría por arruinarse apenas unos meses más tarde, cuando el padre Romasanta le enviara, como otros ya habían hecho antes, una misiva precaviéndole de Fernando de Alarcón, el Alquimista, y del Beato, criados de entera confianza del arzobispo, a quienes acusaba de estafadores, de tenerle absorbido el seso con falsas promesas y engaños, y de hacerle padecer continuas necesidades a cuenta de mal aconsejarle.

–Me pedís un imposible, es público que su excelencia me ha retirado su favor –reconoció el padre Romasanta.

–Y, si el señor arzobispo os ha retirado su confianza, ¿por qué razón esta Santa Iglesia habría de mantener la limosna para vuestro hospital? –preguntó el canónigo.

–Por la misma razón de que no existe revocación del beneficio.

–Las anulaciones o ratificaciones de las limosnas, os recuerdo, no están sujetas al albedrío del señor arzobispo, sino a la confianza de este cabildo –argumentó don Pascual–. Y, llegados a este punto, tengo que deciros que, en mi opinión y en la de muchos otros, bastante habéis recibido en estos años y, de ser ciertos los rumores, no deberíais recibir una sola moneda más.

Un tenso silencio dejó escuchar la pluma del secretario, registrando cada palabra en el libro capitular.

–¿Rumores? –inquirió el padre Romasanta– ¿Qué clase de rumores?

–Es público que el Hospital de la Piedra recibe limosna de falsos cristianos –respondió, con desgaire, don Pascual–, y que los niños que tenéis bajo vuestro gobierno, son educados con escasa

observancia de la doctrina cristiana y entregados a familias de dudosa reputación.

Una vez más, el padre Romasanta refrenó la lengua, recordándose que se encontraba en audiencia para defender los intereses de los expósitos y que en nada le aprovecharía enfrentarse con don Pascual.

–Es cierto que algunos cristianos nuevos contribuyen a mantener el Hospital, y nada malo hay en ello, de lo contrario, con las rentas de la catedral y en el tiempo en que las recibo, que recuerdo es cada seis meses, no podría mantener ni a la mitad de los chiquillos que hoy día sostengo –respondió con templanza, antes de defenderse con firmeza–: en cuanto a lo segundo, vos sabéis que no es cierto. Cuando entrego a uno de mis huérfanos, lo hago a familias honradas, que les proporcionan techo y un oficio digno, sin distingos entre lo que vos llamáis, con desprecio, falsos cristianos y verdaderos.

–¿Acaso insinuáis que estoy faltando a la verdad? –espetó el canónigo, amostazándose–. En los libros del Hospital de la Piedra se encuentra la prueba de cuanto afirmo; en sus páginas se hallan registrados los nombres de las familias beneficiadas con vuestros huérfanos y que son sospechosas de conducirse como herejes. Quizás, por esa razón los ocultáis a este cabildo.

–No tengo obligación de entregar los libros –refutó el sacerdote–. Os recuerdo que mi hospital, aunque recibe limosna de esta Santa Iglesia, no queda bajo su patronazgo. Además, en estos años, en ningún momento se me han requerido.

–¿Acaso los hubierais entregado?

El padre Romasanta se encogió de hombros.

–¿Por qué no habría de hacerlo? Si este cabildo los demanda, podéis disponer de ellos para su escrutinio.

Don Pascual entonó el rostro.

–Reverendísimo señor –dijo, volviéndose al deán–, propongo que se acepte el generoso ofrecimiento del padre Romasanta, para que sean revisados los libros y comprobada la piedad de todas y cada una de las familias que, en estos años, han sido favorecidas por el Hospital de la Piedra.

–Don Santiago, ¿le ponéis algún impedimento? –preguntó don Francisco.

–Ninguno, nada tengo que ocultar.

Don Pascual dibujó en su rostro una sonrisa de satisfacción y, tras un silencio intencionado, cuando parecía haber concluido su discurso, exclamó:

–Entretanto, hasta que los libros y las familias sean espulgados por visitadores nombrados por este cabildo, recomiendo suspender las rentas asignadas al Hospital de la Piedra y que a los expósitos, asimismo, se les prive del beneficio de recoger limosna de enfermos y difuntos, valiéndose del nombre y amparo de esta Santa Iglesia.

El padre Romasanta quedó estupefacto. Había caído en el engaño de don Pascual. Su propuesta, de ser aceptada, en el mejor de los casos supondría semanas, cuando no meses, llevarla a término.

–Los niños necesitan las rentas, no pueden esperar meses a recibirlas –repuso–. Del mismo modo, precisamos de las limosnas que recogemos de enfermos y difuntos, ¿qué sería de nosotros sin ellas?

Don Pascual, imperturbable, cruzó las manos sobre el pecho. Su rostro empalidecido, su nariz afilada, sus fertilísimas orejas, que traslucían la luz, y su elevada estatura, le conferían un aspecto arrogante.

–¿Teméis, quizás, padre Romasanta, que se prueben vuestros excesos, que sepamos de vuestras iniquidades? –preguntó, mirlándose.

El sacerdote apretó los dientes, haciendo esfuerzos por aquietarse. No daba crédito a las falacias y maledicencias que estaba escuchando. Finalmente, echando a perder todo su comedimiento, desbocándose, exclamó:

–¡La única prueba que tenéis es vuestra manifiesta animadversión! ¡Y los presentes, aunque callen por temor, conocen los vergonzosos motivos!

En la sala capitular se hizo el silencio.

Estólido, don Pascual volvió la vista al deán, buscando amparo.

–Os recuerdo, padre Romasanta, que los pleitos particulares quedan fuera de nuestra jurisdicción –medió don Francisco Fernández de Toledo, antes de rematar–: ¿Tenéis algo que añadir al asunto que nos concierne, antes de pronunciarnos sobre vuestras demandas?

–He dicho cuanto tenía que decir, reverendísimo padre.

–Os ruego que os retiréis, para que podamos debatir libremente. En una semana, a no más tardar, os haremos llegar nuestra respuesta –zanjó el deán.

VII
EL TOLEDANO

Las primeras luces del alba sorprendieron a don Santiago tendido en su jergón, con la mirada distraída en el techo y con los mismos turbulentos pensamientos de la noche anterior, al tiempo de coger el sueño. ¿Cuál sería el resultado de la audiencia?, ¿el cabildo aceptaría sus demandas?, ¿quiénes le favorecerían y quiénes, capitaneados por don Pascual García Belmonte, serían sus contrarios?

Al cabo, apartándose de aquellas enojosas cavilaciones, se incorporó, se dirigió al barreño que se veía a la esquina, bajo la ventana, y se aseó a conciencia, de cabeza a pies. Después, se enfundó la sotana, la menos repasada de las tres que tenía por ajuar, se ciñó el más nuevo de sus cordones a la cintura, se calzó sus sandalias menos desgastadas, y, como cada mañana antes de dirigirse a la cocina, se prosternó en el reclinatorio, frente al crucifijo de la pared, y se entregó con devoción a sus plegarias.

Le rezaba a la Virgen.

Por los niños expósitos.

Y por el sostenimiento del Hospital de la Piedra.

–Buenos días, Perucho –saludó, entrando en la cocina. Y, dirigiéndose hasta el hogar, donde se cocía, sobre la trébede, el puchero de alfitete especiado, que servía de primera colación a los huérfanos, se sirvió una escudilla y fue a sentarse junto a su criado–: espero que hayas descansado, hoy hay mucho por hacer.

Perucho se llevó a la boca un trozo de su habitual rebujo de pan empapado en aloja de miel y tomillo, y respondió con un gruñido.

–Supongo que todo estará dispuesto, que no echaremos nada en falta –insistió el sacerdote, tratando de trabar conversación.

Perucho volvió a gruñir. Era hombre de pocas palabras. Una condición que, de ordinario, el padre Romasanta tenía por virtud, pero que, en ocasiones como aquella mañana, en la que el Hospital de la Piedra recibía a sus benefactores, para tomar cuentas, y daba de comer a doscientos pobres, llegaba a desquiciarle.

–¿La carne está encargada? ¿Y la leña, hay suficiente? ¿Te has asegurado de repartir todos los plomos? ¿Están bien colados los manteles? ¿No hemos olvidado nada? –estalló el sacerdote–. ¡Por Dios Santo! ¿No puedes hablarme? ¿No me ves en un sinvivir?

Entornando los ojos, como despertando de un sueño, Perucho miró sorprendido al padre Romasanta. Luego, levantando la quijada, por no derramar el bocado que estaba engullendo, dijo a boca llena:

–Despreocupaos, padre, todo está puesto en su sitio.

Los benefactores se presentaron mediada la mañana, y, tras saludar a los huérfanos, que aguardaban enfilados a las puertas del hospicio, bien compuestos los peinados y con sus sayos y jubones más nuevos, pasaron a inspeccionar, en compañía de don Santiago, el estado de las dependencias.

Localizado en la parroquia de Santo Tomé, el Hospital de la Piedra ocupaba un amplio solar de cien pasos a la larga por otros tantos a la ancha, demediado, a partes iguales, entre un patio y un edificio ruinoso, labrado en adobe y ladrillo.

El patio, encajonado entre los altos muros y los tejados del caserío lindante, aunque extenso, en su mayor parte se veía sombrío y húmedo. Partiendo de una de sus esquinas, se sucedían un viejo pozo, con la garrucha y el acetre tomados de herrumbre, un palomar arruinado, un pequeño gallinero, un cobertizo para almacenar el

carbón y la leña y, por último, al extremo, el aljibe para recoger el agua de lluvia, que se tenía, a decir de don Santiago, por la más salubre de las aguas. A la otra parte del patio, frente a estas misérrimas construcciones, se alzaba un tosco armazón de madera, pavimentado con losas de piedra y tapizado con un parral, a cuya sombra, cuando el tiempo acompañaba, don Santiago solía sentarse a meditar, a leer su breviario o a confesar a los huérfanos necesitados de sosiego espiritual.

En cuanto a la casa, el hospital propiamente dicho, aparte del desván y de un edificio anexo, que servía de establo y debajo del cual se hallaba la bodega, se extendía a lo largo de una planta y seis estancias, distribuidas, tras cruzar un pequeño zaguán de entrada, en torno a un portal principal que desembocaba al patio.

A la derecha del portal se abrían dos puertas contiguas. La primera, y más cercana a la calle, daba paso a la cocina y a una amplia despensa, donde se almacenaban la harina, la sal, las especias, el aceite, las cantareras con el agua fresca, las frutas y otros mantenimientos necesarios al orfanato. La segunda de las puertas, conducía hasta un pequeño refectorio, amueblado con un aparador para la vajilla, con un evangelistero, sobre el que se veía una biblia con las cubiertas de diaspro, y con una mesa, que se alargaba de un extremo al otro de la cámara, donde los huérfanos, sentados sobre rudos bancos de madera, venían recibiendo sus tres colaciones diarias.

A la otra parte del edificio, a la izquierda del portal principal y antecedidas de un corredor que miraba al patio, se repartían el resto de las estancias.

La primera, una celda de reducidísimas dimensiones, guarnecida con un jergón, con un arcón para la ropa y con una jofaina, la ocupaba Perucho. La siguiente, del tamaño de la anterior e igualmente austera, pertenecía al padre Romasanta, si bien contaba,

a mayores, con un reclinatorio, legado por don Francisco Fernández de Toledo al tiempo de fundarse el orfanato. La tercera de las habitaciones, mucho más amplia y mejor equipada, se correspondía con el dormitorio de los huérfanos y tenía, por mobiliario, diez camas de cordeles con colchones de paja y arcones al pie, dos armarios grandes de guardar la ropa, algunas lámparas de aceite, dos braseros, y un escalentador de astil dorado, que se prendía las noches de invierno, para templar los lienzos cuando el frío más arreciaba. La cuarta estancia, y última, acogía una humilde capilla, en cuya sacristía, que hacía las veces de estudio y de comedio, los benefactores y el padre Romasanta, al cabo, vinieron a congregarse para celebrar su ayuntamiento anual.

Don Santiago ocupó la silla al cabecero de la mesa, custodiando el libro de cuentas y el arca de las limosnas, una pequeña caja chapada en hierro, de color esmeralda,

A la diestra del sacerdote se acomodaron los comerciantes de seda, don Fernando de Meneses y don Juan de Sevilla. Frente a estos, doña Mira, viuda de don Beltrán de Cárdenas y principal favorecedora del hospicio.

El padre Romasanta empezó por recordar, con un padrenuestro, a los dos chiquillos que habían fallecido el último invierno. A continuación, abriendo el libro de cuentas, comenzó a detallar los gastos, que venían a montar cuarenta y tres mil maravedíes anuales, contando los capotillos, que aquella temporada había tocado remozar, las carretadas de leña y de carbón para guisar y para calentarse, la cera y el aceite para alumbrarse, las viandas y las cosas que se echaban a la olla, las cargas que los aguadores traían de las fuentes y del Tajo, las cien fanegas de trigo y de centeno para el pan, las cinco de sal, las frutas, el tocino, los pescados, las especias, las carnes, las hortalizas, la miel y algún confite, suplicación o nuégado,

a beneficio de los expósitos en días festivos, fiestas mayores o aniversarios.

–A estos gastos corrientes, deben añadirse otros –agregó el padre Romasanta. Y, clavando los ojos ora en su libro, ora en los benefactores, siguió diciendo–: quinientos y cincuenta maravedíes, a cuenta de cuarenta varas de paño pardillo, que se han empleado en confeccionar tres capuces de duelo, para prestar a las viudas pobres; otros quinientos, para la redención del primogénito de doña Sol, que está cautivo en las costas del África; cuatrocientos más, por los honorarios del físico y por los enterramientos, en el cementerio de San Bernardo, de los dos huérfanos finados durante el invierno; y, por último, mil maravedíes por la comida anual a beneficio de los pobres, que vamos a celebrar con posterioridad y que tenemos calculada en doscientas pitanzas –el sacerdote levantó la vista de sus anotaciones–: confío en que vuestras mercedes aprueben estas caridades.

Doña Mira, don Fernando y don Juan asintieron a una.

El padre Romasanta volvió a su libro, a la página de ingresos del último año: siete mil maravedíes le había confiado don Fernando de Meneses, otro tanto don Juan de Sevilla y diez mil doña Mira; a estos, habían de sumarse los quince mil de la catedral de Santa María, los tres mil y seiscientos de los cepillos colectados en los oficios de los domingos y de las limosnas menores, y los ocho mil y setecientos recaudados por los huérfanos en visitas a los enfermos y asistencias a entierros, vigilias, novenarios, treintanarios, memorias, aniversarios y misas de difuntos.

–Abreviando cuentas, los haberes alcanzaron cuarenta y seis mil y quinientos maravedís, y los consumos, cornado arriba cornado abajo, cuarenta y seis mil –concluyó, al tiempo de abrir el arca de las limosnas, en cuyo fondo se veían algunas monedas–, lo que arroja un

sobrante de quinientos y treinta y cinco maravedíes, que, como cada año, pongo en manos de vuestras mercedes.

Doña Mira palmeó con familiaridad el brazo del sacerdote.

–Y, como cada año, padre, os repetimos que podéis disponer del remanente como mejor entendáis –dijo. Y, haciéndose con un saquillo de cuero que traía guardado en su escarcela, lo depositó sobre la mesa, declarando con aire ceremonioso–: os ruego que aceptéis estos diez mil y quinientos maravedíes, como contribución para sostenimiento de vuestros expósitos. Os anticipo, asimismo, que podréis contar con paños y con lienzos nuevos, que os haré llegar al principio del invierno, para que renovéis el vestuario de la capilla y el vuestro, que buena falta os hace.

Al momento, los mercaderes se llevaron la mano a la cintura, desataron sus esqueros y, valiéndose de la misma fórmula de ruego, ofrecieron sendos saquillos con sus limosnas, que habían aumentado, del mismo modo que doña Mira, en quinientos maravedíes anuales.

El padre Romasanta recogió las limosnas y las depositó en el cofre, con aquella ambigua expresión, entre avergonzada y agradecida. Seguidamente, mojó la pluma en el tintero y, volviendo sobre su libro de cuentas, en una de sus páginas, bajo el título que rezaba «rentas del año de 1475», anotó los ingresos. Luego, valiéndose de la salvadera, enjugó la tinta, sopló la arenilla y lo apartó a un lado. Por último, echó las dos llaves al cofre, lo dejó junto al libro y, cruzando las manos bajo la boca, con los ojos cerrados, se dispuso a clausurar el ayuntamiento, como en años anteriores, deprecando el *Sub tuum praesidium*.

–Antes de concluir, padre, quisiéramos preguntaros qué os inquieta –le interrumpió doña Mira–. Os conocemos bien, no podéis ocultar que no tenéis la alegría de otras veces.

Don Santiago no se sorprendió de aquella pregunta. A ojos de sus benefactores, como una presa de pelaje oscuro sobre la nieve, no podía ocultarse.

–Como bien conocen vuestras mercedes, al tiempo de recibir estas casas por testamento de don Blas de Aguirre, Dios le haya, lo hice sin considerar su estado ruinoso –empezó a decir–. Tal era mi entusiasmo por recoger a los huérfanos de las calles, por aliviar sus penurias, que las tomé por bien y nunca me he preocupado por mejorarlas ni en mantenerlas. Todos los dineros que he recibido durante estos años, hasta el último de los maravedíes, los he empleado en alimentar y en vestir a los expósitos, y en algunas otras limosnas menores, confiando en que, pasado un lustro, tal y como prometiera el señor arzobispo, se me adjudicasen mayores rentas, además de una derrama para el remozamiento del hospital –el sacerdote forzó una sonrisa y, tras una breve pausa, desveló–: ayer, el cabildo de Santa María me recibió en audiencia.

Los benefactores clavaron sus ojos inquisitivos en los del padre Romasanta. Al igual que el sacerdote, llevaban tiempo esperando aquella audiencia, en la que vendría a sustanciarse el futuro del orfanato.

–¿Y a qué esperaba, vuestra paternidad, para darnos noticia? –le reprendió, afectuosamente, don Juan.

–Si he callado, es porque aún no tengo nuevas que daros –se excusó el sacerdote.

–Sin embargo, a decir de vuestro semblante, parecéis descontento –prosiguió don Fernando, antes de afirmar, tranquilizador–: no deberíais temer por vuestras demandas, son legítimas y, además, cuentan con el beneplácito del señor arzobispo.

–Es cierto que don Alonso me concedió esas rentas –confirmó el sacerdote–. Pero no lo es menos que fue de palabra y que no existe título, lo que me lleva a temer que algunos canónigos, comandados

por don Pascual García Belmonte, con quien mantengo una reciente querella, pretendan desquitarse, perjudicando a los huérfanos.

Todos conocían la enemistad que, desde hacía ya un lustro, venían arrastrando don Pascual y el padre Romasanta, a cuenta del solar que ocupaba el Hospital de la Piedra.

Se trataba de un amplio terreno, cercano a la Iglesia de Santo Tomé, que don Pascual, propietario de las casas y corrales linderos, codiciaba para consolidarse la finca en su totalidad y que, durante años, con la pretensión de establecer su residencia en aquel sitio privilegiado, había intentado comprar a don Blas de Aguirre, su propietario primero, quien no solo se había negado a vendérselo en vida, sino más allá de ella, pues lo había legado al padre Romasanta, a condición de no enajenarlo y dedicarlo a obras pías. Desde entonces, y ya habían transcurrido cinco años, el canónigo había tratado de convencer al sacerdote, primero con beneficios, después con inminencias, para trasladar el Hospital de la Piedra a otra parroquia.

–¿De qué reciente querella habláis? –se interesó don Fernando de Meneses.

El sacerdote se revolvió en su asiento. La pregunta le había incomodado.

–¿Tanto dolor os provoca hablar del asunto, padre, que os veis obligado a silenciarlo? ¿Acaso no contamos con vuestra confianza, con vuestra amistad de años? –intervino doña Mira.

De hito en hito, don Santiago miró a sus benefactores. Durante un lustro, sus generosas limosnas habían constituido los verdaderos pilares del orfanato y, a su cargo, los expósitos tenían un lugar seguro donde recogerse. ¿A quién, sino a ellos, habría de confesar las inquietudes de su corazón, sus temores?

–En los últimos días del pasado diciembre, un criado de don Pascual García Belmonte, que dicen Juan de Mazarambroz, arrebató

la honra a un chiquillo de diez años –terminó por desvelar–. No satisfecho con tamaño ultraje, y por contentar a quienes le acompañaban, le arrastró por la Vega, como si fuera un pelele de trapo, amarrado al arzón de su montura. A las pocas horas, entre espantosos sufrimientos, el muchacho vino a fallecer. Yo estuve con él, le consolé en sus últimos momentos, y puedo jurar, sin temor a equivocarme, que jamás contemplé un cuerpo tan mancillado, tan desollado y tan roto –contenido de emoción, don Santiago se mordió el puño–. Cuando enterré a Lucas, así se llamaba la criatura, y después de enterado del autor del infame crimen, no pude por menos que presentarme en casa de don Pascual para que diera cuenta de su criado. Pero el canónigo, lejos de darse a razones, de reparar el daño, me despachó con insolencias y con amenazas, por lo que decidí informar al jurado de su parroquia.

–No deberíais haber acudido a las autoridades civiles, para sustanciar asuntos eclesiásticos –le recomendó doña Mira, antes de preguntar–: ¿por qué razón, un canónigo de la talla de don Pascual, habría de poner en pica su nombre defendiendo a un simple criado?

El padre Romasanta clavó sus ojos en los de su benefactora, como si quisiera, por anticipado, excusarse de sus siguientes palabras.

–Se rumorea que don Pascual, Dios le perdone, tiene inclinación por ciertas costumbres griegas, y que el tal Juan de Mazarambroz, no solo se empleaba en labores propias de la hacienda, sino en servicios que el pudor impone callarse.

Doña Mira, apurada, se santiguó tres veces.

El padre Romasanta cruzó las manos, cerró los ojos y entonó el *Sub tuum praesidium*.

Todo, hasta el último detalle, estaba dispuesto, tal y como asegurara Perucho.

Bajo el armazón de madera, al abrigo de las tempranas hojas de la parra, se extendía la mesa principal, guarnecida con las piezas más

nuevas de la vajilla, con las brocas y los cuchillos más pulidos y con un mantel de hilo blanco, bordado primorosamente con lacerías; la mesa de los expósitos se encontraba en medio del patio y tenía, por servicio, mantelería de anjeo y escudillas vidriadas del color del ámbar.

Entre ambas mesas y al fondo, sobre los morillos de tres fuegos y colgando de sus llares, humeaban sendas calderas con la pitanza de los pobres, mantenidas por dos mozas de cocina de la parroquia de Santo Tomé, que habían sido contratadas a tal propósito, y guisadas por Perucho, que había empleado, además de hortalizas y especias, diez arreldes de tocino, treinta de buey y setenta de vaca. Al lado de las calderas, en el suelo y entre un corrillo de piedras, refulgía un lecho de brasas, a cuyo calor, bien lardeadas y ensartadas a los espetones, se asaban un par de carneros de dos dientes, sacrificados el día anterior en la carnicería de la parroquia, y, sobre broquetas, cuatro pares de pollas tiernas, que el criado de don Santiago, para la ocasión, había venido cebando a pan y leche. Por último, detrás de las ollas, en una tercera mesa, estaban dispuestas varias cántaras de vino y de mosto, las frutas de temporada y las roscas de pan candeal, que los anacalos habían acarreado del horno aquella misma mañana.

Las mozas empezaron por servir mosto en la mesa de los huérfanos, y vino tinto de Yepes en la del padre Romasanta. Continuaron con las roscas de pan, ya troceadas, y con los fruteros de ciruelas, de guindas y de duraznos. Al tiempo, desmenuzadas en el tajador y dispuestas sobre plateles, Perucho se ocupaba de que no faltasen las carnes.

Al padre Romasanta se le veía gozoso.

Deleitándose en la conversación que sostenía doña Mira, a cuenta de la inminente llegada a Toledo de doña Isabel, recientemente nombrada reina de Castilla, por unos instantes se había olvidado de sus demandas con el cabildo, de la guerra venidera, de las

estrecheces, de las acuciantes miserias. Momentos como aquellos, en los que Dios parecía agraciarle con una tregua, eran una recompensa, un bálsamo a sus heridas. El aire, bajo un celeste despejado, exhalaba un perfume con los aromas de la abundancia, el bullicio de los huérfanos le llegaba como canto de ángeles, y, en un místico pensamiento, hasta el sol de mayo, entibiando los tejados, parecía conjurado para bosquejar aquella bucólica estampa.

A la hora de sexta, rematado el almuerzo con buñuelos, mazapanes y melindres bañados de alcorza, Perucho ordenó a las mozas que retirasen del fuego las cazuelas de los pobres y las colocasen sobre los pedernales, dispuestos en el centro del patio. A continuación, se dirigió a los huérfanos y, tras apremiarles a recogerse en el dormitorio, como era costumbre hasta que el reparto de las colaciones terminase, se llegó hasta la mesa del padre Romasanta:

–Don Santiago, ya es hora, en la calle no cabe un alma.

Una muchedumbre, extendiéndose más allá de lo que la vista podía alcanzar, esperaba impaciente a las puertas del hospital. Como en ocasiones precedentes, no solo se contaban vecinos y moradores de Santo Tomé, sino parroquianos de otras colaciones, peregrinos, sopistas, mendigos de paso, calandrias, mamarones y criados de vergonzantes.

Ayudándose de su bordón y a grandes voces, Perucho comenzó a ordenarles en fila de a uno, a lo largo de la fachada del hospital, formando grupos de a diez, que habían de entrar a recoger su ración y regresar a la calle, para dejar paso a los siguientes. Se trataba de un proceso lento, fastidioso para estómagos que andaban en apremios, pero necesario para guardar cierto orden, pues, para acoger a todos los comensales a un tiempo, el hospital era demasiado pequeño.

Una vez organizados en ringla, Perucho retiró su bordón de la puerta y diez hombres, mujeres y niños, con sus escudillas, sus tazas

y sus plomos de la mano, cruzaron el zaguán, recorrieron el estrecho pasillo que les separaba del portal principal y fueron a desembocar al patio, donde aguardaban las dos mozas de cocina, detrás de las dos primeras ollas, acompañadas por don Fernando de Meneses, que, cazo en mano, había tomado jurisdicción para el repartimiento de la tercera. Don Juan de Sevilla había hecho lo propio, ocupándose de la distribución de los panes, del vino y del mosto, en tanto doña Mira se encargaba de recibir a los pobres y de recoger los plomos del Hospital de la Piedra, que Perucho, días antes, se había ocupado de distribuir, y a cambio de los cuales se recibía un cazo colmado del guiso, un cuartal de pan bazo de a doce onzas, un cotofre de vino o de mosto, y, para terminar, bien un puñado de guindas, bien dos duraznos, bien tres ciruelas.

Por su parte, Perucho y el padre Romasanta velaban por el orden. Y en tanto el criado permanecía a las puertas del hospital, ocupándose de que los unos no entrasen hasta que los otros saliesen, el sacerdote recorría la calle, reconfortando a los pobres y atendiendo sus demandas, que pasaban, las más de las veces, por aconsejarles dónde podían, a cuenta de la caridad, recibir provisiones, mudarse las ropas viejas, por unas que no lo fuesen tanto, o pasar a resguardo la noche.

–¡Ladrón! –gritó, de pronto, una voz.

Alertados, el padre Romasanta y Perucho se dirigieron hasta un corrillo, en mitad de la fila, donde estaba formándose alboroto, en torno a Juana la Cintera, viuda y vecina de la parroquia de San Salvador, con tres criaturas a su cargo.

–¿A qué tantas voces? –preguntó el padre Romasanta.

–¡Un ladrón, padre, un ladrón! –respondió Juana, zarandeando a un joven, que sujetaba con firmeza del brazo–: ¡me ha robado uno de los cuatro plomos que me diera el bueno de Perucho!

Por abonar las palabras de Juana, don Santiago miró a su criado, que confirmó, con un gesto, haberle entregado aquellos cuatro plomos.

–Asegúrate bien de lo que dices, hija mía, no vayas a equivocarte y sea peor el remedio que el quebranto –dijo, conciliador, el padre Romasanta–. ¿No lo habrás perdido de camino? Quizás lo hayas olvidado en tu casa.

De nuevo, la Cintera sacudió al muchacho, como si fuese un trapo.

–A Dios pongo por testigo –respondió.

Ante la determinación de la Cintera, don Santiago se volvió al joven, que se hallaba contra la pared, rodeado por la muchedumbre que, como una albanega a la boca de una madriguera, había ido cercándole.

–Esta mujer asegura que le has robado uno de sus plomos –dijo, señalando a la Cintera–: ¿es eso cierto?, ¿qué tienes que decir en tu descargo?

Desempuñando una mano, el joven mostró un plomo, con el inconfundible grabado del Hospital de la Piedra: una cruz, en el anverso, y, al reverso, la leyenda *In omnibus caritas*.

–¿Cómo te has hecho con él, quién te lo ha dado?

El joven mostró la vieja escudilla que tenía de la otra mano.

–Tengo hambre –murmuró, en un hilo de voz.

–¡Todos tenemos hambre, ladrón! –exclamó la Cintera, esgrimiendo el puño.

Las voces comenzaron a sobrepujarse. Los unos, que si llamar al jurado de la parroquia, los otros, que si tomar justicia cortándole la mano, los de más allá, que si molerle a palos para que no volviese a robar a los pobres.

–¡Hay suficiente comida para todos! –gritó el sacerdote, colocándose delante del joven y alzando las manos.

–¡Justicia! –gritó Juana, avanzando un paso, arrastrando con ella a la multitud.

–¡Por caridad! –suplicó el sacerdote, intuyendo la tragedia que se avecinaba.

La Cintera, de pronto, se detuvo.

– ¡Válgame el cielo! –exclamó, dando un paso atrás.

Extrañado del viraje en el rumbo de los acontecimientos, el padre Romasanta se volvió al joven ladrón. El rostro se le veía desencajado, descompuesto. Tenía los ojos muy abiertos, en blanco, y de la boca le brotaba una densa baba.

–¿Muchacho, qué tienes? –preguntó, alarmado.

El joven no respondió, se quedó inmóvil, como una estatua labrada en piedra. Al cabo de unos segundos, demudado el semblante, avanzó un paso, se clavó de rodillas y, emitiendo un gruñido inhumano, de bestia herida, cayó de bruces, golpeándose la cabeza contra el suelo. Comenzó, entonces, a escupir espumarajos por la boca, a retorcerse, a arquearse, a cimbrarse de manera que piernas y brazos parecían a pique de descoyuntarse.

Llegada la media tarde, ya repartida la última de las colaciones, los benefactores se despidieron. Minutos después, fregados los calderos y la vajilla, y cobrados los seis maravedís acordados, lo harían las dos mozas de cocina. Perucho, entonces, cerró las puertas y, tras tocar la esquila del portal, dando aviso a los huérfanos para que saliesen al patio, acompañó al padre Romasanta hasta la sacristía.

–Despierta, muchacho –dijo Perucho, zarandeándole por los hombros.

El joven abrió los ojos y recorrió la celda con la mirada. Al cabo de unos segundos, se incorporó y, sentándose al borde del jergón, escondió la cabeza entre las manos.

–¿A qué estás esperando? –dijo el padre Romasanta, señalando la mesa, sobre la que se veía una vasija con un guiso humeante, un mollete de pan blanco y un plato con media docena de ciruelas maduras.

El muchacho miró de reojo hacia la mesa y, a la vista de aquellos manjares, la boca se le volvió agua. Luego, con el resabio del perro apaleado, miró al sacerdote y a Perucho. Finalmente, se puso en pie y, tras un asomo de duda, acabó por abalanzarse sobre la comida.

El padre Romasanta observó el aspecto de aquel joven en silencio, cuya edad vendría a frisar los doce años y que parecía, por miserable, el mismo retrato de la herejía. Vestía camisa en hilachas, zaragüelles repasados de velludo y calzaba soletas de trapo, cogidas a los pies con delgadas correas de badana. La cabellera ensortijada, en guedejas que le alcanzaban hasta los hombros, la traía sucia, desaliñada, como impregnada de brea, y en su rostro, escuálido y consumido, vibraban unos pequeños ojos negros, en cuya mirada, esquiva y recelosa, el padre Romasanta reconocía las miserias.

–¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre? –preguntó, cuando el joven daba cuenta de las últimas ciruelas.

–Me dicen el Toledano, señor –respondió, repasándose los labios con lo que le quedaba de manga.

–No se dice señor, zoquete, se dice padre –le corrigió Perucho, que al punto estuvo de soltarle un pestorejazo.

Con un gesto, el padre Romasanta amonestó a su criado. No era momento de entrar en aquellas banalidades. Después, tomó asiento junto al joven Toledano y observó que traía los pies llagados, en carne viva.

–Vienes caminando de muy lejos.

El joven se miró los pies, encogió y estiró los dedos, y soltó un pequeño quejido, que acompañó con una mueca de dolor.

–Sevilla –afirmó.

–Esa ciudad queda a muchas jornadas –dijo don Santiago–. Seguro que, para emprender un viaje tan largo, tendrás tus buenas razones.

–Mis amos me dijeron que me llevaron de esta ciudad, cuando era niño.

–Entonces, ¿has regresado en busca de tu familia?

El Toledano se encogió de hombros. No tenía respuesta.

–¿Quién te ha marcado? –preguntó el padre Romasanta, pensando que alguien podría haberle provocado aquella singular marca que, a modo de divisa, exhibía en la frente.

–Es el dedo de Dios, cuando me trajo a la vida –respondió, muy serio, el Toledano.

El padre Romasanta sonrió y le puso la mano sobre el brazo. Había decidido, por el momento, no continuar con sus pesquisas.

–Eres libre de marcharte, pero, si no tienes dónde ir, si nadie te espera, puedes quedarte con nosotros –dijo–. Sanaremos tus heridas, te proporcionaremos un lecho y un plato de comida, aunque, te prevengo, deberás seguir ciertas normas.

El Toledano mudó de súbito el semblante, redondeando sus pequeños ojos negros, como si, desde el infierno, estuviese contemplando las puertas del paraíso entornándose.

–Perucho te llevará a tomar un baño, que falta te hace –prosiguió el padre Romasanta, haciendo un gesto a Perucho, quien, al instante, se llegó hasta la silla donde se encontraba el joven y se lo echó a los brazos. El sacerdote le despidió–: bienvenido a la casa de Dios, Toledano.

Bajo el quicio de la puerta, el joven Toledano se volvió al sacerdote.

–Johan, padre, me llamo Johan.

A falta de un habitáculo apartado y dispuesto al propósito del aseo, la estufa del Hospital de la Piedra, que también pasaba por

necesaria, se ubicaba en una esquina del palacio de los expósitos, a resguardo de unas tupidas cortinas de percal, y contaba con chimenea, con brasero, con aguamaniles, con bacines, con herradas, con lienzos y con todo lo necesario para asear el cuerpo y atenderle en sus demandas.

Johan se desnudó, lanzó al fuego los jirones que traía y tomó asiento en un escaño, frente a la chimenea, a cuya lumbre se calentaba un caldero con agua. Perucho se colocó a sus espaldas y, valiéndose de una navaja, le rapó la cabeza a conciencia, hasta dejársela en el mismísimo cuero. A continuación, vertió una herrada de agua fría en un barreño, y le añadió, para templarlo, el caldero que se calentaba al fuego.

–Volveré a buscarte –dijo, al tiempo de despedirse, lanzando un trozo de jabón al interior del barreño.

A solas y en silencio, con el hambre ya saciada y al abrigo del agua tibia, Johan no tardó en relajar los sentidos, sumiéndose en un profundo estado de somnolencia. Después de veinte días caminando, había logrado el propósito de alcanzar Toledo y, por primera vez, desde que tenía memoria, sentía que podía descansar sin sobresaltos, sin temor a que sus antiguos amos viniesen a importunarle con sus caprichos, con sus maltratos y con sus exigencias. Atrás habían quedado ocho años de cautiverio. Atrás habían quedado, para siempre, los hermanos Salazar, malditos fueran, y el bueno de Antón Ruiz, el pellejero de Triana, quien, pocos días antes de que Dios le llamara, le había concedido la libertad.

–Este envuelto de agua salada y piedra azufre, acabará con los piejos y no anidarás liendres –susurró una voz–: mi nombre es Martín, aunque todos, a la espalda, me dicen el Esquila.

Al escuchar aquella voz amable, sosegada, que parecía moldeada para agradar los sentidos, Johan pestañeó varias veces, muy despacio. Los párpados le pesaban como losas de piedra. No

obstante, cuando terminó de abrir los ojos y vio a Martín, que se hallaba frente a él, espantado se echó hacia atrás, retrepándose contra las duelas del barreño.

Jamás había visto nada parecido. Jamás había contemplado un rostro tan descarnado, desfigurado y grotesco, rematado con unas narices labradas en madera, que, con dos delgadas cinchas de tafilete, aquel engendro traía ceñidas al cogote y a la cabeza.

–Aquella será tu cama, junto a la mía –prosiguió Martín. Y, señalando el arcón que se veía al pie, agregó–: en su interior encontrarás unos calzones, un jubón, un sayuelo, una camisa y un capotillo de paño, para cuando llegue el invierno. También hay unas medias botas; si no te vienen bien, házmelo saber y te buscaré otras que te convengan –el Esquila hizo una pausa, y, viendo que Johan no atendía a sus explicaciones, insistiendo en observarle espantado, añadió–: no temas, Toledano, acabarás por acostumbrarte a mi aspecto.

VIII
EL ENVIADO DEL CABILDO

La pobreza corría por las calles de Toledo como caballo desbocado, trayendo, a su paso, la delincuencia, la enfermedad y la indigencia más severa.

Una cruda realidad que la todopoderosa catedral primada de Santa María, *cabeza y primacía de las Españas, luz y espejo en la que otras iglesias han de mirarse y haber acatamiento*, y la generosidad de muchos de sus canónigos trataban de paliar, sufragando obras asistenciales, como el acogimiento de los niños y niñas de la piedra, las limosnas a cofradías religiosas, la quita de deudas a aquellos que eran demasiado miserables como para satisfacerlas o la comida que, a diario y desde hacía tres años, ofrecían a trece pobres *a honor y reverencia de Nuestro Salvador Ieshu Christo con sus doce apóstoles*.

Otras instituciones, hermandades y particulares participaban igualmente en mitigar las penurias de los más necesitados.

El Hospital de la Misericordia, patrocinado por doña Guiomar de Meneses y situado en unas casas anejas a la iglesia de San Ildefonso, en la parroquia de San Román, disponía de dieciséis camas en invierno y treinta y cuatro en verano, para alojar enfermos no contagiosos; el Hospital del Rey, sustentado por la cofradía del Corpus Christi, contaba con treinta camas para los enfermos incurables, en particular tísicos, admitiendo, también, peregrinos y viajeros de paso; el de San Lázaro se ocupaba de los tiñosos, de los

sarnosos y de los leprosos, quienes, para costear su mantenimiento, mendigaban haciendo resonar unas tablillas, que llevaban trenzadas en los dedos, alertando de su enfermedad infecciosa; y en el de San Antón, extramuros de la ciudad, se trataban aquellos que padecían el fuego.

Luego, estaban aquellas fundaciones más modestas, los llamados hospitalitos, que ofrecían, sobre todo, vestido y alimento, y se repartían, a iniciativa de particulares y cofradías, por todas las parroquias.

El de San Pedro, ubicado en las Cuatro Calles y gobernado por su cofradía homónima, daba cama a los pobres y distribuía, tres veces al año, cientos de raciones; el de San Ildefonso, en la colación de Santa Leocadia, contaba con cuatro camas para aposentar, durante la noche, a mujeres en desamparo; el de San Nicolás, en el Cristo de la Luz y bajo la cofradía de la Concepción, ofrecía posada a los peregrinos; el de Santiago de los Caballeros, fundado por el maestre de su orden, se ocupaba de la redención de cautivos y de facilitar aposentamiento de sus miembros.

Sin embargo, ninguno de ellos, a excepción del Hospital de la Piedra, se ocupaba de los expósitos que mendigaban por las calles de Toledo. Y, también, a diferencia de aquellos, la institución que gobernaba don Santiago no poseía bienes ni mandas que le asegurasen futuras rentas, ni dependía de ninguna cofradía, hermandad o gremio, sosteniéndose de lo que venía recibiendo de la catedral, de sus benefactores, del cepillo de las misas de los domingos, de las limosnas menores y de las que, por sus ruegos y deprecaciones, merecían los huérfanos.

Por estas razones, por la necesidad que tenía el Hospital de la Piedra de las rentas de la catedral, cuando Perucho, mediado el mes de mayo, anunciara la llegada de un enviado del cabildo, el padre Romasanta, que en aquellos instantes se encontraba en la sacristía,

ocupado en guardar los hábitos de la liturgia de la mañana, sintió una punzada en el estómago, un vacío que vino a crecerse momentos más tarde, cuando comprobara que el enviado no era, como en ocasiones precedentes, un simple mandadero, ni un capellán, sino el deán de Santa María, don Francisco Fernández de Toledo.

El padre Romasanta corrió a su encuentro, se prosternó y le besó la mano:

–Excelentísimo y reverendísimo señor, celebro veros.

–Déjate de títulos, que todavía no tengo, y de zalamerías, Santiago, aún quedan días para mi nombramiento y no he venido para recoger cumplidos –respondió el deán con aspereza, al tiempo de alargar un documento lacrado, que traía guardado entre los pliegues de su inmaculada loba de paño mayor.

El padre Romasanta despidió a Perucho con un gesto y, sin dejar de observar a don Francisco, cuyos labios, de encogidos, parecían remendados con hilo de bramante, recogió el documento, rompió el sello y, desplegándolo, leyó su contenido.

Al concluir, abatido, se dejó caer en una silla.

–¿Cómo es posible? –preguntó, incrédulo.

–Y ¿qué esperabas? –contestó el deán–. Has ofendido a muchos, esta carta es tu penitencia.

El padre Romasanta volvió otra vez la vista hacia el documento, cuyas palabras, cada una de sus letras, eran gotas de veneno, abrojos de hierro desgarrándole la garganta. Ya no podría dar limosna para liberar cautivos de manos moras, ni atender los duelos de las viudas menesterosas, ni le alcanzaría para renovar el vestuario de los expósitos, ni para celebrar la comida anual a beneficio de los pobres. Y, por si todo aquello no fuera suficiente, se las vería y desearía para proveer a sus huérfanos, pues, a través de aquella infamante requisitoria, el cabildo de Santa María no solo se negaba a concederle la derrama y unas casas más convenientes para el establecimiento

temporal del hospicio, sino que le reducía las rentas a la mitad y, bajo apercibimiento de entredicho, suspendía temporalmente el privilegio del que disfrutaban los expósitos del Hospital de la Piedra para recaudar limosna durante todo el año, reduciéndolo al tiempo que venía a durar la Cuaresma.

–¿Acaso, padre, pretendéis decirme que, para mi beneficio, hubiera sido mejor no enemistarme con ciertos canónigos de vuestra iglesia? –preguntó el padre Romasanta, que, tras un silencio, como un barco desencallando, siguió su discurso a toda vela–: vos siempre me enseñasteis a tener la conciencia aseada, ¿cómo podéis reprocharme que haga públicos los excesos de aquellos que están obligados a ser ejemplo de piedad?, ¿cómo callar, sin temor a condenarme, que ciertos canónigos de Santa María alardean impúdicamente de su riqueza, que se entregan con desenfreno a placeres y vicios que no son propios de hombres devotos de Dios, que legitiman a sus hijos mostrencos para darles beneficios que, por derecho, corresponden a otros más capaces, que se dan al soborno, que extorsionan y mercadean con prebendas, que…?

–¡Basta! ¡Ya es suficiente! –atajó don Francisco– ¿Acaso me crees tan necio, como para ignorar todo cuanto ocurre en la iglesia que gobierno?

El padre Romasanta, avergonzado, inclinó la cabeza. Las fatales noticias del cabildo, el temor a perder su hospital, le habían hecho perder las maneras y olvidar, por un momento, quién era y lo que representaba don Francisco Fernández de Toledo.

Había sido don Francisco, en el año de 1449, coincidiendo con el primer levantamiento contra los cristianos nuevos, quien le recogiera de la piedra, donde le habían abandonado apenas cumplidos unos días de vida. Y, también, había sido don Francisco quien le bautizara, quien le nombrara Santiago y le apellidara Romasanta, quien se ocupara de buscarle un ama de cría para que le alimentase hasta los

tres años, quien le hiciera ingresar en la escuela de la catedral a los ocho, quien le enviara al colegio de San Bartolomé y, más tarde, financiara sus estudios en los dos derechos en Salamanca, y quien le enviara, durante un año, al Estudio General de París, donde don Santiago, a la temprana edad de veintiún años, había rematado sus estudios en Teología, alcanzando el título de maestro.

–Cuando regresaste de París, decidiste renunciar a cualquier prebenda para dedicar tu vida a los expósitos. Por entonces, aunque no llegué a comprender que malograses tantos años de estudio y sacrificio, no puse reparos ni censuras, si bien te recomendé que tomases las cosas con calma, que ganases experiencia y, sobre todo, una bula que asegurase la continuidad de tu obra –recordó don Francisco–. Pero me desoíste y, en cuanto recibiste estas miserables casas en herencia, acudiste al arzobispo Carrillo que, comprometido por la amistad que me tenía, te concedió, de palabra y malamente, unas rentas que, como has tenido ocasión de comprobar, con el tiempo se han convertido en querellas –el deán hizo una pausa y, abriendo los brazos en cruz, recorriendo con la mirada la humilde sacristía, añadió, con un asomo de compasión–: mírate, Santiago, mírate bien, hijo mío, ¿en qué te has convertido?, ¿dónde han quedado tus sueños de fundar un gran hospital?

El padre Romasanta se trasladó seis años atrás, al tiempo de regresar de París, y recordó, como si fuera aquel mismo día, la expresión de felicidad en el rostro de don Francisco Fernández de Toledo al reencontrarse, tras un año de ausencia, en la plaza de la Oliva, frente a la catedral; y recordó su confusión y su tristeza, su pesar, cuando aquella misma noche, después de vísperas, le confesara que su verdadero propósito en la vida no pasaba por medrar en la iglesia, sino por fundar un hospital, un gran hospital que un día habría de albergar a todos los expósitos y enfermos pobres de Toledo.

–Mis sueños permanecen vivos, padre, mi voluntad firme como el primer día –respondió don Santiago, arrebatado de orgullo.

–De haber seguido mis consejos, de haber aceptado mi dinero, te hubieras ahorrado muchas calamidades –se lamentó el deán–. Por fortuna, aún estás a tiempo de corregirte y dar por bueno lo aprendido con este fracaso. Recuerda, hijo mío, la vida es un arduo camino, en el que el Señor nos pone a prueba, para que tengamos la oportunidad de enmendarnos.

El padre Romasanta frunció las cejas, intuyendo que se avecinaba una desgracia.

El deán, volviéndole la espalda, se apartó hasta la ventana que daba a la calle, cruzó las manos sobre el pecho y, fijando la mirada en un punto incierto y lejano, como si con el pensamiento pretendiese viajar a un lugar remoto, dijo:

–En unos días, como bien sabes, partiré de Toledo para hacerme cargo del obispado de Coria; esta vez, Santiago, vendrás conmigo, abandonarás esta locura y me servirás en las nuevas tareas que me aguardan.

El sacerdote tardó en reaccionar, como si estuviera ingiriendo una medicina amarga.

–Me honráis con vuestra confianza, padre, pero, por amor de Dios, compadeceos y permitidme seguir con mi hospital.

El deán negó con la cabeza.

–Debes acompañarme, es lo más sensato.

–Dejadme en Toledo, os lo ruego, aún queda todo por hacer.

–Con el tiempo acabarás por agradecérmelo –insistió don Francisco.

El padre Romasanta se arrodilló y cosió su rostro a la mano del deán.

–Por el amor que me tenéis, padre, no me apartéis de mis huérfanos –dijo, suplicante– ¿qué será de ellos, qué suerte correrán

si no me tienen para defenderlos?

Don Francisco le puso las manos sobre los hombros, invitándole a ponerse en pie. Una discreta sonrisa, un gesto descuidado, vinieron a desvelar que su propuesta era una tentación, un manjar aderezado por el diablo. En realidad, el deán sentía verdadera admiración por la inquebrantable vocación del padre Romasanta, en quien veía no solo un discípulo fiel y un ejemplo de piedad, sino el vástago que sus votos le habían negado.

–Siempre has sido orgulloso y testarudo como una mula –terminó por decir, palmeándole la mejilla. Seguidamente, dijo–: hay una solución, que no será de tu agrado, pero una solución, al cabo, que te permitirá mantener tu hospital.

Reconfortado por las palabras del deán, que venían a dar esperanza a la continuidad de su obra benéfica, el padre Romasanta asintió, dispuesto a satisfacer cualquier término que le permitiese conservar su hospital.

–Haré lo que pidáis, padre, lo que sea por no apartarme de mis huérfanos.

Don Francisco Fernández de Toledo suspiró.

–En ese caso, debes retirar la querella contra don Pascual García Belmonte –dijo.

–¿Retirar la querella? –repitió, atónito, el padre Romasanta.

–Debes desdecirte –se reiteró el deán–. Ya he tratado el negocio con don Pascual y, si desistes de tus acusaciones, tengo su palabra de que el cabildo, en un futuro, reconsiderará tus demandas.

El padre Romasanta no reconocía a don Francisco Fernández de Toledo. ¿Cómo era posible que, quien fuera embajador en Roma del rey Enrique el Cuarto, protonotario y datario del Papa, capellán de los Reyes Viejos, deán de Santa María y, recientemente nombrado, Obispo de Coria, se allanara a las exigencias de don Pascual García Belmonte, un canónigo mansionario, cuyos méritos conocidos no

eran otros que su riqueza y acrecentar su honra, a cuenta de comprar prebendas y beneficios?

–Os recuerdo, padre, que el tal Juan de Mazarambroz mancilló y arrastró hasta la muerte a un niño de diez años –dijo el padre Romasanta–. Y que don Pascual le ocultó en su propia casa y le libró de la justicia, procurándole la salida de Toledo.

–Conozco al detalle el infeliz episodio, tú mismo me pusiste al corriente, y, también, sé de las flaquezas que don Pascual carga sobre su conciencia. Tampoco ignoro que él, y otros como él, que se tienen por cristianos de sangre limpia, a escondidas se burlan, acusándome de tornadizo por mi ascendencia hebrea –aseguró, con calma, don Francisco–. Aun con todo, hijo mío, debes seguir mi consejo y retractarte.

–¿Por qué, padre? ¿Por qué me pedís que me humille y se ponga en entredicho mi palabra?

–Es un sacrificio, Santiago, por tu bien y por el bien de tus huérfanos. Si quieres conservar tu hospital, la esperanza de que un día prospere, no queda otra que arreglarte con don Pascual; de lo contrario, si perseveras en tus acusaciones, si te mantienes, perderás los pocos beneficios que aún te quedan y tu obra, en un futuro no muy lejano, terminará por desaparecer. Hazlo por ellos, por tus expósitos –insistió don Francisco, antes de rematar–: no debes olvidar que don Pascual tiene ganadas muchas voluntades en el cabildo, y que yo, a partir de ahora, no estaré para protegerte.

El padre Romasanta se abrazó con fuerza al deán.

Intuía, en el fondo de aquellas palabras, que jamás volverían a verse.

IX
¿TÚ ERES MORO O JUDÍO?

Junio de 1475

Como todos los martes, desde que Enrique el Cuarto, nueve años atrás[*], concediera la celebración semanal de un mercado franco, la población de Toledo se multiplicaba con las gentes de las aldeas vecinas, llegadas a la ciudad buscando beneficios a cuenta de la exención de la alcabala.

En la plaza de Zocodover y a la puerta de los mesones se vendían la harina y el trigo; los panes cocidos en el mesón de la Calahorra, a principio de la calle de la Lencería, y en las panaderías que se distribuían por las diferentes colaciones; las cebollas, las espinacas, los nabos, las berzas, las zanahorias o las berenjenas en la plaza del Solarejo, que decían el solar de los espárragos; las naranjas, los melones, los higos, los albérchigos o las uvas en el mesón del lino; la mostaza, el clavo, la pimienta, el hinojo, la alcaravea, el jengibre o el azafrán, en la alcaná de los especieros; los sábalos, las truchas, los lenguados, los besugos, las mielgas o las anguilas, en las tablas de los pescados, junto al Hospital del Rey; y las torcaces, las perdices, los conejos, el puerco, el carnero o la vaca, en los tajos de las carnes, que se levantaban frente a la fachada norte de la Catedral, o en las carnicerías de Santo Tomé, de Santiago del Arrabal o en las Tendillas de San Nicolás.

Era, también, el día en el que don Santiago, celebrada la ineludible liturgia de la mañana, aprovechaba para dar reposo a las lecciones y visitar los mercados, acompañándose de Perucho y de los menudos, para hacerse con las provisiones semanales. El resto de alumnos, los de mayor de edad, recorrían a su antojo las calles.

Johan no veía el momento de salir del Hospital de la Piedra y pasear las calles de Toledo. A lo largo de ocho años de ausencia, que era el tiempo transcurrido desde que el Tuerto, siguiendo las instrucciones de Andrés Alfarache, el Corbacho, le arrancara de la casa de los hermanos Alarcón para conducirle hasta Sevilla, en su imaginario había ido creciendo la esperanza de que, al recorrer de nuevo las calles que le habían visto nacer y pasar sus años primeros, hallaría una señal, un indicio que le permitiría reencontrarse con un pasado del que apenas tenía noticias, salvo por lo que le habían llegado a insinuar los Salazar, sus dueños primeros, y, más tarde, Antón Ruiz, el pellejero de Triana.

Pero se equivocaba.

Ni un retazo de su vida pasada le vino a la memoria, al recorrer las calles de Toledo.

Ni ese martes, ni al siguiente. Ni, tampoco, en los días de finales de mayo, cuando los expósitos acudieron a la puerta Bisagra, para recibir a la reina de Castilla, doña Isabel, que se presentó en Toledo por proveer en las cosas del reino y, mayormente, por asegurarse de que no fuesen a traicionarla, como otras tantas veces, en el pasado, habían hecho con sus reyes los gobiernos toledanos.

No recordaba la iglesia de Santa María, ni la plaza de la Oliva, ni la Cal de los Francos, ni la Rúa Nueva, donde se ubicaban las Alcaicerías de los orfebres y los paños; no tenía memoria de la Magdalena, ni del Zocodover, ni de la plaza de las Cuatro Calles, que daba acceso a las más de ochenta tiendas de la Alcaná Nueva, a cuyas puertas negociaban cambiadores y prestamistas. No recordaba la

calle de la Pellejería, ni la de la Lencería, ni la de los Alatares que llevaba a las Tendillas de San Nicolás. Tampoco le resultaban familiares las iglesias, ni los conventos, ni las fuentes, ni las murallas, ni las rinconadas, ni los adarves, ni las puertas de las casas, ni los blasones que las enseñoreaban.

Nada.

Se sintió, en aquel momento, vacío, desolado, como un náufrago a la deriva, entregado a la voluntad de la mar oceánica. Todas sus esperanzas, los sueños madurados en su imaginación durante años, en apenas unas horas habían perdido todo sentido. Fue así, compadeciéndose de su propio desengaño, de aquellas infundadas esperanzas a las que había fiado su porvenir, como empezó a mostrarse ausente y díscolo, desligado de la vida que discurría en el Hospital de la Piedra, al que empezó a considerar como un lugar de tránsito, del que tendría que marcharse, más temprano que tarde, para proseguir su búsqueda.

Al igual que el resto de alumnos, al alba y tras el aseo, acudía a la capilla para escuchar la misa que, a diario, oficiaba el padre Romasanta. No respondía a los rezos, pues no los conocía, ni tampoco hacía intención de aprenderlos. Más tarde, finalizada la liturgia y la primera colación del día, cumplía con desgana con las tareas cotidianas, que Perucho, como a los demás alumnos, le iba asignando, bien barriendo el portal, bien fregando las vajillas, bien acarreando las inmundicias hasta la letrina pública. Asimismo, más movido por la obligación que por la devoción que venían a inspirarle, asistía desganado a las lecciones de doctrina, de cálculo y de romance, que los expósitos recibían en la sacristía. No sentía curiosidad por la vida de los Santos, ni atendía a las explicaciones de las Escrituras, ni mostraba interés por las tablillas de las letras y los números. El resto de las horas, los escasos momentos de esparcimiento, no participaba de las conversaciones ni de los juegos,

y prefería mantenerse apartado, antes que tratar con indigentes, con mánceres, con tullidos, con bastardos, y con aquella corte de arrapiezos y miserables, que vivían bajo el gobierno del padre Romasanta y a quienes, sin más razón que su propio desengaño, había empezado a despreciar.

Una tarde, acabado el almuerzo, Martín el Esquila le abordó en el refectorio, cuando todos los alumnos se encontraban en el patio.

–Ya va para un mes que estás entre nosotros y sigues mirándonos con desprecio, como si fuéramos apestados –dijo–, ¿acaso te crees por encima?

Johan desvió la mirada. El aspecto de Martín seguía perturbándole.

Martín, entonces, destrabó las correas de tafilete que traía ceñidas al cogote y se despojó de aquellas toscas narices de madera, que le había fabricado Perucho y que, lejos de agraciarle, deslustraban su semblante. De seguido, avanzó un paso, se acodó contra la pared, por encima de la cabeza de Johan, encarándosele a menos de un palmo. Era de elevada estatura, delgado y entallado como un junco.

–Este abominable rostro, que tanto repugna y al que yo mismo, a pesar de los años no logro acostumbrarme, no es obra de Dios ni de la naturaleza, sino de la maldad de los hombres, pues fueron ellos, y su codicia, quienes le dieron este talle –declaró, al tiempo de sorber la saliva que, al hablar, se le escapaba por la comisura de los labios.

Johan levantó la mirada y, por primera vez desde que llegara al Hospital de la Piedra, no reparó en la piel marchita de Martín, ni en su cabeza desorejada y lampiña, despoblada de cejas y pestañas; tampoco se detuvo en sus labios sajados y recosidos, que se extendían hasta alcanzarle las orejas; ni en los espantosos orificios que tenía por narices, que no eran sino ollares. Solo le miró a los

ojos. Unos ojos grises, prominentes y extraordinariamente redondos, en cuyo fondo advirtió una mirada serena.

–¿Hombres? ¿Qué hombres? –preguntó.

Martín el Esquila le habló de los *cortadores*, de los criminales que tenían por oficio vagabundear, valiéndose de chiquillos desamparados o arrebatados de sus familias con falsas promesas y engaños, a los que envilecían, ofrecían como esclavos o tullían intencionadamente, forzándolos a la mendicidad. A este último propósito, cortaban lenguas y narices, descuajaban ojos, tronzaban huesos, mutilaban miembros y torcían o escaldaban la piel, labrando así, a su antojo, aberraciones humanas, criaturas contrahechas y deformes, que exhibían en ferias y mercados, por el horror que merecían a los ojos.

–Fueron ellos quienes me embadurnaron la cabeza con trementina, para arrancarme los cabellos de cuajo y que no me volvieran a nacer, quienes me cortaron los labios, las orejas y las narices con un cuchillo afilado, y quienes, durante años, hasta que el padre Romasanta me rescatara, me tuvieron enjaulado, amarrado al cuello con una carlanca –siguió diciendo Martín, como si estuviese regurgitando un manjar indigesto–. Por las noches, cuando cierro los ojos, todavía puedo escuchar el sonido de las chirimías y las bastardas, que los cortadores hacían tañer cuando me anunciaban a grandes voces en las ferias y en los mercados. ¡Vengan, vuestras mercedes, a descubrir este engendro!, ¡vengan a contemplar este espantajo del diablo! Y vaya si venían. Vecinos y lugareños, chicos y grandes, todos acudían alborozados y gastaban sus buenas monedas por verme enjaulado y darse el gusto de humillarme, apedreándome o lanzándome heces y orines, y otras inmundicias y suciedades que se traían preparadas –Martín se quedó en silencio, paralizado por el dolor de aquellos recuerdos. Luego, volvió a ceñirse las narices de madera y, cuando acabó de ajustárselas, señaló hacia el patio, desde

donde llegaban las voces de los huérfanos–: deberías dar gracias a Dios porque la vida no te haya tratado mal, Toledano, muchos otros no hemos corrido la misma suerte.

El sufrimiento de Martín el Esquila, su ejemplar fortaleza, impresionaron en tal manera a Johan, que no solo le miró con otros ojos tras aquellas confidencias, sino que empezó a considerar sus últimas palabras y a pensar que, después de todo, quizás debiera tenerse por afortunado.

Martín el Esquila, no obstante sus espantosas mutilaciones y sus narices de madera, era el alumno más respetado del hospicio.

A sus quince años, se ocupaba de que se cumplieran los horarios, de advertir a los nuevos las normas básicas que regían la convivencia, de enseñar las reglas básicas de la lengua romance, de repetir las conjugaciones de los latines a los alumnos más aventajados, cuando don Santiago, por algún motivo, tenía que ausentarse, y de tañer la campana del portal, y de ahí le venía el apodamiento, para convocar a los expósitos a las liturgias, a las colaciones o a las lecciones diarias.

De la mano de Martín, Johan pronto vino a regostarse en la rutina y empezó a mostrar interés por la misa, que don Santiago, para facilitar su entendimiento a los chiquillos y a los parroquianos que acudían los domingos, decía en lengua vulgar, muy a pesar de ciertos miembros de la iglesia toledana, que lo tenían por rayano en la herejía.

A los pocos días, a fuerza de escuchar, ya tenía aprendidos el Padre Nuestro y el Ave María; tres semanas más tarde, se veía capaz de recitar medianamente la Salve y el Credo.

Del mismo modo, se aplicó en las lecciones de doctrina que, con mucha paciencia y atendiendo a la facultad de cada alumno, impartía don Santiago, y que comenzaban después de la primera colación de la mañana, prolongándose hasta el mediodía.

En las primeras instrucciones, en las que el padre Romasanta abundó en la necesidad de mantener limpia la conciencia, aprendió que a la soberbia, a la envidia, a la ira, a la pereza, a la avaricia, a la gula y a la lujuria, les decían los siete pecados capitales; que el Padre Nuestro contenía siete peticiones; que siete palabras había pronunciado Jesucristo en el momento de morir en la cruz; que los siete dones del Espíritu Santo eran el temor de Dios, la piedad, la ciencia, la fortaleza, el consejo, el entendimiento y la sabiduría; que de las siete virtudes que existían, la templanza, la justicia, la prudencia y la fortaleza se tenían por cardinales, y, por teologales, la fe, la esperanza y la caridad.

En las semanas y meses siguientes, llegaría a saber que las bienaventuranzas eran ocho, diez los mandamientos, doce los artículos de fe fundamentados en el Credo, y catorce las obras de misericordia, que le parecieron, después de conocerlas, salidas del mismo molde de don Santiago, ya que el sacerdote venía a cumplirlas de largo, sin saltarse una sola. De las primeras, que eran siete y se denominaban espirituales, el padre Romasanta enseñaba al ignorante, daba buen consejo al que lo necesitaba, corregía al que se equivocaba, perdonaba a los que le ofendían, consolaba a los que se entristecían, sufría con paciencia los defectos ajenos, y rezaba por los vivos y por las almas de los que ya no estaban. De las segundas, que eran otras tantas, llamadas corporales, Johan pensó que había sido beneficiario de cuatro de ellas, pues, desde que llegara al orfanato, el padre Romasanta le había alimentado, saciado su sed, acogido bajo su techo y proporcionado un nuevo vestuario; y si no se había visto favorecido con las tres obras de misericordia que restaban, se debía a que don Santiago no había tenido oportunidad de redimirle de sus años de cautiverio, ni de visitarle estando enfermo, ni de soterrarle en terreno sagrado, porque aún no se contaba entre los muertos.

En cuanto a las lecciones de aritmética, cuyas enseñanzas primeras las recibiría de Martín el Esquila, Johan comenzó por discernir las dos maneras de operar con los números. La primera, trataba de los diez guarismos, que iban del cero al nueve; la segunda, que llamaban la *cuenta llana*, se refería a las letras M, D, C, L, X, V, I y a su equivalencia numérica.

A partir de aquel momento, usando las dos maneras de representar los números, empezó a ejercitarse en todas las *especias*, que eran las sumas, las restas, las particiones y las multiplicaciones, aprendiendo a interpretar, con el paso de los días, qué era la unidad, la decena, la centena, el millar, la decena de millar, la centena de millar y el cuento.

Asimismo, por parecerle provechoso y a la par que seguía practicando con los números, se interesó por conocer los pesos y las medidas.

Martín le enseñó que una carga eran tres quintales, que un quintal eran cuatro arrobas, que una arroba traía veinticinco libras, que una libra llevaba dos marcos o dieciséis onzas y que una onza pesaba dieciséis adarmes. Que un cahíz de trigo contenía doce hanegas, y una carga cuatro, que una hanega eran doce celemines, que un celemín eran cuatro cuartillos y que un cuartillo se dividía en dos ochavillos; y que una cántara de vino la formaban ocho azumbres y que un azumbre no eran sino cuatro cuartillos.

En cuanto a las medidas, que tanto valían para calcular el paño necesario de una saya, como para medir la superficie de una dehesa, el Esquila le explicó que mucho tenían que ver con las proporciones humanas, y que estas habían sido tomadas de cien hombres adultos, a los que un día, al tiempo de salir de la iglesia, habían escogido para tallarlos. De este modo, Johan aprendió que un estadal, que era medida de agrimensura, eran cuatro varas, y que una vara, que venía a suponer la largura del brazo de un hombre adulto, contenía dos

codos, tres pies, cuatro palmos o cuartas, y cuarenta y ocho dedos. Y, asimismo, aprendió que el cuerpo de un hombre, venía a tallar ocho veces su propia cabeza.

No obstante, desde un primer momento, Johan manifestó inclinación por las letras y, por familiarizarse con su hechura, al tiempo que aprendía el nombre de cada una de ellas y su oficio, que era el sonido que hacían por sí mismas o combinándose las unas con las otras para formar las sílabas, principió por copiarlas con un punzón sobre una tabla encerada, que cada día, al terminar, templaba con el dedo pulgar para volverla a su estado.

A los pocos días, tenía memorizadas las dos tablillas. La primera, traía talladas las seis vocales: A–E–I–O–U–Y; la segunda, las diecinueve consonantes: B–C–D–F–G–H–K–L, M–N–P–Q–R–S–T–V–X–Y–Z.

Una vez hubo retenido los nombres y la forma de todas las letras, sabiéndolas de corrido y sin yerros, Martín el Esquila le habló de ciertas particularidades, como que las vocales I, U, Y, también podían tenerse por consonantes, o que la letra C tenía tres oficios, según llevara cedilla, como en *Çaragoça* o *çoçobra*, no la llevara, como en *capa* o *cuba*, o se mezclara con la H, al tiempo de escribir *chapín* o *chueca*.

Así las cosas, apenas dos meses después de llegar al Hospital de la Piedra, como el infante que, entre titubeos, comienza a dar sus pasos primeros, Johan empezó a escribir sus primeras sílabas de dos letras, y a cantarlas con tonillo, para retenerlas mejor en la memoria: la B con la A hacen BA, la B con la E hacen BE, la B con la I hacen BI…

Un mes más tarde, ya practicaba con sílabas de tres letras. Primero, con aquellas donde la vocal siempre se veía al final: BLA, BLE, BLI, BLO, BLU…; al poco, lo haría con aquellas en que hacía de medianera: BAD, BED, BID, BOD, BUD…

Y para el día de la Asunción, fecha en la que oficialmente se clausuraban las lecciones, ya andaba hilando las sílabas de cuatro letras y tenía memorizadas las primeras abreviaturas.

Fue, entonces, una vez finalizado el curso, cuando el padre Romasanta, dispuesto a recuperar los beneficios del Hospital de la Piedra, decidió retractarse de su querella y cumplir con la promesa que le hiciera a su mentor, don Francisco Fernández de Toledo, que había partido, hacía ya meses, para desempeñar su nuevo ministerio como obispo de Coria.

Así pues, una calurosa mañana de agosto, se presentó, primero, a don Juan de Ribera, Alguacil Mayor de Toledo, y, más tarde, al conde de Cifuentes, Alcalde Mayor de las Alzadas y Apelaciones de causas civiles y criminales, y les entregó una misma carta, escrita de su puño y letra, manifestando haber errado en sus acusaciones y renunciando, formalmente, a que se iniciaran pesquisas contra el honrado y circunspecto don Pascual García Belmonte, canónigo mansionario de la iglesia catedral de Santa María.

Después, con la honra hecha jirones y aborreciéndose por haber traicionado una causa justa, pero confiando en que le rehabilitasen, más pronto que tarde, en sus privilegios, regresó al Hospital de la Piedra para retomar sus ocupaciones diarias, que en tiempo de estío, además de las obras de caridad comprometidas con su conciencia, pasaban por fiscalizar los contratos de aprendizaje de años anteriores y por situar a los alumnos, que ya fuesen capaces, en sus nuevos oficios.

Durante los días siguientes, visitó talleres, tiendas y negocios, comprobando que sus antiguos alumnos cumplían con sus obligaciones y que recibían de sus maestros, además de un trato justo, dos comidas diarias, un vestuario digno, una cama guarnecida y una gratificación por fiesta mayor y por domingo. Asimismo, se presentó, por última vez, en la espadería de Benito Olmo y en el telar

de Román Posadas, para celebrar que Santiago y Marquillos, dos huérfanos que habían formado parte de la primera hornada de alumnos del Hospital de la Piedra, pasarían, después de tres años manifestando suficientes facultades como aprendices, a nombrarse oficiales, a percibir un salario justo y a disfrutar de entera libertad para mantenerse con su maestro, para elegir uno nuevo o para emanciparse.

Por esos días, cuatro alumnos abandonaron el hospicio. El primero fue a parar como alfayate, el segundo como molinero, el tercero como arqueador de lanas y el cuarto como aprendiz de pergaminero, a servicio del judío Ysaque de Alva.

El resto de los expósitos, al igual que todos los veranos y para desahogo de don Santiago, quedaron al cuidado de Perucho, que venía a imponer, durante los dos meses siguientes, su propia disciplina, erigiéndose en pastor de aquel rebaño de inocentes.

Cada mañana formaba dos grupos. Uno se ocupaba de las tareas cotidianas, otro se reunía en la cocina, en torno a la lumbre, para aprender a elaborar sustanciosos caldos de verduras o para preparar la carne, antes de guisarla con sus aderezos. Perucho ponía mucho empeño en aquellas enseñanzas, por considerarlas esenciales, y cuando los expósitos, por echarle algunos venablos y fastidiarle, le decían que en poco aprovechaba saber de guisos, pues, cuando fueran hombres hechos, ya encontrarían mujer con quien desposarse y que por ellos los hiciera, el criado replicaba que nunca sobraba el aprender y remataba, con cierta socarronería, que no todo varón estaba hecho para allegarse con hembra.

Más tarde, mediada la mañana, todos, en formación, iban a caminar extramuros de Toledo. Incluso el Esquila, que, por temor a las burlas que despertaba su aspecto, nunca abandonaba el Hospital de la Piedra, participaba de aquellas excursiones. Unas veces, Perucho organizaba recorridos cortos, saliendo por la puerta Bisagra

y apartándose un trecho hasta la Vega. Otras, por ejercitar el cuerpo, hacía la marcha más severa, tomando la puerta del Cambrón y rodeando las murallas por el sur, para regresar por el puente de Alcántara. Era, en aquellos largos paseos, cuando les enseñaba a prender la lumbre, valiéndose del pedernal y de la yesca, y de una extraña manzana de cristal, engastonada en latón con una cadenilla, que conservaba de sus años de soldado y que, aprovechando los rayos de sol, encendía la paja seca. Y, también, aprovechaba para enseñarles a tirar con arco y con ballesta, a pesar de los muchos reparos que les tenía a estas ciencias don Santiago.

Por la tarde, después del almuerzo, los chiquillos distraían el tiempo en el patio, y cuando el calor arreciaba, que era las más de las veces, Perucho les llevaba a refrescarse a orillas del Tajo.

–¡A la cuerda, que estas aguas no fían! –les gritaba, al tiempo de soltar una soga, que los huérfanos tomaban y pasaban por la cintura, de manera que, todos juntos, agitándose en el agua, parecían pececillos cogidos en una lercha.

Johan nunca se había sentido tan dichoso. Sus sentimientos habían mudado profundamente y el rechazo que manifestara, al tiempo de llegar al hospicio, había terminado por desvanecerse. Las palabras de Martín el Esquila, sus pasadas amonestaciones, en esos días cobraron especial valor y sentido, pues tendría ocasión de comprobar que todas sus miserias, todos aquellos maltratos que había recibido y que le habían hecho tenerse por el ser más desdichado sobre la faz de la tierra, a la luz de los otros huérfanos venían a palidecer.

Así le ocurrió al tratar con Blas el Gacela. Después de conocer que caminaba de aquel extraño modo, porque su padre, un afamado pordiosero de Tembleque, por dejarle el industrioso oficio en herencia, le había cercenado, con una guadaña, los tendones de las piernas, no pudo por menos que sentirse agraciado, pensando que

las marcas indelebles que traía en espaldas y nalgas, por las agujas que le clavara Inés Salazar, cuando, para arrancarle el llanto, le llevara a mendigar a las puertas de las iglesias, no eran sino fruslerías, insignificancias.

Otro tanto le sucedió al conocer a Troilo el Morrón. Cuando supo que tenía entorpecido el entendimiento por los muchos palos recibidos en la mollera, Johan llegó a considerar que los varazos que, hasta sangrarle las espaldas y por cualquier motivo, le propinara Pero Salazar, habían sido poco más que naderías y arrumacos.

De igual manera, se le antojaron costumbres morigeradas, poco más que penitencias, los rigores y las estrecheces padecidos durante años, frente a las adversidades del Niño Alonso. Víctima de los cortadores, sus modos un tanto femeniles y la hermosura de su rostro le habían librado, a diferencia del Esquila, de terribles mutilaciones, si bien, a la postre, le habían condenado a las pasiones más infames, pues, desde su más tierna infancia, había sido puesto a servicio de aquellos que ocultaban en las alcobas las perversidades y los vicios.

---

*. 30 de junio de 1466.

X
LA BENEFACTORA

Después de San Lucas, ya asentados los primeros fríos en Toledo, se inició un nuevo curso en el Hospital de la Piedra, y cuatro expósitos, de edad temprana, pasaron a ocupar el lugar de aquellos que habían partido durante el verano.

En esos días, el padre Romasanta recibió, como en los últimos cinco años venía recibiendo, el segundo plazo de la limosna de la catedral de Santa María, si bien, al igual que seis meses antes, reducida en su mitad, lo que venía no solo a comprometer las ya adelgazadas cuentas del orfanato, sino a probar que, por el momento, en nada había aprovechado retirar el pleito contra don Pascual.

A pesar de todo, del quebranto que la mengua de las rentas catedralicias suponía a la economía del orfanato, don Santiago decidió cargarse de paciencia y no insistir en sus demandas, confiando en que el cabildo, al enviarle la próxima limosna, ya por mayo, le volviese, al menos, al estado de sus anteriores privilegios. Había perdido, el sacerdote, toda esperanza de que le doblasen las rentas, menos aún confiaba en que le proporcionasen los recursos necesarios para llevar a término las reparaciones.

Entretanto, cautelándose del duro invierno que le aguardaba, determinó reducir los gastos corrientes. Y, así, a la par que ordenaba a Perucho que desustanciara las ollas, bien escatimándoles especias, bien reduciendo las porciones de carne, de pescado o de hortalizas, le

mandó rebajar un tercio las raciones diarias, incluyendo el pan y las frutas. Después, ordenó apagar la mitad de las velas que, durante las liturgias, iluminaban la capilla y, también, el cirio que, por la noche, venía prendiéndose en el portal, al pie de un cuadro de la Virgen María. Dispuso, asimismo, que se encendiera un único brasero al amanecer y que dejara de alimentarse pasadas completas, cuando los expósitos se recogían en el dormitorio. Por último, con mucho menoscabo de su conciencia, no le quedó otra que incumplir con las caridades menores que ya tenía apalabradas.

No obstante estos arreglos en las cuentas, a los que don Santiago ingenuamente fiaba el porvenir, pronto terminarían por demostrarle que no eran sino parches y remiendos, juncos que, a poco que arreciase el viento, de un día para el otro podían quebrarse.

Y así ocurrió el primer martes de mercado del mes de noviembre, cuando se viera en el brete de *acudir al judío*, después de que todos los proveedores del Hospital de la Piedra, desde María, la panadera de Zocodover, pasando por el carnicero de las Tendillas, Antonio Páramo, hasta el especiero judío, Simuel Abenmayor, le reclamaran las deudas pendientes y le advirtieran que, en adelante, por causa de la carestía, no podrían venderle al fiado.

No era la primera vez que, a cuenta de las rentas de la catedral, el padre Romasanta visitaba secretamente la casa de don Isaque Abenxuxen, el prestamista. Lo había hecho al fundar el orfanato, para proveerse de jergones y guarnecer las camas, y, también, dos inviernos atrás, cuando la mitad de los expósitos enfermaran a un tiempo y hubiera de hacer frente a honorarios del físico y remedios.

En esta ocasión, no obstante, don Isaque le demandó, como garantía, un documento sancionado por el cabildo, en el que se detallase tanto la cuantía como el tiempo en que había de percibir las próximas rentas. Y cuando el sacerdote, un tanto extrañado, le preguntara las razones de aquel requerimiento, que otras veces no le

había exigido, el prestamista acabó por confesarle que albergaba serias dudas de que, en un futuro, continuara beneficiándose de aquellas rentas, pues tenía noticias de las disputas que se traía con el cabildo de Santa María y, en particular, con don Pascual García Belmonte.

–Os aseguro, don Santiago, que no podíais haber escogido peor enemigo. Guardaos de don Pascual, os quiere mal y, tarde o temprano, acabará por buscaros la ruina –advirtió don Isaque, al despedirle con unos maravedíes para la limosna del pan.

El padre Romasanta regresó al Hospital de la Piedra profundamente preocupado y, aquel mismo día, determinado a despejar las dudas respecto al futuro de sus rentas, que con sus confidencias y consejos don Isaque Abenxuxen había sembrado, se decidió por escribir unas letras a don Pascual García Belmonte, apelando a la caridad cristiana, a las grandes privaciones que empezaban a padecer los huérfanos y a la necesidad que tenía de recuperar sus privilegios. Asimismo, en el ánimo de congraciarse y escogiendo las palabras más prudentes, recordó que habían transcurrido más de cuatro meses desde que se retractara de su querella, y que ya era tiempo de perdonar antiguos enojos y desavenencias, que solo servían al propósito de maltraer.

Las réplicas del canónigo no se harían esperar.

La primera, en forma de carta, llegaría tres días más tarde, cargando aún más dudas a las muchas que don Santiago ya venía soportando. Don Pascual García Belmonte, que en nada mentaba las rentas del Hospital de la Piedra, ni comprometía su palabra en mantenerlas ni en retirarlas, recomendaba paciencia, que las prisas traían a mal aconsejar, y que los menoscabos al honor y a la reputación de su buen nombre, que el padre Romasanta había excitado con sus falsedades y con su imprudencia, no eran sino

profundas llagas, heridas abiertas que requerían de tiempo para cicatrizar.

En cuanto a la segunda respuesta, don Santiago la recibiría apenas pasados unos días, por boca del carnicero de las Tendillas, Antonio Páramo, que una tarde, a primera hora y sin previo aviso, se presentó a las puertas del hospital.

–Confío, don Santiago, en que sepáis perdonarnos, no quisiéramos que llegarais a pensar que somos unos desagradecidos; mi mujer y yo mismo, por años que pasen, no olvidamos que, al fallecer nuestro hijo, rezasteis por la salvación de su alma –se excusó el carnicero, besando con reiteración la mano del sacerdote, apenas hubo cruzado el zaguán. De seguido, mostró unas monedas envueltas en un trapo–: este es vuestro dinero, el que os demandé y me entregasteis la pasada semana. Está todo, no falta un maravedí. Os lo devuelvo, ya habrá tiempo de saldar deudas cuando mejor os venga –y, descargando el costal que traía a las espaldas, agregó–: os ruego que aceptéis estos arreldes de puerco y estas libras de tocino que, por redimirnos, van a nuestro cargo.

Don Santiago miró las monedas que le tendía el carnicero. Luego, volvió la vista al costal y retiró el pañizuelo de fustán que traía por cobertera.

–¿Y de qué habríais de redimiros? –preguntó, extrañado.

–De nuestra ingratitud, padre, de nuestra vergüenza por haberos exigido los retrasos y que abonaseis la carne al contado, cuando sabemos de las penurias de vuestra paternidad y de vuestros expósitos.

Un tanto contrariado por el desmedido arrepentimiento y las vagas razones que venía esgrimiendo Antonio Páramo, el padre Romasanta le miró con perplejidad. Después de todo, demandar al momento un precio justo y convenido, así como deudas pasadas, era lo corriente, no un pecado que hubiera de purgarse, por mucho que

pesara a la economía del Hospital de la Piedra, que había venido beneficiándose, hasta entonces y para desahogo de sus cuentas, de los pagos aplazados.

–Consuélate, hijo mío, no eres el único que quiere cobrarse –dijo el sacerdote–. Y nada tengo que reprochar, corren malos tiempos y no podría perdonarme que tú y otros como tú, que ganáis honradamente el pan con el sudor de vuestra frente, padecierais estrecheces por mi causa.

Antonio Páramo bajó la cabeza y levantó la mirada.

–¿Acaso, vuestra paternidad, recuerda un solo año, en el último lustro, en el que Toledo no tuviera dificultades para abastecerse? –preguntó, intrigante.

Al igual que cualquier toledano, el padre Romasanta conocía y padecía la carestía en los abastecimientos. La proliferación de viñas y los extensos terrenos adehesados, que algunos prohombres habían acotado por su cuenta y provecho, desde hacía años venían provocando la merma de tierras de labor y de pastos, con la consiguiente escasez de pan y de carne. Ya el primero de su regreso de París, en el año de 1470, don Santiago recordaba que, para proveerse de trigo, la ciudad hubo de enviar a la Andalucía al jurado Alfonso Rueda; un año después, con el mismo propósito, el ayuntamiento toledano tuvo que acudir a las tierras del maestre de Calatrava; en 1473, con el añadido de los saqueos, la penuria fue tan severa que no solo se permitió la venta del pan exento de alcabala, sino que, por falta de leña, llegó a costar hasta un maravedí cocer una pieza de pan; incluso el pasado año, el último del reinado de Enrique el Cuarto, la ciudad había recurrido al sexmo de Casarrubios para abastecerse.

–¿Qué pretendes decir? –indagó.

–Lo que quiero deciros, padre, es que estos tiempos, mejores o peores, no son la verdadera razón por la que todos los mercaderes de

Toledo hemos dejado de venderos al fiado.

Inquisitivo, don Santiago miró al carnicero. No se había parado a pensar que pudiesen existir otros motivos, más allá de la carestía, por los que todos los proveedores le hubiesen apremiado en los pagos.

–Habla sin empacho, hijo mío, y di lo que has venido a decirme, que no estoy para intrigas.

Antonio Páramo miró a su alrededor, por cerciorarse de que nadie más estaba escuchando. Al cabo de unos segundos, en los que parecía estar sopesando las consecuencias de sus siguientes palabras, rebajó la voz hasta un murmullo:

–¿Tenéis noticia de don Bartolomé García Belmonte, mercader de escritorio que dicen el Chico?

–Por oídas –respondió el sacerdote.

–Mala simiente, doy fe, y su clientela lo peor de Toledo, ladrones y patibularios. Además, las lenguas dicen que tiene mano en La Garduña y que su fortuna no viene tanto de comerciar con sedas, como de los saqueos, de cuando Toledo, hace ocho años, se alzó contra los cristianos nuevos –secreteó Antonio Páramo, antes de continuar–: ¿os consta, padre, que don Bartolomé tiene por hermano a don Pascual, canónigo de Santa María?

–Ciertamente, así me consta.

–¿Y sabéis que son como uña y carne? ¿Y que, si a uno pisáis, al otro duele?

El padre Romasanta enarcó las cejas.

–¿Adónde quieres ir a parar?

–Ignoro, padre, qué disputas os traéis con don Pascual García Belmonte, y líbreme el Señor de conocerlas, pero los criados de su hermano, don Bartolomé, que son la peor yerba de Toledo, han hecho correr una amenaza: aquel que fíe o tenga fiado una libra, siquiera una sola onza de pan, de carne o de cualquier otra cosa al

Hospital de la Piedra, perderá el favor del cabildo y ganará, por siempre, la enemistad de los García Belmonte.

Al escuchar aquellas razones, el padre Romasanta comprendió que en nada había aprovechado retractarse; que don Pascual, aun empeñando su palabra con don Francisco Fernández de Toledo, jamás intercedería por los intereses del orfanato; y que los privilegios de la catedral, si no perdidos, estaban prontos a perderse. De la misma manera, entendió que don Pascual nunca le perdonaría haber hecho públicos los pecados de alcoba con su criado, Juan de Mazarambroz, y que sus deseos de desagraviarse, el odio y los resentimientos que albergaba en su corazón, nacidos cinco años antes, cuando se negara a venderle las casas que ocupaban el Hospital de la Piedra, no hallarían reposo hasta que el hospicio desapareciera para siempre.

Así las cosas, una vez que Antonio Páramo se despidiera, el padre Romasanta se encerró en la sacristía y, tras mucho reflexionar y hacer envolvimientos con las cuentas, se vio obligado a tomar una dolorosa decisión, de la que los expósitos, corriendo el mes de noviembre, tendrían cumplida noticia.

En el día de San Eugenio, ya avanzada la noche y después de que el padre Romasanta y Perucho se retirasen a sus celdas, Martín el Esquila despertó a los expósitos de mayor edad, les condujo al pie de su cama y, sentados a la redonda sobre una estera, con las mantas echadas al hombro y a la luz de un cabo de vela, en un murmullo les confesó:

–El padre tiene escritos vuestros nombres en el libro blanco.

Todos sabían lo que significaba estar inscrito en aquel libro. A diferencia del libro negro, en el que el padre Romasanta registraba el nombre, el nacimiento, la edad, la patria y todo cuanto averiguaba de los expósitos al tiempo de llegar al orfanato y durante su residencia, en el libro blanco inscribía a aquellos que, una vez recibidas las letras

y la educación espiritual necesaria, se hallaban capacitados para emplearse como aprendices.

–No puede ser –dijo, contrariado, Blas el Gacela–. Estamos a mediados de noviembre y, hasta mayo, el padre no acostumbra a registrar los nombres de los alumnos que salen por agosto, cuando terminan las lecciones. Además, a ninguno nos ha llamado para tratar de nuestros futuros oficios.

Uno a uno, comenzando por su derecha, el Esquila volvió la vista al Niño Alonso, a Tello el del Arrabal, a Blas el Gacela, a Troilo el Morrón y, por último, a Johan.

–¿Es que no veis que ya nada es como antes?, ¿acaso estáis ciegos? –terminó por preguntar, mirando al Niño Alonso, que se encontraba a su derecha.

El Niño Alonso tomó la palabra.

–Ya hace tiempo que vengo preguntándome por qué hemos dejado de visitar a los enfermos y a los difuntos –dijo, recordando que, apenas unos meses antes, no había semana que no visitaran a algún moribundo, ni mes que no honrasen la memoria de dos o tres muertos.

–También es de extrañar que, de últimas, tengamos que ser nosotros quienes acarreemos las provisiones –protestó Tello el del Arrabal, pues, hasta unas semanas atrás, los anacalos se encargaban de traer los panes del horno, los azacanes el agua de las fuentes y del Tajo, los arrieros las cargas de carbón y de leña, y los mozos de cuerda las carnes, las frutas y los pescados.

–Nos os olvidéis del frío –recordó Blas el Gacela, arrebujándose en la manta–. A diferencia de otros años, el brasero apenas está prendido unas horas durante el día y Perucho, en lo que va de invierno, ni una sola noche ha empleado el escalentador para templarnos las camas.

–Peor es el hambre –se lamentó el Morrón, llevándose la mano a la barriga–. Las raciones cada vez se ven más escasas y a falta de aderezos. Por no hablar de las monedas que antes nos daba el padre, para que las gastáramos en confites y en arropía, los días de mercado.

Martín el Esquila volvió la vista a Johan, que se encontraba a su izquierda, cerrando el círculo.

–Y tú, Toledano, ¿no tienes queja?

Johan se encogió de hombros.

–Yo solo digo que al padre se le ve triste, como alma en pena.

Martín el Esquila alargó el brazo y se hizo con varios pliegos de pergamino, que tenía ocultos bajo la almohada.

–Estas son las razones por las que estáis inscritos en el libro de aprendices, y, también, los motivos por los que padecemos más penurias de las acostumbradas.

–¿Qué es eso? –se interesó Tello el del Arrabal.

–Cartas dirigidas al padre –respondió, enigmático, Martín–, una carta del cabildo de Santa María, que el antiguo deán, don Francisco Fernández de Toledo, hará seis meses, le entregó al padre Romasanta.

–¿Cómo te has hecho con ellas?

–Las he tomado de la escribanía, donde guarda sus documentos el padre, para que las veáis con vuestros ojos y no dudéis de mi palabra.

–¡Robar es pecado! –le reprochó el Niño Alonso.

Tello le soltó un codazo.

–Siempre andas con tus tontunas –dijo. Y, volviéndose a Martín, preguntó–: ¿qué dicen esas cartas?

El Esquila miró hacia las camas de los menudos, por asegurarse de que seguían durmiendo, y, a media voz, con palabras sencillas, que incluso Troilo el Morrón alcanzaba a entender, explicó que

aquella misiva contenía una respuesta de la catedral, denegando una derrama y unas casas para el establecimiento provisional del orfanato. Seguidamente, hizo una pausa y, entrecortando las palabras, anunció que el cabildo había reducido a la mitad las rentas que tenía asignadas para el mantenimiento del Hospital de la Piedra, y que a ellos, a los expósitos, hasta el principio de la próxima cuaresma, les tenían vedado recibir limosna en nombre de la Iglesia.

–Tanto mejor, no me gusta rondarles a los enfermos ni andar con difuntos, que todo se acaba contagiando –dijo, con desenfado, Troilo el Morrón.

–Eres un zote, nunca entiendes nada –le reprochó Blas el Gacela.

El Morrón se cruzó de brazos.

–¿Y qué es lo que hay que entender, si puede saberse?

–Si no hay dineros de la catedral y no podemos recoger limosna, el padre tendrá que cerrar el hospital –bufó el Gacela.

El Morrón, boquiabierto, miró a Martín el Esquila.

–¿Es eso cierto, don Santiago va a abandonarnos?

Martín esforzó una vaga sonrisa, que venía a tornarse, en su desfigurado rostro, en una desagradable mueca.

–Por las cuentas que tengo echadas, en dos meses, si antes no ocurre un milagro, el padre se quedará sin un maravedí y no podrá mantenernos –terminó por augurar.

Todos callaron, cuidándose de enjuiciar aquella terrible profecía, pues, de cuentas, el Esquila entendía tanto más que un arrendador de rentas.

Johan encajó aquellas noticias con pesar, no tanto por el temor de volver a las calles, en Sevilla había aprendido a valerse de ellas, como por la suerte que habrían de correr el resto de los huérfanos, a quienes tenía, ya en ese tiempo, por sus hermanos, por el centro de su propia existencia. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué senderos tomarían

sus vidas, si la institución que gobernaba don Santiago terminaba por cerrar sus puertas?

Distraídamente, miró a Troilo el Morrón. Se le veía sereno. El incierto futuro que amenazaba al Hospital de la Piedra no parecía inquietarle, pues, en apenas unos meses, al terminar el curso, se iniciaría como aprendiz de cantero en el taller de Ferrán Díaz, en la Cal de los Francos.

A continuación, se detuvo en el Gacela y, de inmediato, vino a juzgar que, a sus doce años no se vería en aprietos para desempeñar cualquier oficio que no hubiese de fiar a las piernas. Era ingenioso, de condición viva y despejada, y el padre Romasanta le había enseñado a llevar las cuentas con la destreza de un judío y a leer los latines con la soltura de un obispo. El Gacela albergaba el propósito de ejercer, un día, como escribano del número.

Lo mismo podía afirmarse de Tello el del Arrabal. Criado, hasta los doce años, entre rameras, putañeros y ventajistas, Dios y la pródiga naturaleza le habían dotado de astucias y ciencias bastantes. De temperamento inquieto, arrojado, su futuro estaba escrito. Su madre le había dejado en herencia una casa-taberna, en la que Tello empezaría a trabajar como aprendiz al cumplir los dieciséis años.

Por último, volvió la vista a Martín el Esquila y al Niño Alonso.

Johan sospechaba que el Niño Alonso no podría sobrevivir mucho tiempo en las calles, y que, a sus once años, tampoco encontraría quién le empleara. Cizañero por naturaleza, se mostraba siempre frío y distante, como si le hubiesen descuajado el alma.

En cuanto a Martín el Esquila, no le auguraba una vida digna más allá de los muros del Hospital de la Piedra. El padre Romasanta, desde hacía ya tiempo, había renunciado a encontrarle un oficio, pues maestros y oficiales de Toledo, aun contando todas las pericias y conocimientos que Martín acaudalaba, repugnaban de su aspecto y le tenían por malato y cenizo.

–¡No vamos a permitir que se cierre el hospital! –dijo Blas el Gacela.

–¿Y qué puedes hacer tú para evitarlo? –preguntó, despectivo, el Niño Alonso.

–Los antiguos alumnos –dijo el Gacela–, quizás ellos puedan socorrernos.

–¿Acaso ignoras que son aprendices y no reciben salario? –replicó el Niño Alonso, con el mismo aire ensoberbecido–. ¿No sabes que son tan pobres como lo somos nosotros?

–¿Y si nos olvidamos de los enfermos y de los difuntos, y vamos pidiendo por las casas principales? –propuso Tello el del Arrabal–. El cabildo no lo tiene prohibido.

–¿Y qué diría el padre? –volvió a objetar el Niño Alonso–. Una cosa es aceptar la caridad, otra, bien distinta, mendigarla como pordioseros.

–Es cierto, don Santiago nunca lo aprobaría –admitió Martín.

El desánimo trajo el silencio.

Johan miró de reojo al Niño Alonso. Era como el pedrisco de verano, arrasando sin piedad las cosechas que otros iban sembrando. Quizás se debiera a que el futuro del hospital no le preocupara, incluso le alegrara que llegara a clausurarse, dada su naturaleza a regodearse en las desgracias ajenas. Después de todo, su futuro ya estaba escrito y, en menos de un año, entraría al servicio de cierto canónigo de Villareal. El negocio, desde hacía ya tiempo, estaba apalabrado, sería cuestión de anticiparlo unos meses.

–¡Lo haremos! –dijo Johan, de pronto, sorprendiéndose de su determinación.

–¿Hacer qué, Toledano? –preguntó Martín el Esquila.

–Pedir limosna por las casas principales. Y lo haremos las mañanas de los martes.

–¿Acaso estás sordo? ¿No has escuchado que el padre se enojaría, si llegara a saber que vamos mendigando? –replicó el Niño Alonso.

Ignorándole, Johan prosiguió con el hilo de su alocución:

–Para empezar, hay que saber dónde quedan las casas principales.

–De memoria me las conozco –aseguró Tello el del Arrabal, golpeándose la cabeza con el dedo–. Sé dónde viven los Silva, los Ayala, los Niño, los Cervatos, los Palomeque, los Pantoja, los Ribera y el resto de familias principales. También sé dónde quedan las casas de los jurados, de los regidores, de los escribanos, de los canónigos, de los mercaderes de escritorio, y hasta conozco dónde paran los prestamistas y los judíos más prósperos de Toledo.

–Tendremos que hacernos con algunas ropas viejas –añadió Johan.

–En la bodega hay calzas, jubones, sayos, capotillos y medias botas como para vestir a un ejército de miserables –aseguró Martín, con moderado entusiasmo, como si empezase a ver un hilo de luz en la oscuridad–. ¿Qué más necesitas?

Johan se quedó pensativo, como esforzándose por rescatar de la memoria los ingredientes de una pócima secreta. Al cabo, de corrido, soltó:

–Piel de sapo, leche, sangre, hilas de algodón, cordeles, albayalde, ceniza, mucílago, un canuto corto y hueco –y, señalando a Blas el Gacela, remató–: y un hueso de vaca o de becerro fresco, que no esté descarnado del todo y que sea del tamaño de la mitad de su pierna.

Al escuchar aquel recetario, el Niño Alonso se puso en pie, como si le hubiesen puesto lumbre bajo las nalgas.

–¿Huesos sin descarnar? ¿Sangre? ¿Sapos? –espetó, a media voz–. ¿Acaso vais a fiar a las brujerías de un judío?

–¿Dónde hay un judío, dónde? –preguntó el Morrón, mirando de un lado a otro.

El Niño Alonso señaló a Johan.

–¿Toledano, eres judío? –se interesó el Gacela, más por curiosidad que por reparo.

Johan no supo qué decir. No tenía respuesta. Más allá de unos vagos recuerdos, de unos nombres en lo más hondo de su memoria, no conocía sus orígenes, ni tenía noticias de su prosapia.

–¿Acaso ignoráis que está retajado? –insistió el Niño Alonso.

–¿Qué es retajado? –preguntó el Morrón.

Tello el del Arrabal, que no perdía ocasión de burlarse de la ingenuidad de Troilo, con una mano le señaló la entrepierna y, al tiempo, con la otra, como esgrimiendo un cuchillo, hizo ademán de cortar.

El Morrón, al instante, cerró las piernas.

–¿Es verdad que te han cortado la picha, Toledano? –preguntó.

Todos, salvando al Niño Alonso que no estaba para muchas chanzas, se llevaron la mano a la boca teniendo la risa.

–Mira que eres bestia, Morrón –intervino Martín. Y por instruirle y, de paso, quitarle hierro a los prejuicios del Niño Alonso, continuó–: se dice circuncidar, y no es otra cosa que retirar el prepucio de la verga. Además, no solo lo practican los judíos, también lo hacen los moros, incluso algunos cristianos, en tiempos remotos, observaban esa tradición.

–¿Los cristianos? ¿Y por qué hacían semejante barbarismo? –porfió el Morrón, que no salía de un asombro para meterse en otro.

–Porque así está escrito.

–¿Escrito, dónde?

–En el capítulo diecisiete del Libro del Génesis –concretó el Esquila.

–¡Poco importa lo que digan las Santas Escrituras! –repuso, fuera de su acuerdo, el Niño Alonso–. ¡Yo no pienso condenarme por las hechicerías de un judío!

Ahíto de los escrúpulos del Niño Alonso, de aquellas acusaciones que a nada conducían y en nada beneficiaban al Hospital de la Piedra, el Esquila le asió con fuerza por el brazo, le obligó a sentarse y, muy serio, clavó sus ojos en los de Johan:

–Toledano, ¿se puede saber qué negocios te traes con todas estas cosas?

Por descargarse de las acusaciones del Niño Alonso, Johan, que, hasta entonces, había venido dando noticias de su pasado a remiendos y centones, no tuvo otra que rendir cuentas de sus años en Sevilla y de sus amos, los Salazar, maestros de estafadores y mendigos, quienes, a fuerza de privaciones y maltratos, le habían instruido en toda suerte de astucias y artificios para lograr limosna, que nada tenían que ver con hechicerías ni con asuntos de judíos.

Habló de los ventajistas que, a sabiendas de que el señor de la casa se hallaba ausente, aprovechaban para presentarse por sorpresa a las puertas, reclamando el pago de una falsa deuda; habló de los que recorrían calles y plazas mendigando, fingiéndose rencos, mudos, mancos, ciegos y con todos los tullimientos y enfermedades habidas por el ingenio; y habló de Manuel Sietevidas, que sujetaba su brazo a la espalda y mostraba en su lugar el de un ahorcado, jurando, por los mismos clavos de Cristo, que era el propio y que, por el mal de ojo y otras hechicerías, lo tenía putrefacto y hediondo. Habló de las carduzadoras, que compraban ropas hurtadas y revendían por nuevas, una vez recosidas y puestas algunos arrequives para que pareciesen otras; habló de las que se arrojaban al suelo y se mesaban los cabellos, entre espantosos gritos y retorcimientos, simulando tener serpientes devorándoles las entrañas; habló de aquellas que, con almohadas sobre el vientre, se fingían encinta y demandaban ropa blanca que, más tarde, vendían a regatones y ropavejeros; y habló del ingenio de Nuña María, la Cavera, que vagabundeaba arrullando criaturas fallecidas, que exhumaba de las huesas.

–¡Engañar es tanto como robar! –exclamó, escandalizado, el Niño Alonso, al escuchar aquella retahíla de imposturas.

–¿Acaso el cabildo de Santa María y ese don Pascual no están robándole al padre? –replicó Tello–. A decir de esas cartas, a poco le han hurtado la mitad de la limosna que le tenía dada el señor arzobispo.

–Por no hablar de los dineros que le han negado para los arreglos del hospital –agregó Blas el Gacela.

–¡Amén! –dijo, a falta de razones, el Morrón.

Johan miró al Esquila. Después de todo, él tenía la última palabra.

–No cabe otra que fiar a los consejos del Toledano –sentenció Martín–. Y que el Señor se apiade de nuestras almas.

El Niño Alonso se puso otra vez en pie. La furia le había arrebolado el rostro.

–¡Nunca participaré en esta farsa de judíos! –dijo. Y, sin más, volvió a su cama.

El Esquila dio por zanjado el conventículo y todos se retiraron a descansar, con la incertidumbre de que aquella empresa pudiese naufragar antes de soltar amarras, pues sabían que el Niño Alonso tenía por costumbre aprovechar el secreto de confesión para irle con los pecados ajenos al padre Romasanta. Consciente de esa certeza, Martín el Esquila, ya bien avanzada la madrugada, se incorporó, se deslizó hasta la cama del Niño Alonso, que quedaba frente a la suya, apartada de las demás, y, sentándose al borde, le despertó, poniéndole la mano en la boca.

–Escucha bien, Alonso –dijo, amenazante–, no solo harás de buena gana todo cuanto te diga el Toledano, sino que te cuidarás mucho de guardar este secreto. Si llegara a oídos del padre, sabré que nos has traicionado y, en tal caso, me ocuparé de que todos conozcan tus impúdicas inclinaciones y la verdadera razón, los vicios por los

que don Santiago te tiene apartado, guardándose mucho de que compartas cama con nadie.

Al cabo de unos días, aprovechando que todos habían salido al mercado, Martín volvió a reunirles en el dormitorio.

Sobre la estera de esparto, tenía dispuesta una caja de madera, cubierta con una holanda, en cuyo interior, además de aquello que había demandado Johan, se encontraba un papel pergamino, con la localización de las casas y negocios principales, que Tello se había ocupado de señalar, cuidándose no solo de que se encontrasen apartados de las calles y parroquias que, los martes de mercado, el padre Romasanta acostumbraba a frecuentar, sino de aquellos vecinos que, por ciencia o autoridad, pudiesen destapar sus engaños.

Tras inspeccionar el contenido de la caja y antes de poner a prueba los ingenios, Johan habló de la tarea que cada uno habría de desempeñar en aquella arriesgada empresa.

Para empezar, Martín el Esquila, al igual que venía haciendo todos los martes, se quedaría en el hospital, al cuidado de las ollas. La rutina era el mejor bálsamo para no levantar sospechas. A la par, se ocuparía de procurar todo lo necesario para los artificios, de llevar la cuenta de las casas y de poner a recaudo las limosnas que se fuesen logrando.

Troilo el Morrón, asimismo, se mantendría apartado. Era lo más prudente. Le faltaban entendederas para participar en aquellos engaños. Si bien, al igual que el resto, tendría que cumplir su parte: acompañar al padre Romasanta al mercado y dar aviso, en caso de que decidiese mudar sus rutinas o anticipar su regreso.

Blas el Gacela y el Niño Alonso, por su parte, pasarían por ser las piezas principales, los señuelos que, a la postre, servirían a Tello y a Johan para conseguir las limosnas.

–Serás el primero –dijo Johan, dirigiéndose al Niño Alonso, indicándole que se sentara en el suelo, con el pecho al descubierto y

la espalda apoyada contra la pared.

El Niño Alonso se quedó paralizado y, por un instante, estuvo tentado de salir huyendo. Al cabo, recordando las palabras de Martín, decidió que lo más sensato sería seguir las instrucciones de Johan.

–¡A Dios me encomiendo! –exclamó, con afectación, elevando los ojos al techo, como si fuera el mismo Cristo al punto de padecer el martirio de la crucifixión.

Johan se arrodilló frente a él y le untó, generosamente, en el encuentro del brazo y del pecho, a la altura del sobaco, el mucílago que, a base de zaragatona, había fabricado Martín el Esquila. Después, le colocó un trozo de vejiga fresca, aplicó otra capa de mucílago, sobre la que adosó las pieles de sapo. A continuación, tomó las hilas de algodón, las empapó en una mezcla de sangre, harina y leche, que con anterioridad había compuesto, y, accediendo por la espalda, con mucho cuidado de no echar a perder el artificio, se las encajó en la cuenca del sobaco. De seguido, tomó el canuto, le sacó punta y, con la industria que le confería haberlo ejecutado decenas de veces, atravesó la piel de sapo y la vejiga, hundiéndolo hasta alcanzar las hilas de algodón. Para acabar, le espolvoreó ceniza sobre la cabeza y le aplicó una buena porción de albayalde en el pecho y en el rostro.

–Aprieta –dijo, al terminar, por asegurarse de que el ingenio estuviese bien armado.

El Niño Alonso, vacilante, presionó el brazo contra el cuerpo y, como por arte de magia, del canuto escondido entre las pliegues de la fingida llaga, al momento comenzó a brotar, simulando un humor purulento, la inocua mezcla de sangre, harina y leche.

Llegó el turno de Blas el Gacela.

Sin perder un segundo, Johan se hizo con el hueso de becerro, que Martín se había cuidado de traer envuelto en un paño, y,

valiéndose de los cordeles, se lo amarró por afuera del muslo, entre la cadera y la rodilla. Después, le ensartó unos calzones bien holgados y abrió un agujero en la pernera, para que pudiera verse aquel hueso sin descarnar, que imponía apartar la vista y que venía a confundirse, y ese era el propósito final, con la propia pierna del Gacela. Para rematar, y por darle más lustre a aquella desgraciada apariencia, tal y como había hecho con el Niño Alonso, le enmugreció los cabellos con un puñado de ceniza y le blanqueó el rostro con albayalde.

–¡Por los mismo clavos de Cristo! ¡Se diría que tienen un pie en la tumba! –exclamó Tello, contemplando el aspecto enfermizo que, a cuenta de aquellos ingenios, habían cobrado el Niño Alonso y el Gacela.

En los días posteriores, en tanto esperaban a que llegara el siguiente martes de mercado, Johan aprovechó para dar las oportunas instrucciones.

Al llegar a las casas señaladas, se sentarían frente a sus puertas, ni muy alejados ni demasiado cerca. No extenderían implorantes las manos, no incomodarían a los parroquianos con ruegos lastimeros, ni suplicarían caridad a cuenta de falsas plegarias. Cabizbajos, como avergonzándose de verse en aquellas penurias, el Gacela y el Niño Alonso solo tendrían que quejarse y, con discreción, mostrar los ingenios, confiando en que un alma caritativa se detuviera para interesarse por su estado. Sería el momento en el que Tello y el propio Johan tomarían la palabra, fantaseando con un pasado reciente y desgraciado que, así las circunstancias y la ingenuidad de sus víctimas, a su antojo irían moldeando.

Empezarían por decir que no eran mendicantes, ni pordioseros, ni vergonzantes, sino devotos peregrinos cristianos, camino de Santiago de Compostela; y que no era por voluntad verse en aquel

estado, sino por los salteadores de caminos que, poco antes de alcanzar Toledo, les habían despojado de todas sus pertenencias.

A partir de ese momento, según el gusto que le tomaran a la conversación, podrían adobarla de mil maneras. Que les preguntaban por la patria, unas veces dirían Valencia, otras Sevilla, otras Guadalajara, incluso podrían decir que, tras un largo cautiverio en manos moras, venían del reino de Granada. Que se interesaban por la alcurnia, dirían que eran herederos de principales, huérfanos de linaje o hijos de honrados mercaderes. Que querían conocer por qué viajaban sin compañía, se lamentarían de que sus criados hubiesen perdido la vida durante el saqueo. Y dirían, si les demandaban los motivos de su peregrinaje, que Blas y el Niño Alonso, sus hermanos, estaban desahuciados y que, antes de que Dios los acogiera en su seno, que sería más pronto que tarde, se habían hecho el juramento de conducirles hasta Santiago de Compostela, en la esperanza de que el Santo obrase un milagro.

Llegado el primer martes del mes de diciembre y habiendo echado suertes, Johan y el Niño Alonso, por un lado, y Tello y Blas el Gacela, por el otro, dejaron el Hospital de la Piedra minutos después de que el padre Romasanta, Perucho y los menudos, junto con el Morrón, partieran a la plaza de Zocodover.

Tello y el Gacela se dirigieron hasta el taller de un próspero pelaire, en la colación de San Andrés. Por su parte, el Niño Alonso y Johan tomaron el camino de la parroquia de Santa Leocadia, hasta la casa de don Bartolomé el Chico, que se tenía, a decir de Tello, por uno de los principales mercaderes de escritorio de Toledo y donde acudían toda suerte de comerciantes venidos de fuera de la ciudad.

Al llegar a la casa señalada, el Niño Alonso se tendió en el suelo, se recostó contra el muro frontero y apoyó la cabeza sobre el hombro de Johan, que se había sentado a su lado.

Apenas transcurridos unos minutos, se detuvo una anciana, de porte distinguido. La acompañaban dos jóvenes criadas, cargando espuertas con víveres.

–Muchacho, qué tienes –preguntó.

El Niño Alonso titubeó, pero, tal y como tenían acordado, al cabo soltó un quejido y, con disimulo, apretó el brazo contra el cuerpo. Luego, alzó la mirada y, por temor a que le descubrieran, empezó a temblar, añadiéndole, si cabía, más veracidad al ingenio.

–Apártese vuestra merced, no vaya a apestarse –exclamó una de las criadas, tirando del brazo de su señora, al observar la pus que supuraba de aquella horrible herida.

La anciana, espantada, retrocedió un paso, buscó en su escarcela una moneda, la lanzó al suelo y, haciendo un gesto a sus criadas, presurosa siguió su camino.

Johan se incorporó para recoger la limosna, pero, cuando ya se encontraba en pie, se quedó paralizado, inmóvil, como una estatua labrada en piedra. Al cabo de unos segundos, demudado el semblante, avanzó un paso, se clavó de rodillas y, emitiendo un gruñido inhumano, de bestia herida, cayó de bruces, golpeándose la cabeza contra el suelo. Comenzó, entonces, a escupir espumarajos por la boca, a retorcerse, a arquearse, a cimbrarse de manera que piernas y brazos parecían a pique de descoyuntarse.

A la vuelta del mercado y después de que el Esquila, con medias verdades, le pusiera al corriente, el padre Romasanta se dirigió al dormitorio y comprobó que, más allá del abatimiento que le provocaban aquellos episodios de epilepsia, Johan se encontraba en buen estado y había vuelto en su acuerdo. Ignoraba todo cuando había sucedido esa mañana y en esas se hubiera mantenido, de no ser porque, horas más tarde, cuando todos se distraían en el patio, el Niño Alonso aprovechó para escurrirse hasta la sacristía y pedir que le escuchase en confesión.

–¿Qué has hecho? –le interrogó el Esquila, en cuanto regresó al patio.

–Lo que tenía que hacer –respondió, desafiante, el Niño Alonso. Y, señalando a Johan con el mentón, añadió, con desprecio–: ¿acaso pensabas que iba cargar con los pecados de este judío?

Martín apretó los puños con furia.

–Perro, traidor, si por mi fuera, te echaría al pozo y te enterraría con piedras –dijo, antes de encaminarse a la sacristía, con el propósito de pedirle perdón al padre Romasanta.

No sospechaba, Martín, la tragedia que iban a desencadenar sus palabras, pues, en cuanto se perdió por la puerta del patio, el Morrón agarró al Niño Alonso por el pescuezo y, no obstante los gritos desesperados de este último y los esfuerzos del Gacela, de Johan y de Tello por refrenarle, le arrastró hasta el pozo y le aupó al brocal.

–Perro, traidor –repitió. Y le empujó al fondo.

Luego, salió corriendo y, como si le persiguiera el diablo mismo, se perdió por las calles de Toledo.

Transcurridos tres días desde que el padre Romasanta diese a Troilo por perdido, una mujer, de una edad de hasta treinta años, entró en la sacristía, después de que Perucho le franqueara la puerta. La toca de seda, la capa de grana sobre los hombros, el brial con tira dorada de orfrés rodeándole la cintura, y el exquisito perfume de estoraque, manifestaban la naturaleza de su linaje.

–Perdonadme, padre, por presentarme sin dar aviso, pero es el único momento que he podido encontrar para visitaros sin verme comprometida –se excusó, al tiempo de besar la mano de sacerdote–. Tengo tanto que deciros y dispongo de tan poco tiempo, que no sé por dónde empezar.

Extrañado de aquellas palabras, don Santiago le ofreció asiento.

–¿Por qué no empezáis por sosegaros y por decirme vuestro nombre?

–Me llamo Beatriz de Burgos y soy vecina de la parroquia de Santa Leocadia –se presentó la señora, al tiempo de tomar asiento–, tengo por esposo a don Bartolomé García Belmonte, mercader de escritorio, que dicen el Chico, y por cuñado a don Pascual, canónigo de Santa María.

El padre Romasanta tensó el rostro.

–No vengo comisionada por mi cuñado, a quien en mala hora conocisteis –atajó doña Beatriz–, muy al contrario, vengo a sus espaldas y, también, a las de mi esposo, por lo que os ruego, antes de juzgarme, escuchéis lo que tengo que deciros.

El padre Romasanta se acodó a los brazos de la silla y cruzó las manos sobre el pecho.

–Os escucho –dijo.

Doña Beatriz suspiró. Sus manos, entrelazados los dedos, se agitaban en su regazo.

–Antes de venir a veros, compré una bula para elegir libremente confesor, por precaverme de que quedara bajo secreto de confesión todo cuanto quiero deciros. Ahora, sin embargo, sentada frente a vos, mirándoos a los ojos, siento el deseo de hablaros como a un hermano, como a un amigo de la infancia, como mi atormentada conciencia, desde hace años y cada día, viene hablándome –empezó a decir–. Sé de vuestros humildes orígenes, y que don Francisco Fernández de Toledo, el deán de Santa María, os recogió de la piedra cuando la revuelta de Pero Sarmiento. Sé que recibieseis las primeras instrucciones en la escuela de la catedral, que os doctorasteis en Salamanca en los dos derechos y que, más tarde, viajasteis al Estudio General de París para titularos maestro en Teología. Me consta que, a vuestro regreso, rechazasteis beneficios de la Iglesia, y que este hospital, que os legó don Blas de Aguirre, se sostiene, en parte, de las

limosnas que recibe de la catedral por mandado del señor arzobispo. Y tengo noticia de todo esto, don Santiago, porque, desde que pusisteis vuestro pie en Toledo y os negasteis a vender estas casas, hace ya cinco años, vengo escuchando a mi cuñado y a mi esposo, en mi propia casa y para mi vergüenza, conspirar contra vuestra paternidad. Y digo para mi vergüenza, padre, y digo bien, pues, con mi silencio y cobardía, he asistido impasible a vuestro descrédito –y, distrayendo la mirada, como si sintiera vergüenza, preguntó–: ¿recordáis, al tiempo de fundar vuestro hospital, cuando ibais por las casas buscando benefactores? ¿Recordáis que muchos vecinos de los que, en un principio, os prometieron limosna, os la negaron, más tarde, sin razón?

–Lo recuerdo –constató el sacerdote.

–No se lo tengáis en cuenta, padre, pues obraron por temor a mi esposo, que, acuciado por mi cuñado, envió a sus criados, para que fuesen con amenazas detrás de vos, tocando a las mismas puertas que vos tocabais –desveló doña Beatriz–. Entonces, al igual que todos los vecinos, no alcé la voz y, por miedo, no dije nada. Tampoco traté de disuadir a mi cuñado y a mi esposo, cuando encargaron levantar altos muros, para privar a vuestros huérfanos de la luz del sol; ni cuando mandaron emponzoñar las aguas de vuestro pozo; ni el día que arrendaron las casas para guardar puercos, confiando en que esas enojosas bestias acabasen por doblegaros la voluntad. Y, de últimas, apenas hará un mes, he callado cuando los criados de mi cuñado han ido con inminencias a los mercaderes de Toledo, para que os demandasen las deudas pendientes y os negasen provisiones al fiado.

El padre Romasanta conocía, cuanto menos intuía, todas las maldades que, durante años, había empleado don Pascual García Belmonte para perjudicarle, sin embargo, al escucharlas en boca de

doña Beatriz, no pudo evitar estremecerse, pues, de pronto, habían cobrado un sentido más cercano.

–¿Por qué venís a participarme todas estas felonías a tiempo pasado, cuando ya no tienen remedio? –preguntó.

–La lealtad a mi esposo, a la que Dios me obliga, y el temor que le tengo, hasta hoy me habían impedido encontrar el coraje necesario para cruzar las puertas de vuestro hospital y deciros cuanto os estoy diciendo –respondió doña Beatriz. Y, soltando un abultado saquillo de terciopelo que, al caer sobre la mesa, produjo un sonido metálico, añadió–: pero, a pesar de todo, de todos mis miedos, aquí estoy, sentada frente a vos, que os tengo por un verdadero santo, para auxiliaros y asegurarme de que vuestro hospital, a partir de ahora, no carezca de nada.

Con una expresión de recelo, que no pasó desapercibida a doña Beatriz, don Santiago miró la bolsa de soslayo.

–Aceptad estas monedas, padre, os lo ruego, las vais a necesitar más que nunca –dijo la señora–. Hace ya semanas, escuché decir a mi cuñado que cuenta con suficientes votos en el cabildo y que, en fechas próximas, promoverá la retirada definitiva de vuestros privilegios. Mucho temo, don Santiago, que la próxima limosna de la catedral sea la última.

Al padre Romasanta tampoco le vino de nuevas aquella noticia, que no hacía sino ponerle plazo a sus peores presentimientos. Sin embargo, en aquellos instantes, le apremiaba comprender las razones últimas que movían a doña Beatriz, pues las delaciones contra su parentela y su generosidad iban más allá de lo que la razón dictaba.

–¿Qué ha ocurrido, señora, para que mudéis de parecer, para que os hayáis decidido, pasados los años, no solo a venir a confesarme todas estas maldades, que son deshonras a vuestro linaje, sino a ponerme sobre aviso y a prestarme vuestro socorro? –insistió.

El rostro de doña Beatriz se anubló, como siempre se anublaba, al recordar sus propias palabras, de ocho años atrás, que habían servido para llevar a doña Constanza a la perdición.

–Hace años que vivo consumida por un pecado, un inconfesable y terrible pecado, que no solo hizo que Dios se llevara a mi única hija, Eleonor, que en gloria esté, sino que me arrastró a las puertas del infierno y para el que pensé, hasta hace unos días, que jamás hallaría redención –dijo–. Pero el Señor, cuya infinita misericordia todo lo puede, me ha brindado una oportunidad, quizás la única que se me presente en esta vida, guiándome hasta vuestro hospital, donde dais cobijo a un muchacho que creía perdido, un joven con quien tengo pendiente una deuda y que, con vuestro beneplácito, quisiera saldar –y, mirando suplicante al sacerdote, remató–: ¿me ayudaréis a redimirme, don Santiago?, ¿me daréis la oportunidad de arreglarme con Dios?

No obstante la vaguedad de aquellas razones, el padre Romasanta quedó impresionado, pues en el rostro de doña Beatriz podía leer, como en un libro abierto, que el arrepentimiento no había servido al propósito de aliviar el desasosiego de su alma.

–Decidme el nombre de ese joven.

–Johan –contestó doña Beatriz.

–Tengo un alumno, hará seis meses llegó de Sevilla, que responde por ese nombre. Pero ¿por qué estáis tan segura de que se trata de quien decís y no de otro? A fin de cuentas, no deja de ser un nombre corriente y bien pudierais equivocaros.

–No, padre, no me equivoco, hará dos días que lo vi frente a las puertas de mi casa –aseveró doña Beatriz–. Su nombre es Johan García de Laso y Figueroa, cuyos padres, que Dios tenga, fueron doña Constanza y don Alfonso, mercaderes de escritorio y vecinos de la colación de Santa Leocadia –y, llevándose el dedo por encima de la ceja, siguió diciendo–: le aqueja una extraña enfermedad, que dicen

epilensia, y tiene una señal en la frente, de la que doña Constanza, que desde el cielo me perdone, solía decir que era el dedo de Dios, con el que, al tiempo de nacer, le había bendecido. Johan no lo recordará, era muy joven cuando perdió a su madre.

El padre Romasanta sonrió. Sabía que sus siguientes palabras allanarían a doña Beatriz el camino a la redención.

–Os aseguro, señora, que no lo ha olvidado.

XI
LOS OFICIOS

Al principio del verano de 1479, tres años después de que el cabildo de la catedral de Santa María, instigado por don Pascual García Belmonte, terminara por retirar los privilegios al Hospital de la Piedra, privándole de toda renta y del beneficio de recaudar limosna, el padre Romasanta recibió una carta que, no obstante las luctuosas noticias que traía, vendría a dar un impulso necesario a su obra benéfica. En dicha carta, remitida por cierto albacea, se le informaba del fallecimiento, en la ciudad de Roma, de don Francisco Fernández de Toledo, así como de su última voluntad, por la que mandaba costear, a cuenta de cincuenta misas que, por la salvación de su alma, habría de celebrar don Santiago, todos los arreglos que precisara el Hospital.

Don Santiago convocó a doña Mira, a don Juan de Sevilla y a don Fernando de Meneses, sus fieles benefactores, y, tras celebrar la primera misa por el alma de don Francisco, les anunció las nuevas. Días más tarde, a la primera oportunidad que se le presentó, se lo comunicó a doña Beatriz, que venía cubriendo, desde hacía ya tres años, los quince mil maravedíes que la catedral le había retirado al Hospital de la Piedra.

Las obras, bajo la dirección de Mateo Sarmiento, maestro alarife, que fuera aprendiz a las órdenes de Juan Guas, comenzaron al finalizar el curso, mediado el mes de agosto, y se prolongarían durante los siguientes cuatro meses, pues, de aquella, se revocaría la

fachada, se renovaría el tejado, se repararían los muros y las yeserías de las paredes interiores, se levantaría una necesaria apartada de la estufa, se enlosarían los suelos, se empedraría el patio y, por evitar las humedades, se colocaría un zócalo con sembradillos en la capilla.

Entretanto, mientras avanzaban las obras, el padre Romasanta, como venía haciendo desde que fundara el Hospital de la Piedra, se dedicó a los alumnos que tenía inscritos, para aquella temporada, en el libro blanco de aprendices.

Tello, el único que contaba con familia conocida, sería el primero en partir, en los primeros días de septiembre. Pasaría a recogerlo su tío, Juan de Orgaz, que regentaba una taberna en la parroquia de Santiago del Arrabal. Al tiempo de confiárselo, el padre Romasanta, como albacea de Inés de Torrijos, madre de Tello, le recordó que, además de enseñarle bien el oficio y velar por su moral, debía entregarle el título de propiedad, tal y como rezaba el testamento, cuando Tello alcanzase la edad de veintitrés años.

A la mañana siguiente, sería Blas el Gacela quien abandonaría el hospital. Don Bernardino López, escribano del número y vecino de la parroquia de San Pedro, maravillado con las pruebas de escritura, no había dudado ni un instante en emplearle como copista, ofreciéndole, para regocijo del padre Romasanta, un ventajoso contrato, que no solo se reducía a dos años de aprendizaje, sino que le retribuiría, desde el primer momento, con un cuarto del salario que venían recibiendo sus escribientes.

Aquella misma tarde, le llegó el turno a Johan, que fue a parar a la parroquia de San Andrés, donde se concentraban los tiradores, los bataneros y la mayor parte de los artesanos tejedores de la ciudad, y donde Diego de Moraleda, tratante de paños, tenía casa y un almacén en propiedad, junto a la torre del Hierro. Al tiempo de entregar la copia del contrato, que obligaba a Johan por cinco años, el padre Romasanta volvió a preguntarse por qué doña Beatriz, que podía

haberle acomodado en cualquiera de las casas principales de Toledo, se había empeñado en que fuese Diego de Moraleda, un modesto mercader, ya entrado en años, quien le tomase como aprendiz.

–No olvides tus oraciones diarias –recordó, al despedirse, don Santiago–. Ni pasar todos los domingos por el hospital, a escuchar la misa.

Johan asintió. Don Diego tomó la palabra.

–Las misas, padre, tendrán que esperar por un tiempo –dijo–, en unos días, Dios mediante, andamos de ferias.

Esteban Vizcaíno, mayoral de arrieros, que se jactaba de conocer, como la palma de la mano, todos los caminos de Castilla, dio la orden de partida. En aquella ocasión, con motivo de la reciente paz con Portugal, más de cuarenta carros conformaban una expedición que, al principio de octubre, después de dos semanas y más de cuarenta leguas, se presentó a las puertas de Medina del Campo, un día antes de que arrancase la feria.

Uno de los aposentadores de la villa les salió al encuentro, revisó las cargas y les recordó las calles donde, a decir de las ordenanzas, tenían obligación de instalarse. Los que traían cueros, curtidos o cordobanes, a la calle de la Zapatería; los lenceros, a la calle de San Francisco; los armeros, entre la calle de Ávila y los mesones de la Rinconada; los jubeteros y calceteros, en torno a la calle de la Carpintería; los traperos de vara, los tratantes de paños mayores, los cambistas y los que, como Diego de Moraleda, traían lienzos, fustanes o sederías, en la Rúa Nueva.

Don Diego y Johan se acomodaron en una misma habitación, en casa de Elvira Ruiz, la Trapera, junto al puente de San Miguel, donde el mercader llevaba aposentándose los últimos años. La estancia era pequeña, pero la casa disponía, y eso era lo que importaba, de un cobertizo donde resguardar los paños.

En las dos primeras semanas, de cuarenta piezas de fustán, don Diego ya tenía vendidas veinticinco, muchas de las cuales se habían apalabrado en la feria del mayo anterior. Eran paños de algodón, de dieciséis varas, traídos de Génova y comprados en la feria de Alcalá de Henares, que entregaba enteros, sin varear, a razón de trescientos cincuenta maravedíes la pieza.

Al cabo de la tercera semana, apenas le quedaba nada por vender y, ya pensando en las compras para abastecer su almacén durante el invierno, empezó a visitar a los mercaderes que vendían al por mayor los paños. Sería, a partir de ese momento, cuando Johan recibiría los primeros rudimentos de su futuro oficio, que, desde que entrara a servicio de don Diego, no iban más allá de saber que el fustán se fabricaba con algodón o que el lino, el cáñamo o la estopa se empleaban para elaborar lienzos. Aprendería que, entre los paños tejidos con lana, se distinguían los mayores de los menores, así tuviesen su urdimbre por encima o por debajo de dos mil cien hilos; aprendería de los paños que se hacían en Castilla y en Aragón, y de los que traían de otros reinos, y aprendería que los más humildes, los picotes y jergas, se usaban para fabricar sacas, costales y albardas.

Una mañana, pocos días antes de regresar a Toledo, un mandadero se presentó en casa de la Trapera, con un mensaje de don Ramiro de Burgos.

Johan nunca había escuchado aquel nombre, pero, a juzgar por el comportamiento de don Diego, que no solo aceptó solícito la invitación de compartir tabla aquella noche, sino que mandó a doña Elvira preparar la estufa para el aseo y compró zapatos y jubones nuevos, para celebrar la ocasión, intuyó que debía tratarse de alguien principal.

Al caer la tarde, cuando las calles empezaban a cobrar vida bajo la pálida luz de las teas, don Diego y Johan se presentaron en la casa

del banquero, don Gonzalo Husillos, donde, en tiempo de feria, se alojaba don Ramiro de Burgos.

Un joven criado, que esperaba a las puertas, les franqueó el paso y, con aire solemne, les condujo hasta una espaciosa habitación, bien iluminada y guarnecida con alfombras en los suelos, tapices en las paredes y cortinas en las ventanas, que se abrían a la Plaza Mayor.

–Bienvenidos a esta casa, que es de vuestras mercedes –dijo don Gonzalo, yendo al encuentro de don Diego, saludándole con efusión, como a un amigo con quien, tras mucho tiempo, acabara de reencontrarse. Luego, hizo lo propio con Johan, palmeándole la mejilla. Por último, extendió la mano, señalando el hogar, donde, al calor de la lumbre, se hallaba don Ramiro de Burgos.

–Agradezco vuestra visita –saludó don Ramiro, antes de excusarse–: confío en que sepáis perdonarme, por haberos avisado con tanto apremio.

Don Diego correspondió con un silencio, inclinando la cabeza. Estaba abrumado. La calurosa acogida de don Gonzalo y las mil preguntas que, desde que recibiera la invitación de don Ramiro, había venido formulándose, le habían dejado sin palabras.

Se sentaron a la mesa. Don Ramiro ocupó una silla a un extremo, al otro don Diego, y entre ambos, frente al fuego de la chimenea, don Gonzalo y Johan. A continuación, don Gonzalo agitó una campanilla y, al instante, se abrió la puerta y se presentó una cuerda interminable de criados. Los unos, poniendo mantel, hazalejas, platos, brocas, cucharas y candelabros, en los que prendieron velas nuevas; los otros, trayendo vino, candeales, pescados, carnes asadas acompañadas con pebrada, berenjenas y otras muchas gollerías, entre las que se contaban la carne de membrillo y los mazapanes, que don Gonzalo, por capricho, se hacía traer de Valencia, de cierto confitero que proveía a los reyes de Castilla.

Al principio de la velada, como no podía ser de otro modo, por ser el anfitrión de la casa, el peso del coloquio recayó en don Gonzalo. Era un hombre afable, de trato cercano, acostumbrado a la conversación. Y así, mientras animaba a catar las berenjenas con almodrote o el carnero relleno con ciruelas, le preguntó a Johan por su edad, por su familia, por sus conocimientos de las letras y de los números, y por su experiencia como aprendiz de mercader de ferias. Johan respondió que, por lo que le habían dicho, contaba dieciséis años; que tenía por padre a don Santiago Romasanta y por hermanos a los huérfanos del Hospital de la Piedra; que no sabía con certeza si le agradaba el oficio de mercader, que aún estaba por ver, pues apenas llevaba un mes a servicio de don Diego; y que sabía leer de corrido y llevar las cuentas de memoria, sin valerse de la tinta y el papel.

Llegó el turno de don Diego. Don Gonzalo se interesó por las ferias que solía frecuentar, por los paños que adquiría, por los precios, por la manera en que llevaba los pagos y los cobros, y, también, quiso saber si las ganancias le aprovechaban, una vez descontados los gastos del acarreo y las correspondientes alcabalas.

–Soy, como vuestras mercedes pueden ver, un mercader de tantos –terminó por decir don Diego.

Don Ramiro de Burgos, que se había mantenido, hasta ese momento, al margen de la conversación, esbozó una sonrisa y dijo:

–Y por eso, por creeros un mercader de tantos, os estáis preguntando la razón de este encuentro.

–¿Cómo no habría de preguntármelo? –admitió don Diego–. Desde que recibí vuestro aviso, no dejo de pensar qué puede ofreceros un simple comerciante, como yo, a vos, señor, que sois uno de los principales tratantes de Castilla.

Don Ramiro volvió a sonreír.

–Pero vos, don Diego, no sois un mercader cualquiera –dijo–. Sé muy bien que, en el pasado, regentasteis un próspero negocio, que los criados de vuestra casa podían contarse con ambas manos y que paladeasteis, como pocos, las mieles del éxito.

–Entonces, de igual modo sabréis que saboreé las hieles del fracaso –replicó don Diego.

Don Ramiro se acodó a la mesa.

–¿Cómo podéis hablar de fracaso, cuando saquearon vuestra casa y os arrebataron a la fuerza lo que era vuestro? –preguntó–. ¿Acaso podríais haber evitado que os humillaran, que apalearan a vuestra esposa y a vuestros criados, que os llevaran los caudales de toda vuestra vida, que os robaran los paños que teníais guardados?

Don Diego enmudeció. El hecho de que don Ramiro conociera, y estuviese aireando episodios íntimos de su pasado, le había dejado sin palabras.

–¿Y cuándo padeció vuestra merced esas penalidades? –preguntó, curioso, don Gonzalo de Husillos.

–Hace ya algunos años, cuando los conversos de Toledo se alzaron en armas –respondió, lacónicamente, don Diego.

El banquero se quedó pensativo, mirando el fuego del hogar.

–Aquello ocurrió durante el verano del año sesenta y siete, lo recuerdo muy bien –dijo–. Recuerdo tener noticias de terribles enfrentamientos; recuerdo que me hablaron de ahorcamientos, de incendios, de saqueos, de represalias y de muchas violencias contra los cristianos nuevos; y recuerdo que, de aquella, todos los conversos de Castilla llegamos a temer por nuestra suerte –y, apartando la vista de las llamas y volviéndola a don Diego, remató–: por fortuna, ya han pasado más de doce años, espero que vuestra merced tenga bien cerradas las heridas.

Don Diego nunca había tenido ocasión de desahogar aquellos desgraciados episodios. Quizás, por haber sido celoso de su

intimidad, quizás, porque le consumía su propia cobardía, la vergüenza por no haber sabido defender su honra y su hacienda. En aquella ocasión, sin embargo, acaso por descubrir que don Gonzalo, al igual que él, pertenecía a la nación de los conversos, sintió deseos de abrir su corazón y espontanearse.

–Las heridas de aquella noche, cuando aquellos desalmados asaltaron mi casa, cicatrizaron al poco, sin embargo, las que se abrieron en los días siguientes, me llevó mucho más tiempo cerrarlas –dijo–. Los criados, después de años de servicio, nos abandonaron y, por cobrarse, arrasaron con todo cuanto quedaba en la casa, sin dejar plato sobre el que comer, ni alfombra que pisar, ni silla en la que recostarse. Llegaron, más tarde, los acreedores; unos, amenazando con la cárcel, si no hacía frente a los vencimientos de las deudas, otros, consintiendo en aplazarme los pagos, a cuenta de doblarme los intereses. Tuvimos que malbaratar tres casas que teníamos en propiedad, el almacén, el taller, y hasta los viñedos, las tierras de pan llevar y las mulas, que mi esposa, por herencia, tenía en Fuensalida. No quedó nada sin vender. Nada. La mayor parte de los que se llamaban amigos dejaron de visitarnos, y los vecinos, los mismos que tantas veces habían llamado a nuestra puerta pidiendo favores, nos volvieron la espalda, como si debiéramos avergonzarnos de la ruina a la que otros nos habían empujado –don Diego tragó saliva varias veces, por estar seguro de que no le quebrasen la voz, antes de continuar–: pero la peor de las heridas, la más sangrante, que todavía no he logrado cerrar, fue la pérdida de mi esposa. Una mañana, salió de casa y no regresó; era muy joven, apenas veinte años; quizás se marchara porque perdió al hijo que estaba por concebir, quizás porque no pudo soportar tantas injurias y tantos agravios, ¿quién sabe y a quién importan ya las razones? Días más tarde, que Dios la perdone, flotando en las aguas del Tajo hallaron su cadáver.

Por primera vez, se produjo un incómodo silencio, que ni la pericia de don Gonzalo por mantener vivas las conversaciones logró salvar. Johan se quedó impresionado con la historia de su maestro y, de inmediato, la relacionó con su propio pasado.

–Habéis olvidado una parte importante de vuestra historia –observó don Ramiro, como si la conociera de cabo a cabo.

–¿Qué parte es esa? –preguntó don Diego.

–La parte que me hace sentir verdadera admiración por vos y por la que hoy estáis sentado a mi mesa –contestó, misterioso, don Ramiro–. ¿Pensabais, acaso, que os he invitado para compadecerme de vos?

Don Diego no respondió, esperando escuchar, por fin, las razones por las que le había convocado don Ramiro.

–Vuestras pasadas desdichas, no vayáis a malinterpretarme, me conmueven y me duelen casi tanto como a vos, pero no son la razón por la que os he llamado –continuó diciendo don Ramiro–. Yo, don Diego, os he llamado porque, después de padecer tantas miserias, de perderlo todo y veros en la ruina, encontrasteis el arrojo necesario para echaros de nuevo a los caminos y recorrer las ferias que ya teníais olvidadas; os he llamado porque, a pesar de los abusivos intereses que os impusieron vuestros acreedores, cubristeis todas las deudas y terminasteis por saldar cuentas con vuestros criados, aunque os fuesen desleales y no lo merecieran; os he llamado porque, trabajando de sol a sol, sin descanso, habéis logrado recuperar vuestra casa, todas vuestras propiedades y, también, porque supisteis perdonar la cobardía de vuestros amigos y vecinos, que han vuelto, ahora que os habéis repuesto, al aprecio que de siempre os tuvieron; os he llamado, en definitiva, porque sois honesto, un hombre de principios, necesario a mi Compañía, para llevar a término cierto negocio.

–Agradezco la generosidad de vuestras palabras –dijo don Diego, abrumado de tanta lagotería.

Don Ramiro levantó la mano.

–Dejaos de buscar cumplidos que no merezco y escuchadme con atención –dijo, como si, de repente, le hubiese entrado la prisa–. En estos momentos, mientras hablamos, una decena de carros, salidos de los puertos cántabros de Santander y Laredo, están transportando escarlatas de Mostreviller y de Londres. Hágase cuenta, vuestra merced, que son más de mil piezas de a treinta varas –don Ramiro calló intencionadamente, para que don Diego cobrase conciencia de la envergadura de aquella empresa. Luego, continuó–: en unos días, si Dios lo quiere y el tiempo acompaña, llegarán a Burgos para el reparto. A mi Compañía le corresponden trescientas piezas de Londres, tasadas en tres millones de maravedíes, de las cuales, la mayor parte ya están comprometidas. No obstante, aún quedan unas pocas, apenas cuarenta, que quisiéramos enviaros a Toledo, para que las tengáis en vuestro almacén y os ocupéis de venderlas.

–¿Cuarenta piezas? –repitió, asombrado, don Diego–. Considere vuestra merced que, para tanta escarlata, necesitaría una década recorriendo todas las ferias de Castilla y aún habrían de faltarme años y ferias.

Aquella ocurrencia hizo sonreír a don Ramiro. Johan, que se hallaba a su derecha y no le había quitado ojo desde que se sentaran a la mesa, pensó que tenía una agradable sonrisa, cautivadora, a diferencia de don Gonzalo, que cuando sonreía, por falta de dientes, parecía el diablo mismo.

–No necesitaréis tanto tiempo, ni tampoco visitar ferias –aseguró don Ramiro–, en dos meses, a lo más en tres, y sin poner un solo pie fuera de Toledo, tendréis vendida hasta la última vara.

A pesar de la intachable reputación de don Ramiro para los negocios, don Diego dudó de aquella afirmación. Conocía Toledo,

como nadie la conocía, y sabía que, en un plazo tan breve, resultaría imposible despachar aquellos paños finos, cuyo precio, al alcance de unos pocos privilegiados, bien podían superar los seiscientos maravedíes por vara.

–Si vuestra merced quisiera decirme cómo, yo no veo la manera –acabó por reconocer.

Don Ramiro puso las manos sobre la mesa y, con no pocos esfuerzos, se incorporó. Luego, por guardar el equilibrio, separó las piernas un tanto y, sin apartar una mano de la mesa, con la otra agarró un bastón, que tenía contra el brazo de la silla. Al final, acabó de erguirse y caminó penosamente hasta el fuego del hogar.

–Os participaré ciertas confidencias, que os servirán para ver este negocio con los mismos ojos que yo lo veo –dijo–. La reina, doña Isabel, que Dios por muchos años guarde, está encinta y, en los próximos días, tiene intención de viajar a Toledo, al propósito de alumbrar a su próximo vástago y, después, celebrar Cortes, para, entre otros muchos asuntos de gobierno, nombrar heredero de sus reinos al príncipe don Juan. Eso significa, como vuestra merced ya habrá adivinado, que por las calles de Toledo, durante meses, que es el tiempo que vienen a durar las Cortes, desfilarán cortesanos, perlados y señores de las principales casas de Castilla, deseosos de presumir, enseñoreándose con sus mejores joyerías y sus mejores paños –y, tras un silencio, remató–: ¿veis, ahora, lo que yo veo?

A la luz de aquellas noticias, don Diego no tuvo otra que mudar de parecer, pues, de celebrarse Cortes en Toledo, tal y como don Ramiro aseguraba, bien podrían despacharse todas aquellas escarlatas y aún habrían de faltar. Solo restaba por conocer el alcance del negocio y el beneficio que podría granjearle.

–¿Y bajo qué términos habría de ocuparme de esos paños? –preguntó.

–Eso debéis de decidirlo vos, yo solo puedo deciros que, a poco que os esforcéis, en tres meses sacaréis la ganancia de dos años –contestó don Ramiro, dibujando en el rostro un gesto de dolor, que le obligó a regresar hasta su silla y apoyarse contra el respaldo. Luego, resopló varias veces, como si le faltara el aire, y dijo–: tendréis que excusarme, don Diego, las dolencias no dan tregua y necesito retirarme a descansar. Arreglaos con don Gonzalo, conoce los pormenores y sabrá aconsejaros bien.

El banquero tocó de nuevo la campanilla. Al momento, se presentó un criado, empujando una silla que, por patas, traía dos enormes ruedas, y que a Johan le recordó a los carros que transportaban verduras por las angostas calles de Toledo.

–Iré caminando –dijo don Ramiro, rechazando la silla. Y, dirigiéndose a don Diego, le demandó–: si no le veis inconveniente, mientras vuestras mercedes ultiman los detalles, me serviré de vuestro aprendiz para llegar hasta mi alcoba.

Don Diego, ya con el pensamiento puesto en el negocio y mil preguntas en la cabeza, hizo un gesto a Johan, que avanzó hasta ocupar el lugar de la silla y esperó a que don Ramiro le pusiera la mano sobre el hombro.

Abandonaron la casa de don Gonzalo Husillos, pasadas las diez de la noche. La Plaza Mayor y las calles colindantes aún se veían concurridas. Don Diego caminaba unos pasos por delante de Johan, dándole vueltas al compromiso que, de palabra, había adquirido con don Gonzalo y que, a la mañana siguiente, formalizaría con don Ramiro de Burgos.

El banquero le había ofrecido dos alternativas. La primera, custodiar y vender las escarlatas, a cuenta de recibir un tres por ciento del montante, estimando, por lo bajo, que cada pieza podía venderse por dieciocho mil maravedíes. La segunda, participar en una quinta parte de los beneficios, abonando, por anticipado, el

importe de ocho piezas, de las cuarenta que iba a recibir. Don Diego no lo había dudado, compraría aquellas piezas, no solo por la oportunidad de doblar el capital, sino por el prestigio de asociarse, aunque fuese por un tiempo breve, con la Compañía de don Ramiro de Burgos.

–Maestro, don Ramiro apenas ronda los treinta años, ¿por qué camina con la dificultad de un anciano? –preguntó Johan cuando ya se habían acostado.

–Dicen que, siendo mozo, un carro le pasó por encima, partiéndole piernas y costillas –respondió don Diego–. Por cierto, ¿te ha dicho algo que me pueda interesar?

–No, maestro –respondió Johan–. Solo me ha dicho que, un día, yo seré el tratante de paños más importante de toda Castilla.

LIBRO TERCERO

XII
HASTA EL FIN DE LOS DÍAS

Más acuciado por la enfermedad que por los años, pues apenas pasaba de los cuarenta, Juan de Orgaz decidió dejar el negocio y regresar, antes de que Dios le demandase cuentas, a la tierra de sus antepasados. Así, una fría mañana de enero, cubiertas de nieve y lodo las calles de Toledo, arrendó un carro con postillón y mandó cargar dos baúles con sus pertenencias.

–No fíes a nadie, no agües en demasía el vino y obra con prudencia, guardándote de escándalos y ruidos –le aconsejó a su sobrino, al tiempo de confiarle las llaves y el título de propiedad. Luego, ya acomodado en el pescante, le palmeó la mejilla con afecto, como nunca había hecho hasta entonces, y se despidió–: no olvides poner todo tu empeño en conservar esta herencia; recuerda que tu señora madre, mi hermana, que Dios tenga en su gloria, por conseguirla perdió la reputación y la honra.

De este modo y con estos singulares consejos, Tello el del Arrabal, en su vigésimo tercer aniversario, tomó posesión de El Ojo de Buey, una casa-taberna, cercana a la Puerta del Vado, en la colación de Santiago del Arrabal.

Corría el año de 1485.

Días más tarde, al propósito de festejar su nuevo estado, convocó a Johan el Toledano, a Blas el Gacela, y a Martín el Esquila, con quienes, pasados los años, seguía manteniendo una estrecha amistad.

De bajos techos abovedados y paredes de ladrillo y adobe, la taberna se hallaba en la planta inferior, a pie de calle. Al fondo, tras recorrer un angosto pasillo de bosta, flanqueado por algunas tinajas y toneles, se levantaba un fogón, alrededor del cual se repartían las mesas donde se despachaban los vinos y las viandas, y donde, entre taza y taza, algunos parroquianos acostumbraban a apostarse los dineros en juegos de azar. En cuanto a la parte alta de la casa, a la que se accedía a través de unas escaleras que nacían en la propia bodega, contaba con cuatro estancias. La más humilde y cercana a las escaleras la ocupaba Tello y era la misma que, los siete últimos años como aprendiz, había venido compartiendo con su tío; otras tres habitaciones más, de mayor tamaño y mejor pertrechadas, las tenía para arrendar, si bien, habitualmente las ocupaban *mujeres del partido*, que enviaba el padre de la mancebía, cuando las maltrataban, caían enfermas o su naturaleza les imponía apartarse por un tiempo de su oficio.

Martín el Esquila quedó escandalizado por todo cuanto había visto y escuchado y cuando regresaron a la bodega y se sentaron a escanciar vino *de gracia*, en tanto aguardaban unas perdices puestas al fuego, por un instante, encerrado entre aquellas paredes y al calor de la lumbre, tuvo la impresión de hallarse a las puertas del infierno. A sus veintiséis años y con una concepción un tanto ingenua del mundo, que no alcanzaba más allá de sus libros de instrucción, de los huérfanos, de la espiritualidad intramuros del Hospital de la Piedra, aquel negocio, frecuentado por rufianes, ventajistas y rameras, además de hacerle temer por la suerte que pudiese correr Tello, le parecía un nido de corrupción, a molde del mismo demonio.

–Mejor harías en buscarte otro oficio; de lo contrario, acabarás a lomos de un asno, desterrado o, peor aún, en el patíbulo –advirtió, recordando las leyes del reino y los repetidos bandos del Regimiento

toledano, que castigaban las apuestas con dinero en los juegos de azar y el ejercicio de la prostitución fuera de la mancebía.

Blas el Gacela, por el contrario, lo veía con otros ojos. Entendía de cuentas y, después de que Tello le participara los precios que venía cobrando, ya había hecho sus cábalas y tenía calculado que, contando los vinos y las pitanzas, el arriendo de las habitaciones y, sobre todo, las comisiones por los tablajes, aquel negocio rentaría, a poco, treinta mil maravedíes anuales.

De la misma opinión participaba Johan. Durante los últimos cinco años, acompañando a su maestro por ferias de villas y ciudades, había tenido ocasión de frecuentar multitud de tabernas y hospederías, como la que ahora regentaba Tello.

–Algunos taberneros prosperan como si fuesen verdaderos señores y, de tanto que sacan, se dedican al préstamo con logro –dijo.

–¡Bonito consuelo! –protestó el Esquila, haciendo aspavientos–. ¡Como si no fueran bastante condimento las mujeres públicas y el juego, vienes a aderezarlo con la usura!

Tello soltó una carcajada.

–Ya no estás en edad de remilgos, Martín, a qué tanto escándalo –dijo–. Tú, más que nadie, deberías estar contento, porque tengo intención, como nuevo propietario, de mantener la limosna para el Hospital de la Piedra.

–¿Qué limosna? –preguntó, inquisitivo, el Esquila.

–Los dos mil maravedíes que, desde hace ya diez años, recibe el padre Romasanta, a cuenta de los beneficios de esta taberna –respondió Tello.

Martín volvió la vista al Gacela y a Johan y pudo constatar, por sus expresiones, que estaban tan desprevenidos, como lo estaba él, de aquella noticia. Nunca hubiesen sospechado que aquel negocio fuese tributario del Hospital de la Piedra.

–Pero, el padre…

–Don Santiago conoce, de primera mano, las ollas que se guisan en esta taberna –atajó Tello– y, aunque no aprueba el juego ni el vino en exceso, tiene por bien que las mujeres públicas, cuando lo necesitan, dispongan de un lugar seguro donde guardarse.

El Esquila enmudeció. Sonriéndose, Tello se puso en pie y le palmeó el hombro. Luego, en dos pasos se llegó hasta el hogar, sacó las perdices del fuego y, tras colocarlas sobre una tajadera, regresó y tomó asiento.

–Al igual que mi tío, tengo intención de mantener la limosna, incluso de aumentarla, si el año se presenta bueno –dijo–, aunque, para hacer frente a los nuevos tiempos, mucho temo que ninguna limosna baste.

–¿Qué nuevos tiempos? –preguntó Johan.

Tello no respondió. Rellenó las tazas y bebió con pausa.

–Hace ya quince años que el padre Romasanta fundó el Hospital de la Piedra y, desde entonces, lleva recibiendo agravios de ciertos hermanos –dijo.

–Los García Belmonte –ratificó el Esquila.

Tello asintió.

–En unos meses, tengo oído, la Inquisición vendrá a Toledo –siguió diciendo–. Y, también, tengo oído que los hermanos levantarán injurias contra el padre Romasanta, para hacerse con el solar que ocupa el hospicio.

–¿Y dónde lo has oído? –se interesó Johan.

–En las tabernas, amigo mío, se escuchan tantos secretos como en los confesionarios de las iglesias –respondió Tello.

–¿Y qué podemos hacer para proteger a don Santiago? –preguntó el Gacela.

–Una cofradía –contestó Tello–. Una cofradía para defender los intereses del Hospital de la Piedra, para que los huérfanos de Toledo,

al abrigo del padre Romasanta, tengan siempre un lugar seguro donde recogerse –y levantando su taza, sonriente, añadió–: y, tú Martín, amigo mío, serás quien se ocupe de los dineros.

A una, todos levantaron sus tazas:

–¡Sea! –dijeron.

Corriendo el mes de marzo, a primera hora de la tarde, un jinete se detuvo frente a las murallas de Toledo y, llevándose la mano por cima de los ojos, a modo de visera, alzó la mirada. Las aves habían desaparecido de la cúpula del cielo y el sol, como si una mano invisible estuviese cubriéndolo con un tupido crespón, comenzaba a oscurecerse por uno de sus extremos. El jinete permaneció apenas unos instantes observando, entre maravillado y sobrecogido, aquel sobrenatural acontecimiento. Finalmente, espoleó su caballo, cruzó el puente de San Martín, dejó a su diestra las obras del nuevo monasterio de San Juan de los Reyes, que por mandado de doña Isabel se habían iniciado siete años antes, y, siguiendo por adentro el curso del recinto amurallado, rebasó las puertas del Cambrón y la Bisagra.

Las calles se veían desiertas. Los terribles presagios, a cuenta del eclipse de sol, habían empujado a los toledanos a refugiarse en sus casas: lluvias derribando graneros y molinos, inundaciones arrasando cosechas y ganados, enfermedades y pestilencias devastando villas y ciudades.

Al alcanzar la parroquia de Santiago del Arrabal, ya mudada la luz del día en una inquietante penumbra, el jinete descabalgó frente a una casa-taberna, que lindaba con la mancebía, y, tras amarrar su montura al estrinque de la fachada, cruzó la puerta y se plantó en el umbral.

Un hombre y dos mujeres se hallaban al fondo, sentados alrededor de una mesa, jugando a los naipes.

–Si venís buscando aposentamiento, continuad calle arriba y preguntad por los establos de Juan Ruiz –dijo una de las mujeres–. Siempre que paguéis bien, hallaréis acomodo.

El jinete cerró la puerta a sus espaldas.

–Vengo buscando al dueño de esta taberna, le dicen Tello el del Arrabal.

Tello observó al jinete de arriba abajo. Sus cuatro codos de envergadura y su aspecto descuidado, con jacerina, casquete y ballesta de la mano, le hicieron recelar.

–¿Qué se ofrece a vuestra merced? –preguntó, cauteloso, deslizando la mano hasta rozar las cachas de un puñal, que guardaba bajo la mesa.

El recién llegado estiró el cuello y le miró con detenimiento, como si quisiera cerciorarse de que era Tello quien le hablaba. Después, se volvió hacia la puerta, la trancó con la falleba y sobre el marco, valiéndose de una faca, trazó una cruz de San Andrés. A continuación, a grandes zancadas recorrió los veinte pasos que le separaban del fondo y, sobre la mesa, donde se encontraban Tello y las mujeres, descargó su ballesta, su aljaba y cuatro bodoques, del tamaño de una nuez. Luego, se giró, señaló la cruz de San Andrés, que acababa de marcar sobre la madera, y, muy serio, dijo:

–Os desafío.

Con el puñal a medio desenvainar, Tello volvió la vista a las mujeres, que se mostraban tan sorprendidas, como lo estaba él, de aquel singular personaje y de aquel inusual desafío.

–No tengo cuentas con vuestra merced –respondió Tello–. Seguid en buena hora vuestro camino y que Dios os guarde.

El desconocido colocó dos monedas de plata junto a los bodoques.

–Si vencéis, serán vuestras –dijo, al tiempo de añadir–: contad que tendréis tres oportunidades y que yo me basto con una.

A la vista del dinero, Tello cobró interés por el desafío y, en un primer momento, llegó a considerar que, quizás, pudiera salir airoso. No solo era diestro en el manejo de las armas, sino que la distancia era corta y, además, contaría con la ventaja de errar hasta en dos ocasiones. No obstante, al poner sus ojos en la ballesta, que parecía, por tamaño, fabricada a propósito para aquel gigante, le nacieron dudas, pues, desde el último verano en el Hospital de la Piedra, y de eso hacía ya siete años, cuando Perucho les llevaba hasta la Vega, no había vuelto a practicar el tiro.

–¿Y si vencéis vos? –acabó preguntando.

El gigante cerró los puños y los clavó sobre la mesa:

–En ese caso, me subiré a vuestras espaldas y, como el asno que siempre habéis sido, cargaréis conmigo hasta la puerta del Cambrón.

Las mujeres se pusieron en pie y se apartaron a un lado. Conocían el temperamento de Tello y sabían que no iba a dejar correr aquella ofensa. Pero Tello no reaccionó. Por el contrario, soltó el puñal y abrió los ojos de par en par, puesto que en aquellas palabras, en cada una de ellas, no había reconocido un agravio, sino sus mejores años en el Hospital de la Piedra.

–¡Eres tú! –exclamó–. ¡Eres tú! –repitió. Y, poniéndose en pie, abrió los brazos.

Blas el Gacela, Martín el Esquila y Johan el Toledano se presentaron en la taberna a última hora de la tarde, después de que Tello les mandara aviso. No sospechaban, ni por asomo, que, transcurridos diez años, Troilo el Morrón hubiese regresado a Toledo.

–Te habíamos dado por muerto –confesó el Gacela, tratando de reconocer a Troilo, bajo una espesa y desaliñada barba.

–Y tan muerto –refrendó Johan–. Ya va para nueve años que venimos celebrando misa por tu alma.

–Es un milagro del cielo –dijo, emocionado, Martín el Esquila, que, de siempre, había tenido debilidad por Troilo–. Pero, ¿por qué no has regresado antes, qué ha sido de ti todo este tiempo?

–Después de lo que hice con el Niño Alonso, no podía regresar a Toledo hasta ganarme el perdón –respondió Troilo.

–¿Perdón? –preguntó Johan–, ¿de qué perdón hablas?

Troilo se llevó la mano por debajo de la jacerina y mostró un documento, estampado con el sello real y dirigido al corregidor, a los alcaldes, al alguacil, a los regidores, a los caballeros y hombres buenos de Toledo, en el que, por los servicios prestados a la Corona de Castilla, se le autorizaba a regresar a la ciudad, eximiéndole de cualquier crimen o delito anterior al año de 1485.

–¡Cielo Santo, has estado haciendo la guerra! –exclamó Johan.

–Cinco años, contra los moros –contestó el Morrón.

Martín el Esquila le puso la mano sobre el brazo.

–Amigo mío, has puesto tu vida en riesgo por nada –dijo–. Si no te hubieras marchado a la carrera, hubieses visto al Niño Alonso salir ileso, sin un solo rasguño, después de que Perucho echara una soga al pozo.

–¿El Niño Alonso está vivo? –preguntó, perplejo, el Morrón.

–Salvo que se lo haya llevado el diablo, que no sería de extrañar –respondió Martín.

Troilo se quedó en silencio. Parecía contrariado, como si, de pronto, hubiese despertado de un largo sueño. En realidad, se sentía eufórico, desembarazado de una pesada carga, pues, a diferencia del indulto real, que le había reconciliado con las leyes de los hombres, saber que el Niño Alonso no había perdido la vida de su mano, le había descargado la conciencia, liberándole de las cadenas que, durante dos lustros, llevaba arrastrando y de las que quedaba un último eslabón por salvar.

–¿El padre Romasanta, entonces, llegó a perdonarme?

–Te perdonó aquel mismo día, como nos perdonó a todos –aseguró Johan–, aunque nos impuso no pocas penitencias.

–Todavía recuerdo los meses de ayuno y rezos –rememoró Tello, con cierto aire nostálgico.

–Y las mañanas de aquel invierno, aseándonos con agua fría, para lavar los pecados de nuestras almas –añadió, en el mismo tono, el Gacela.

–Yo, sin embargo, nunca podré olvidar al Niño Alonso, su rostro descompuesto por la ira y la vergüenza, después de que don Santiago le negara la absolución y le reprochara públicamente haberse aprovechado del secreto de confesión para delatarnos –recordó, con gravedad, el Esquila–. Ni olvido su juramento, al despedirse, cuando, a los tres días, el padre le despachara de Toledo, para ponerle a servicio de un canónigo de Villareal.

–¿Qué juramento? –preguntó Troilo.

El Esquila, temeroso de invocarlo, no respondió.

–Maldijo al padre Romasanta, por profanar el secreto de confesión –desveló el Gacela–. Y juró, escupiendo al suelo, que Dios tomaría venganza, derribando con sangre y fuego los muros del hospital.

–¡Supercherías de vieja! –exclamó Tello. Y, escanciando los bernegales, alzó el suyo a modo de brindis–: ya va para diez años que no tenemos noticias del Niño Alonso y así seguirá siendo, Dios lo quiera, hasta el fin de los días.

–¡Hasta el fin de los días! –dijeron todos, alzando sus tazas.

Como cada primero de mayo, el padre Romasanta ultimaba el libro de cuentas, que habría de presentar a sus benefactores, si bien aquella ocasión sería muy distinta de las anteriores, y no solo porque fueran a participar, por primera vez, los hermanos de la cofradía del Hospital de la Piedra, sino porque doña Mira había fallecido un mes

antes, dejando, como legado, dineros para la construcción de un palacio dedicado a las niñas huérfanas. El sacerdote andaba pensando que lo más prudente, por mantener separadas a las hembras de los varones, sería construir el nuevo palacio en el anexo del Hospital, donde se ubicaban las antiguas caballerizas y la bodega, cuando, alertado por el alboroto de los chiquillos, salió de la sacristía y, cruzando a la carrera la capilla, se llegó al portal. Perucho se hallaba en el umbral del patio, alerta, sujetando de la mano su bordón. Menudos y mayores se habían arracimado en una esquina, atemorizados del gigante que, apostado en el portal, al ver al padre Romasanta se clavó de rodillas en el suelo y bajó la cabeza.

Don Santiago corrió a su encuentro. Le había reconocido al instante, al igual que el padre recuerda, por años que pasen, al hijo perdido.

–Dios me ha escuchado y te ha devuelto, Troilo, hijo mío –dijo, besándole en la frente. Luego, contenido de emoción, le tomó el rostro entre las manos, le miró largamente y, al cabo, dijo–: ¿por qué nunca escribiste unas letras, para hacernos saber que te encontrabas bien, que nada malo te había sucedido?, ¿no pensaste que, todos nosotros, hubiéramos hallado consuelo?

–Yo… padre… yo… perdón –balbució Troilo.

El padre Romasanta sonrió y le acarició el rostro con ternura, manifestándole su perdón y el amor que le tenía, pero, al cabo de unos segundos, mudó el semblante y, al descuido, cuando Troilo menos lo esperaba, le agarró por la oreja y tiró hacia arriba, como tantas otras veces había hecho, cuando era chico.

–¿Es que de nada sirvieron los años empleados en desasnarte, zopenco? –preguntó–. ¿Es que de nada sirvieron las horas enseñándote las letras, tarugo?

–¡Me cago en…! –aulló, dolorido, Troilo.

–¡No blasfemes, bribón! –le amonestó don Santiago–. ¡Y no vayas a pensar, por años que hayan pasado, que vas a librarte de tu penitencia!

Al día siguiente, lunes de San Atanasio, al término de la misa mayor, doña Beatriz abandonó la catedral por la puerta de las Ollas, remontó la calle de la Chapinería y, despidiendo a su doncella, cruzó las Cuatro Calles y se detuvo en la plaza del Solarejo, junto a la puerta de las Tendillas. Al poco, un chiquillo, que venía siguiendo sus pasos desde la puerta de la catedral, se le acercó y, sin que nadie le viera, le susurró unas palabras al oído. Doña Beatriz, entonces, reemprendió la marcha con nuevos bríos y, continuando calle arriba, rebasó la Magdalena y se plantó en los soportales de la plaza de Zocodover, donde, mezclándose con la concurrencia, dejó correr algunos minutos. Al llegar a la altura del Arco de la Sangre, miró a sus espaldas, por precaverse de que nadie estuviese siguiéndola, lo cruzó presurosa y descendió un tramo de calle, hasta detenerse frente a un taller de platería. El corazón le latía con violencia. Hacía ya diez años que venía celebrando aquellos encuentros a escondidas y siempre le ocurría lo mismo, la misma sensación de vértigo, en la que los remordimientos, lejos de pesarle, le hacían sentirse más viva. Finalmente, empujó la puerta, entró en el pequeño taller, que estaba vacío, y, tal y como le había indicado el muchacho de la plaza del Solarejo, recorrió el estrecho corredor, hasta alcanzar una puerta que se abría a un patio.

Bajo las hojas tempranas de un cabrahígo, sentado en un escaño, esperaba el padre Romasanta. Tenía, sobre una pequeña mesa, el libro de cuentas del hospital y el rosario que, tiempo atrás, le regalara doña Beatriz y del que nunca se separaba, así lloviesen piedras.

Doña Beatriz se inclinó y le besó la mano. Una mera formalidad que, con el paso de los años, no respondía tanto a la condición del sacerdote, como a la delectación de rozar con los labios, si bien por un instante, el dorso de aquella mano, que despedía un inconfundible perfume a jabón de romero. Luego, se acomodó en el escaño y, como venía ocurriéndole desde hacía ya tiempo, sintió que la cercanía del padre Romasanta le turbaba los sentidos, despertando inconfesables apetitos, que escondía en lo más profundo de su corazón.

Don Santiago empezó, como siempre empezaba aquellas conversaciones, en las que debía dar cuenta del ayuntamiento celebrado el día anterior, por referirse a Johan. Johan era el principio, la razón por la que, desde hacía ya diez años, doña Beatriz se ocupaba de sufragar un tercio de los gastos del Hospital de la Piedra. En aquella ocasión, no obstante, el padre Romasanta advirtió que sus palabras no despertaban interés y que doña Beatriz se mostraba ausente, como si tuviese el pensamiento en otra parte, pues, por primera vez, no mostró interés por los progresos de su patrocinado, que en ese año tomaría el testigo de don Diego de Moraleda y se convertiría en el factor de los negocios que don Ramiro de Burgos tenía en Toledo. De igual manera, se manifestó indiferente cuando el padre Romasanta le habló de los huérfanos, conformándose con saber si alguno había enfermado o fallecido en el último año. Llegó el turno de las cuentas y, de nuevo, por abreviarlas, doña Beatriz se interesó solo por conocer los gastos y los ingresos generales. Por último, el padre Romasanta le habló del fallecimiento de doña Mira, acaecido en el mes de abril, de la dotación de cincuenta mil maravedíes, a beneficio del Hospital de la Piedra, y de los acuerdos alcanzados en el ayuntamiento del día anterior, para construir un nuevo palacio, destinado al acogimiento de niñas huérfanas.

–Se construirá en un anexo del hospital, en las antiguas caballerizas, por encima de la bodega, y contará con una puerta de entrada y con una ventana enrejada, que asome al patio, si bien, por evitar tentaciones de mocedad, no estará comunicada con el resto del hospital –precisó el padre Romasanta, antes de acabar–: confío en que sea de vuestro agrado y nos deis vuestra aprobación, para comenzar de inmediato con las obras.

Doña Beatriz se quedó pensativa.

–Me parece lo más sensato –convino–. ¿Pero, cómo pensáis arreglaros, para mantener cinco bocas más?

El padre Romasanta sonrió y, mirando a doña Beatriz, como un ventajista con una carta guardada bajo la mesa, dijo:

–El pasado invierno, cuatro antiguos alumnos, entre los que se encuentra vuestro patrocinado, se reunieron en una taberna de Santiago del Arrabal y acordaron fundar la Hermandad del Hospital de la Piedra. Aún está pendiente de aprobación, ya sabéis que en el Consejo Real son reacios a estas ligas, pero, a la fecha, ya suman más de treinta hermanos, que se han comprometido a correr con los gastos futuros de las huérfanas.

–No será bastante –observó doña Beatriz.

–Si lo pensáis bien, no supondrá tanto gasto –adujo el sacerdote–. Después de todo, será como alimentar a cinco pajarillos.

–Esos cinco pajarillos, de los que vuestra paternidad habla con alguna ligereza, necesitarán paños para cubrir su desnudez, cuidados y medicinas, cuando caigan enfermas, y, salvo que tengáis intención de dejarlas ignorantes y ponerlas a servir a una edad temprana, también precisarán de cierta instrucción en la gramática y en llevar cuentas –señaló doña Beatriz, elevando un tanto la voz.

Don Santiago enmudeció, sorprendido del tono hostil de su benefactora.

–Perdonadme, si os he ofendido, padre –se arrepintió, al momento, doña Beatriz–. Hace días que traigo el ánimo deshecho, por tristes noticias que nunca hubiera querido participaros –y, tras un silencio, como si se resistiera a pronunciar sus siguientes palabras, dijo–: he recibido carta de Burgos, de don Diego de Osma, físico de mi padre, en la que me insta a viajar con urgencia.

–¿Acaso don Álvaro, vuestro señor padre…?

–A decir de don Diego, ya va para un año que mi padre viene padeciendo una enfermedad, para la que no hay remedio conocido –atajó doña Beatriz–. Mañana parto a Burgos, Dios quiera que llegue a tiempo.

–Rogaré para que se cumplan vuestros deseos y tengáis la oportunidad de despediros –dijo don Santiago.

Doña Beatriz miró al sacerdote con una profunda tristeza, como a un cordero indefenso, al que, contra su voluntad, se viera forzada a abandonar a las puertas del degolladero.

–Y yo, padre, rogaré por vos y por vuestros huérfanos –dijo, incapaz de sostener la mirada, desviándola al suelo.

El padre Romasanta forzó una sonrisa. Comprendía el fondo de aquellas palabras. Con el fallecimiento de don Álvaro, el Hospital de la Piedra dejaría de percibir un tercio de sus ingresos, pues las limosnas, que doña Beatriz llevaba años entregando en secreto, se distraían de la herencia materna, que su padre administraba y que, tras su muerte, pasaría a fiscalizar su esposo, don Bartolomé.

–Os lo ruego, no penséis en este pobre siervo, que Dios proveerá –dijo–. Pensad, por el contrario, en el bien que habéis hecho todo este tiempo, sin pedir nada a cambio y a riesgo de enemistaros con vuestra propia familia; pensad en los huérfanos que habéis alimentado y a los que habéis proporcionado cobijo, para los que habéis sido la madre piadosa y abnegada que nunca tuvieron; pensad que, de niños perdidos y desahuciados, habéis hecho hombres

cabales y honestos, que han prosperado y perpetuado su linaje con orgullo. Y pensad, señora, que todos ellos, aunque no os pongan rostro, cada día, cuando elevan sus plegarias al cielo, lo hacen por la salvación de vuestra alma.

Doña Beatriz dejó caer los párpados. Un caudal de lágrimas, como escorrentías, se desbordó por sus mejillas, anegando la comisura de sus labios.

–No es momento de desfallecer –dijo el padre Romasanta, incorporándose con resolución–. Id, sin demora, al encuentro de vuestro padre; llevadle mi bendición y decidle que siempre le tendré presente en mis oraciones –y, ofreciendo su mano, esperó a que doña Beatriz la tomara y se pusiera en pie. Luego, la miró con ternura y, al tiempo de enjugarle las lágrimas con un pañuelo, que guardaba en la manga de su sotana, añadió–: y no creáis, ni por un momento, que voy a renunciar a vuestra compañía, pues, sin vuestro ánimo y vuestros sabios consejos, que valen tanto como las limosnas que nos habéis regalado todos estos años, el Hospital de la Piedra perdería su verdadero espíritu.

Tres semanas después de que don Diego y Johan partieran a la feria de Medina del Campo, coincidiendo con el inicio de la construcción del nuevo palacio para las niñas huérfanas, un acontecimiento inesperado vino a remover las discordias entre los moradores de Toledo. El martes, veinticuatro de mayo, tercer día de Pentecostés, los inquisidores, don Vasco Ramírez de Ribera, arcediano de Talavera, y don Pero Díaz de la Costana, canónigo de la iglesia de Burgos, acompañados de un alguacil natural de Sevilla, de dos notarios y de un capellán de la reina, que venía como promotor fiscal, notificaron solemnemente la bula papal y los poderes que traían para establecer el Tribunal de la Santa Inquisición en la ciudad del Tajo. Impusieron, entonces, sentencia de excomunión mayor a todo aquel que, de dicho, hecho o consejo fuese contra

aquellos mandatos, a la par que establecieron un término de cuarenta días para que acudiesen a reconciliarse todos aquellos que hubiesen judaizado.

A la mañana siguiente, muy temprano, por conocer el verdadero alcance de los edictos, don Juan de Sevilla y don Fernando de Meneses se presentaron en el Hospital de la Piedra. Al cruzar la puerta de la sacristía, antes de que se sentasen a la mesa, el padre Romasanta pudo vislumbrar, en sus conturbadas expresiones, la angustia y la incertidumbre, el temor que la llegada de la Inquisición había sembrado en sus corazones.

–¿Qué hacer, padre? –preguntó don Juan–. Se dice que, a los conversos, nos sale a cuenta presentarnos en el plazo con alguna nadería, aunque sea falsa; se dice que, las más de las veces, los inquisidores se muestran benevolentes y te despachan con unos pocos rezos.

–Y con la bolsa vacía –puntualizó don Fernando–, es público que, en el nombre de Dios, quieren saquear nuestras haciendas.

Don Santiago le amonestó con la mirada.

–Si no queréis comprometerme, ni veros comprometidos, os ruego que midáis vuestras palabras; otros, por menos, han terminado condenados por el Santo Oficio –le advirtió, muy serio. Luego, dirigiéndose a don Juan, replicó–: abandonad toda idea de reconciliaros con falsedades, por leves que sean; los padres inquisidores están muy lejos de ser unos necios y, si os aprietan, que os apretarán, corréis el riesgo de salir perdiendo mucho más que unas pocas monedas.

Don Juan asintió, tomando por bueno aquel consejo.

–También, se anda diciendo que no conviene precipitarse –continuó con impaciencia–, que aguardar es lo más sensato, que los inquisidores le cogerán miedo a Toledo y que, más temprano que tarde, terminarán por marcharse.

–¿Y cómo habrían de coger miedo? –inquirió, curioso, el padre Romasanta.

Comprendiendo que había dado un paso en falso, que había dicho lo que tenía que haber callado, don Juan se mostró vacilante. Al cabo de unos segundos, secreteó:

–Se trata solo de rumores, pero, por lo que se escucha en las calles, por lo que he podido oír, algunos conversos andan confabulando.

–¿Confabulando para qué? –quiso saber el sacerdote.

–¿Para qué va a ser, padre, sino para acabar con los inquisidores? –intervino don Fernando–. Y no se trata de rumores; ya está puesta fecha; será la semana próxima, en el día del Corpus.

Como un rayo, el padre Romasanta saltó de la silla, se llegó hasta la puerta, la abrió, asomó la cabeza y, tras comprobar que no había nadie al otro lado, volvió a cerrarla.

–¿Habéis perdido el juicio?, ¿acaso queréis acabar con una soga al cuello? –dijo, a media voz, al tiempo de regresar a la mesa–. Por amor de Dios, cuidaos de propagar y, menos aún, de participar en conspiraciones que a nada llevan; no seáis ingenuos y pensad que ese rumor, si ha llegado hasta vuestras mercedes, con mayor fuerza habrá de llegarle al corregidor, que tiene, por todas partes, puestas orejas.

–¿Qué hacer, padre? –repitió don Juan–, decidnos cómo obrar, siempre hemos fiado a vuestros consejos.

Don Santiago miró a sus benefactores con lástima. Sabía que, por muchas instrucciones, por muchos consejos, solo un milagro lograría sustraerlos al escrutinio de los inquisidores. A diferencia de otros conversos de Toledo, que cumplían con los preceptos cristianos, don Fernando y don Juan no solo seguían practicando abiertamente ciertas costumbres hebreas, sino que sentían verdadero desapego por

la doctrina cristiana, al punto de desconocer sus liturgias y sus fundamentos más primarios.

–Se me ocurren, para salir de esta encrucijada, tres caminos –dijo, al cabo, el padre Romasanta–. Si bien todos ellos, debo advertiros, están sembrados de abrojos.

–Decidnos qué caminos son esos, padre, que nosotros ya nos ocuparemos de escoger el menos malo –le apremió don Juan.

El padre Romasanta cruzó las manos sobre la mesa y suspiró.

–Podéis considerar, primero, presentaros a los inquisidores y declararlo todo, sin falsedades y sin dejaros nada –dijo–. Por lo que yo conozco, que solo es parte, tendríais que reconocer que guardáis los sábados y no descansáis los domingos, que en vuestras casas se deseba la carne y no se come ni congrio ni tocino, que no asistís a las misas en vuestra parroquia ni acompañáis a las procesiones, que no conocéis bien los sacramentos ni las liturgias cristianas, y que, por no haber tenido nunca confesor, jamás habéis tenido la oportunidad de redimiros de vuestros pecados.

–¿Y, de recorrer ese camino, qué podemos esperar? –preguntó don Fernando.

–No vayáis a pensar que, a ojos de la Inquisición, vuestros errores son poca cosa –advirtió el sacerdote–, pero, si los reconocéis a tiempo, si os mostráis sinceramente arrepentidos y juráis no volver a ellos, si admitís que todo ha sido por ignorancia, los padres quizás se muestren clementes y se conformen con alguna penitencia y algún dinero.

Don Juan y don Fernando, a falta de conocer las cuantías, consideraron que, en última instancia, aquel no era mal arreglo.

–El segundo camino, que pueden tomar vuestras mercedes, es callar y dejar correr los días –prosiguió don Santiago–. Pero debéis conocer los riesgos y saber que vuestro silencio os aprovechará solo durante el periodo de gracia, porque, después, vendrá otro tiempo,

en el que los inquisidores llamarán a testificar a todos los que tengan noticia de otros que hayan judaizado.

Aquella noticia enturbió el ánimo de los mercaderes.

–Entonces, quien sepa de nuestras costumbres y nos quiera mal podrá delatarnos –observó, con preocupación, don Juan.

–No solo quien os quiera mal –confirmó don Santiago–. Cualquier amigo, cualquier vecino, yo mismo, estaremos obligados a denunciar vuestras herejías, so pena de excomunión mayor.

–Vuestra paternidad… –empezó a decir, titubeante, don Fernando.

–No temáis de mí, sois los padres de mis huérfanos, mis hermanos, jamas antepondría mi vida a las vuestras –atajó el padre Romasanta–. Sin embargo, no puedo saber qué dirán otros y temo que, si os delatan y se prueban las acusaciones, os castiguen con el perdimiento de todos vuestros bienes, con la cárcel perpetua, incluso, que os relajen a la justicia seglar.

–Mal negocio es éste, que puede dar en la hoguera con nuestros viejos huesos –se lamentó don Fernando, antes de preguntar–: ¿cuál es el último camino que nos queda, padre?

Mirándolos de hito en hito, el sacerdote les tomó las manos y apretó con fuerza, como si pretendiese infundirles valor.

–Marchaos, huid inmediatamente –dijo con determinación, como empujándolos a tomar aquel último camino–. Y rezad, hermanos, rezad para que nunca os encuentren.

Nadie, en los primeros días, acudió a reconciliarse. Ni una sola alma. El rumor de una conjura para asesinar a los inquisidores y a toda la gente cristiana, cuando saliesen en procesión en el día del Corpus Christi y llegasen a la altura de las Cuatro Calles, había alimentado, en algunos, la vaga esperanza de que el tribunal de la Inquisición terminara por no establecerse. Por fortuna, don Fernando y don

Juan habían desistido de participar en aquella conspiración, pues, tal y como don Santiago predijera, el corregidor, Gómez Manrique, prendió a los conjurados y, en la víspera del Corpus, mandó ahorcar a seis. Al resto, viendo que haciendo justicia de tanta gente la ciudad se despoblaría, impuso penas de dinero, a cada uno como tenía, para sufragar la guerra contra los moros.

A partir de entonces, más movidos por temor a que les quemasen en las hogueras, que por volver a la santa fe católica, algunos conversos, entre los que se contaba don Juan de Sevilla, fueron a reconciliarse.

Don Fernando, por su parte, se decidió por seguir el tercer camino que señalara el padre Romasanta. Al día siguiente del Corpus, pertrechó dos carros, los cargó con sus mejores pañerías y, con motivo de la feria de Segovia, que venía celebrándose por junio, salió de Toledo sin levantar sospechas. Al frente del primer carro, iban don Fernando y su primogénito; el otro, lo gobernaban dos criados de confianza; su esposa, su nuera y su joven nieto, por ser extraño que viajasen a la feria, cruzaron la puerta del Cambrón escondidos entre las cargas.

Una mañana, avanzado el mes de junio, transcurrido un mes desde que el Santo Oficio se estableciera, el padre Romasanta recibió una carta de doña Beatriz, advirtiéndole de cierto criado, cuyo nombre desconocía, que, habiendo llegado al tiempo que la Inquisición, tenía intención no solo de denunciar con falsedades a Johan, por su ascendencia judía, sino que estaba ayudando a su esposo y a su cuñado a elaborar una lista de conversos, al propósito de obtener mercedes y beneficios. El sacerdote, alarmado por aquellas noticias, se dirigió al palacio de los huérfanos, en busca de Martín el Esquila, que seguía ocupando la misma cama desde su llegada al Hospital de la Piedra, y le preguntó por las fechas en las que Johan solía regresar de la feria de Medina del Campo. A

continuación, se dirigió al taller de Diego de Moraleda, para formular la misma pregunta. Por último, se encaminó a la parroquia de Santiago del Arrabal, a la taberna El Ojo de Buey.

–¿Tienes noticias de Johan, sabes cuándo regresa de ferias? –indagó, impaciente, por tercera vez aquella mañana.

–Aún se demorará unos días –respondió Tello, desperezándose.

–¿Cuántos días?

–No lo sé de cierto, solo puedo deciros que acostumbra a llegar a primeros de julio.

–Eso mismo dicen Martín y los criados de don Diego –refunfuñó el sacerdote.

–¿Se puede saber qué os preocupa, padre? –se interesó Tello, sorprendido del apremio que traía el padre Romasanta.

Don Santiago no respondió. Abstraído, se giró y miró al fondo de la taberna.

–¿Dónde anda Troilo?

–Ayer partió para Yepes, a recoger unas cargas de vino.

–¿Y cuándo regresa?

–Si Dios quiere, en dos días.

El padre Romasanta movió la cabeza de un lado a otro.

–No podemos esperar, se haría demasiado tarde –murmuró, contrariado. Y, volviéndose a su discípulo, le puso la mano sobre el hombro–: escucha bien, Tello, hijo mío, debes ir al encuentro de Johan y, antes de diez días, traerlo de vuelta a Toledo.

Tello se sorprendió de aquella demanda. No era, con mucho, el más capaz de llevarla a término. No solo desconocía la distancia y la ruta que había de seguirse hasta Medina del Campo, sino que jamás había cabalgado, de seguido, más allá de tres leguas. No obstante, por sacar del apuro al padre Romasanta, acabó comprometiéndose.

–Si logro encontrarlo, querrá saber los motivos de vuestra urgencia –dijo.

El sacerdote se inclinó hacia delante y, al oído, le susurró:

–Dile que, pasados diez días, los inquisidores tendrán su nombre sobre la mesa.

Apenas unas horas más tarde, Tello partía en compañía de Andrés Ruiz, el Zamorano, arriero que había sido de la cuadrilla de Esteban Vizcaíno, a cuenta del mantenimiento de las mulas, la pitanza, el aposentamiento, treinta maravedíes diarios y, si antes de diez días regresaban a Toledo, otros cien maravedíes y una noche de recreo en la mancebía.

En la primera jornada, tras siete horas y cubrir seis leguas, hicieron noche a las afueras de Novés. Tello soportó la marcha con holgura y, al día siguiente, después de descansar plácidamente, retomó de buen ánimo el camino, con fuerzas suficientes para recorrer las leguas que le pusieran de por medio. Sin embargo, al llegar el mediodía, rebasados Escalona y Almorox, cuando comenzó a empinarse el camino, las fuerzas empezaron a flaquearle de tal modo que, a la altura de San Martín de Valdeiglesias, tuvo la tentación de detenerse. No obstante, con muchas penurias y otras tantas blasfemias, continuó hasta alcanzar El Tiemblo, donde, por falta de habitación en la posada, volvieron a dormir al raso. Aquella noche, para Tello, fue muy distinta de la primera. El cansancio y el frío le mantuvieron despierto hasta bien entrada la madrugada, y cuando logró conciliar el sueño, le despertó el ajetreo del Zamorano, que ya andaba aprontando las mulas.

–Por amor de Dios, aún no ha amanecido –rezongó, arrebujándose en la manta.

–No soy yo quien tiene la *priesa* –recordó el Zamorano, acercándole una escudilla, con las sobras de la noche pasada–. Piense vuestra merced que, si partimos temprano, a la tarde nos llegamos a Ávila, donde nos aguardan buenas viandas y camas de colchón.

Doce horas más tarde, alcanzaron la venta del Arriero, que se alzaba al sur del recinto amurallado de Ávila.

Tello descabalgó desfallecido, hecho jirones, con principio de calentura y la sensación de no tener un solo hueso puesto en su sitio. Ocho leguas de caminos tortuosos y enriscados le habían dejado maltrechas las nalgas, desollados los pies y despellejadas las orejas y las narices, por el sol de justicia que les había acompañado durante toda la jornada.

–Unas quince leguas –respondió el Zamorano, cuando Tello, durante la cena, le preguntara por lo que restaba de viaje. Luego, por darle ánimos, agregó–: no desfallezca vuestra merced; los caminos, por estas tierras, son llanos y en dos jornadas, a lo más, nos vemos a las puertas de Medina.

Sintiéndose enfermo y sin fuerzas para continuar, ni un día más, con aquella marcha espartana, Tello comprendió que, a partir de entonces, su compañía resultaría un lastre.

–¿Y, de viajar solo, podríais salvar esas quince leguas en una jornada? –preguntó.

El Zamorano entrecerró los ojos y torció la boca.

–Siempre que a mi bolsa le aproveche, puedo correrme Castilla de cabo a cabo –dijo, ufanándose y dejando a las claras que no lo haría de balde. A continuación, por no perder el negocio, añadió–: no es poca cosa lo que vuestra merced me está pidiendo, pero, partiendo de madrugada y mudando de mula a medio camino, puedo aseguraros que mañana, antes de la medianoche, como que me dicen el Zamorano me planto en Medina.

El Zamorano partió mucho antes de los cantos de gallo, con la promesa de recibir, a más de una segunda noche en la mancebía, el doble de los maravedíes que, en un principio, tenían apalabrados, y dieciocho horas más tarde, sin descanso y cambiando tres veces la montura, se hallaba, tal y como había previsto, frente a la casa de

doña Elvira la Trapera, donde estaban aposentados don Diego y Johan.

Al día siguiente, al anochecer, Johan entraba en la venta del Arriero, para recibir el mensaje que Tello le estaba guardando; y dos días más tarde, corriendo postas, llegaba a Toledo, a tiempo de demandar audiencia con los inquisidores, una vez recibidas las oportunas instrucciones del padre Romasanta.

La declaración, registrada por notario y formulada en presencia de los padres inquisidores, don Pero Díaz de la Costana y don Vasco Ramírez de Ribera, se verificó la tarde del tercer día del mes de julio, una vez que Johan jurase, besando una cruz, que todo cuanto iba a manifestar era verdadero.

Empezó por decir su nombre, su estado, su oficio, el nombre de su maestro y la parroquia donde estaba avecindado. A continuación, siguiendo el consejo del padre Romasanta, con humildad pidió perdón, si bien amparándose en las obligaciones de su oficio, por haberse personado el último día del periodo de gracia. De seguido, manifestó que, durante cuatro años, había recibido instrucción católica en el Hospital de la Piedra, que cumplía con todos los preceptos que la Santa Madre Iglesia mandaba y que se tenía, y en su parroquia le tenían, por buen cristiano. Confesó, por último, que no se presentaba a declarar para reconciliarse con la Iglesia, pues nunca había incurrido, que supiera, en delitos de herejía, sino para precaverse, por estar circuncidado, de insidias y calumnias que, por envidias o rencores, pudiesen llegar a oídos de los reverendos padres.

Llegaron las preguntas de los inquisidores.

Y, con las respuestas, sus interminables y perturbadores silencios, tratando de sembrar incertidumbre y desasosiego en el ánimo de Johan.

Al caer la tarde, cumplida un hora de interrogatorio y con la advertencia de que su declaración no le eximía de futuras pesquisas,

Johan abandonó las casas de la Inquisición y se dirigió al Hospital de la Piedra, en cuya sacristía, deseosos de noticias, esperaban, además del padre Romasanta, don Diego de Moraleda, Martín el Esquila, el Gacela, el Morrón y Tello, que había regresado aquella misma mañana, jurándose que jamás volvería a echarse a los caminos, así le arrojasen a las llamas del infierno.

–¿Y, después de conocer que eres circunciso, qué han preguntado? –quiso saber el padre Romasanta, una vez que Johan repitiera su declaración, punto por punto.

–Tal y como vuestra paternidad me anticipara, se han interesado por mis antepasados, por saber si eran cristianos nuevos o judíos –respondió Johan–. He declarado que nunca llegué a conocerlos, que me arrebataron de Toledo cuando era niño, pero que me creía nacido de padres hebreos, por estar circuncidado y por todo cuanto me habían dicho mis antiguos amos de Sevilla.

–¿Y lo han dado por bueno?

–Sí, padre, lo han dado por bueno.

El padre Romasanta cerró los ojos y soltó un interminable suspiro.

–¡Gracias a Dios! –exclamó.

Por no perderse en la conversación, de la que todos parecían al tanto, don Diego de Moraleda tomó la palabra:

–Disculpad mi ignorancia, don Santiago, pero qué importa que Johan venga de conversos o de judíos, dónde está la diferencia.

–La diferencia es tanta como el agua y el aceite –respondió el sacerdote–. Si los inquisidores le tienen por judío de nacimiento, estar circuncidado no es ningún delito, es lo natural en aquellos que profesan las leyes hebreas y, siempre que cumpla como buen cristiano, nada pueden reprocharle. Por el contrario, si sospecharan que viene de conversos, el asunto pintaría distinto, pues, siendo

cristianos y habiéndole circuncidado, sus padres serían tenidos por herejes y Johan cargaría con las culpas.

–¿Qué culpas? –se sorprendió don Diego–. ¿Acaso los hijos pagan por los errores de los padres?

–Y por los de los abuelos –añadió el Morrón–. Las condenas a los herejes alcanzan hasta dos generaciones. Lo sé muy bien, de cuando pasé por Sevilla.

–¿Y qué es lo que sabes? –se interesó el Gacela.

–Que los descendientes de los condenados, por las humillaciones que reciben, las más de las veces prefieren estar muertos a seguir vivos –contestó, muy serio, Troilo, antes de recordar–: conocí a cierto hombre de Carmona, cuyo padre había sido condenado por hereje, diez años después de fallecido. Los inquisidores le impusieron desenterrar al padre difunto y echar los huesos a la hoguera, le confiscaron todo cuanto había heredado, que no era poco, y las ganancias conseguidas, y, por si todo aquello no bastara, a él y a sus tres hijos, entre otras muchas privaciones, les vetaron, de por vida, para servir como testigos, para llevar granas y joyas o para desempeñar cargos públicos y otros muchos oficios.

Aquel relato, que parecía, por extraordinario, sacado de la imaginación, provocó un largo silencio, que el padre Romasanta aprovechó para retomar el hilo de la madeja y seguir indagando. Quería cerciorarse de que Johan había salido airoso del encuentro con los inquisidores y estaba deseoso por conocer las preguntas, las respuestas, todos los pormenores de la declaración.

Johan aseguró que, a todas las cuestiones que le habían planteado los padres inquisidores, había respondido con firmeza, sin vacilaciones que pudiesen comprometer a nadie, ni conducir a error. Había declarado que guardaba los domingos y las fiestas mayores, que nunca había compartido mesa ni negocios con judíos, que jamás, ni estando enfermo, había consumido carne los días vedados por la

iglesia, que rezaba a diario el Padre Nuestro, el Credo y la Salve Regina, que todos los domingos asistía a la misa, allá donde estuviese por razones de su oficio, y que no solo se confesaba por Cuaresma, sino tres o cuatro veces por año, a demanda de sus pecados y su conciencia. Del mismo modo, con la misma determinación, había entrado en los asuntos doctrinales, manifestando que tenía fe en la Trinidad y en la venida del Espíritu Santo, que creía en el purgatorio y en las indulgencias plenarias de difuntos, que Jesucristo era el verdadero y único Mesías, que su cuerpo estaba presente en la celebración de la eucaristía, que había nacido de María Virgen, y que, tras la Pasión, había resucitado y ascendido a los cielos. Por último, había declarado, ante la insistencia de los inquisidores, que no tenía noticia de cristiano alguno que, a escondidas o abiertamente, hiciese *cosas de judíos*.

–Solo una pregunta me ha sacado del sitio –acabó diciendo–. Al conocer que tenía por costumbre confesar varias veces por año y después de decirme, con halagos, que siendo buen cristiano no necesitaba de tantas confesiones, me han preguntado si nunca había escuchado decir que, para el perdón de los pecados, no hace falta valerse de un confesor, que con el sincero arrepentimiento basta.

El padre Romasanta arrugó el ceño.

–¿Y, a eso, qué has dicho? –preguntó.

–Que negar al confesor la potestad de perdonar es de malos cristianos –respondió Johan– y que jamás había escuchado, de nadie, nada parecido.

Por no perderse de nuevo en la conversación, don Diego volvió a intervenir:

–Es de maravillar que los inquisidores recomienden prescindir del confesor y fiar el perdón al arrepentimiento –dijo–. ¿Acaso tales consejos no van contra la Iglesia?

–No solo son contrarios a lo que manda la Santa Madre Iglesia, sino que pueden tenerse por herejía –constató Johan.

–¿Y por qué razón te han sugerido semejantes cosas? –insistió don Diego.

–Por ponerle a prueba –medió Martín el Esquila–. Las insinuaciones de los inquisidores, que ni la iglesia ni ellos mismos toleran, forman parte de la doctrina del sacramento de la Penitencia y Reconciliación que, de siempre, nos ha enseñado el padre Romasanta. Todos los que nos hemos criado en el Hospital de la Piedra, hemos aprendido que la confesión solo sirve al propósito de conciliar al pecador con los miembros de la Iglesia, ya que solo Dios, mediante el acto de contrición, tiene potestad para perdonar los pecados.

Al escuchar aquella respuesta, don Diego comprendió que el interés de los inquisidores no era tanto por Johan, como por conocer si el padre Romasanta iba divulgando aquellas enseñanzas heréticas.

–¿Cómo os explicáis que, llevando poco más de un mes la Inquisición en Toledo, ya sepan de vuestras doctrinas? –preguntó, mirando al sacerdote–. Hasta hoy, yo nunca las había escuchado y ya va para seis años que os vengo conociendo.

El padre Romasanta meditó su respuesta, la manera de contar lo que sabía, sin comprometer el nombre de doña Beatriz.

–Alguien les habrá puesto sobre aviso –se anticipó el Gacela.

–Y bien pudiera ser uno de nuestros hermanos –señaló Martín–, todos nos hemos educado con esas enseñanzas y conocemos sus riesgos.

–Tenemos un Judas en la cofradía –apuntó Troilo.

–No hay Judas que valga –descartó Tello–. Si alguien ha ido a los inquisidores, no puede ser otro que el canónigo de Santa María, ese canalla de don Pascual, que no desaprovecha la ocasión de enredar, para comprometer al padre.

–Don Pascual no sabe de doctrinas, es un ignorante –argumentó Martín.

–Alguien se las habrá dicho, no cabe otra –se reiteró el Gacela, retornando al punto de partida.

Por frenar aquella rueda de conjeturas, el padre Romasanta levantó las manos.

–Hace unas semanas, en el arca de la limosna del pan, hallé una carta anónima, advirtiéndome de los García Belmonte –empezó a decir, cuidándose de nombrar a doña Beatriz–. A decir de la carta, andan elaborando, ayudados de cierto criado, un registro de cristianos nuevos que, teniendo motivos, no hayan ido a reconciliarse, con el ánimo de reclamarles favores, dineros o mercedes, a cuenta de no denunciar sus herejías. En esa lista están escritos los nombres de don Juan y don Fernando, nuestros benefactores –y, volviéndose a Johan, añadió–: y, también, el tuyo, de ahí mi insistencia en que declarases a tiempo; de lo contrario, los inquisidores, a no más tardar en unos días, te hubiesen llamado a capítulo.

–Cuidaos de esos hermanos, que son demonios, padre –advirtió don Diego–. Ya habéis perdido a dos de vuestros benefactores y, si no le ponéis remedio, muy pronto acabaréis por perderlo todo.

El padre Romasanta palmeó la mano del mercader.

–Despreocupaos, don Diego –dijo–, Dios escuchará mis plegarias y, como otras tantas veces ha hecho, sabrá guardarnos de nuestros enemigos.

Al día siguiente de la declaración de Johan, ya cumplido el primer término de gracia, se asignó un nuevo plazo de sesenta días, a los que, más tarde, se sumarían otros treinta, hasta alcanzar el mes de octubre, para que se presentasen a testificar quienes supieran de otros que hubiesen podido incurrir en delitos de herejía. En esta ocasión, por cuidarse de que no quedara rincón sin barrer, los

inquisidores llamaron a los rabinos y, tras las amenazas vertidas sobre sus sinagogas, sus haciendas y sus propias vidas, muchos judíos fueron a declarar y *dijeron muchas cosas* contra sus antiguos hermanos de fe.

Las delaciones se multiplicaron.

Y las calles de Toledo, en los meses que siguieron, se volvieron hiel.

En ese tiempo, ya mediado octubre, después de que los primeros herejes, que habían sido condenados en Ciudad Real, fuesen quemados en el llamado *brasero de la dehesa*, el padre Romasanta recibió una segunda carta de doña Beatriz, anunciándole su regreso y su intención de personarse en el Hospital de la Piedra, el mismo día que la caravana de mercaderes tenía previsto viajar a la feria de octubre de Medina del Campo.

Don Santiago no veía el momento del reencuentro y, aquella mañana de martes, una vez que los alumnos, Perucho y Martín el Esquila partiesen al mercado, regresó a su celda y, por primera vez en mucho tiempo, se entretuvo mirándose en un trozo de espejo que, entre sus escasas pertenencias, tenía envuelto en un paño. Después, se dirigió al portal, entornó la puerta de la calle, como siempre hacía, para que doña Beatriz escogiese el momento propicio de franquearla, y se sentó a esperar. No obstante, al poco se puso en pie y, echándose las manos a la espalda, empezó a caminar en círculo, con los ojos clavados en la puerta, como si mirarla con insistencia hiciese correr más aprisa los minutos. Más tarde, aburrido de tanta vuelta, se decidió por pasear en línea, saliendo al patio, llegándose hasta el muro frontero y regresando al punto de partida. Y así continuó, una y otra vez, consumiéndose de impaciencia, ora yendo y viniendo, ora recorriendo círculos, hasta que, pasadas las once de la mañana, doña Beatriz cruzó la puerta.

–¡Qué alegría, padre, qué alegría, solo Dios sabe cuánto os he echado de menos! –exclamó. Y, yendo al encuentro del sacerdote, que se hallaba en medio del portal, le estrechó entre sus brazos–: ¿Y vos habéis pensado en mí, me habéis añorado?

El padre Romasanta, que no se había visto en otra, se quedó paralizado, como aturdido, sin saber qué decir, ni qué partido tomar para salir airoso de aquellas incómodas preguntas, de aquellas calurosas muestras de afecto, y, en un primer instante, pensó en dar un paso atrás, en zafarse de los brazos de su benefactora. Apenas un segundo más tarde, cambió de parecer y consideró más sensato no escandalizarse, dejar que doña Beatriz se manifestase a su antojo. Después de todo, les unía una amistad de años. No obstante, viendo que doña Beatriz no acababa de soltarse, terminó por dejarse llevar e hizo lo que muchas veces había imaginado, pero nunca había tenido el valor de hacer: la abrazó, inclinó la cabeza y, cerrando los ojos, aspiró su fragancia, como si quisiera retener, para siempre, aquel instante de flaqueza.

–Cada minuto, de cada día, os he echado en falta –pensó.

Pero no dijo nada.

Salieron al patio, paladeando la complicidad de aquel inesperado momento, y se sentaron bajo el parral, cuyas hojas, las que aún quedaban tras los primeros envites del otoño, se marchitaban entre el verdor de los redrojos, ya rendidas al siguiente golpe de viento.

El padre Romasanta, aún abrumado por el anterior momento de debilidad, tomó las riendas de la conversación, recordando la carta que doña Beatriz le había enviado dos meses atrás, gracias a la cual, Johan había tenido oportunidad de presentarse a los inquisidores. Doña Beatriz aseguró estar al tanto. En la lista de conversos, que su esposo custodiaba, había tenido ocasión de leer no solo la fecha en la que Johan había declarado, sino el destino que habían corrido don Fernando de Meneses y don Juan de Sevilla. El sacerdote se interesó,

entonces, por saber si le había puesto rostro al criado que había instigado a elaborar aquel vergonzoso registro, a lo que doña Beatriz contestó que, habiendo regresado apenas hacía unos días, por el momento no sabía más de lo que ya había escrito en su carta.

–¿Y por qué habéis anticipado vuestra vuelta? –terminó por preguntar el padre Romasanta–. Si no recuerdo mal, la teníais prevista para principios del invierno.

–Mi esposo partió ayer para Burgos, he regresado para ocuparme de mi casa –desveló doña Beatriz–. Y, también, he querido anticiparme por traeros nuevas, que no veo el momento de daros.

–¿Y qué nuevas son esas, que no pueden aplazarse?

Doña Beatriz se deslizó hasta un extremo del banco y, como si fuese el precio para seguir con sus confidencias, esperó a que el padre Romasanta, que se hallaba enfrente, fuera a sentarse a su lado, al otro extremo.

–Mi señor padre, que Dios tenga, aunque nunca llegó a conoceros, os tenía mucha estima y admiraba vuestra obra, como bien sabéis, por lo que, antes de fallecer, quiso contribuir al bienestar de vuestros huérfanos –empezó a decir–. A tal propósito, hará cosa de un mes, al tiempo de traspasar su negocio de paños a cierto mercader de Burgos, le impuso, como condición, que soportase, por un determinado tiempo, los gastos corrientes de vuestro hospital –y, poniendo su mano sobre la mano del sacerdote, mostrando su mejor sonrisa, remató–: escuchad bien, padre, porque he venido a deciros que contáis con un nuevo benefactor, un hombre bueno, del que recibiréis, cada primero de mayo y durante los próximos veinte años, hasta cuarenta mil maravedíes, que podréis emplear como mejor os venga y sin rendirle cuentas a nadie.

Don Santiago no dijo nada. Su rostro, contenido de emoción, reflejaba una inmensa gratitud, que no hubiera podido expresar con palabras.

–¿Y, vos, le conocéis, conocéis a mi nuevo benefactor? –acabó por preguntar.

–Hará más de quince años que le conozco, su nombre es Ramiro de Burgos.

–¿Habláis del mismo don Ramiro, patrón de Johan?

Doña Beatriz asintió.

–¿Y cómo sabéis que cumplirá su parte? –preguntó don Santiago.

–Cumplirá porque es hombre de honor, porque toda su fama se la debe a mi familia y jamás traicionaría la voluntad de mi padre –aseguró doña Beatriz–. Además, al contrato de venta se añadió cierta cláusula, de la que recibiréis copia en breve, donde se expresa tanto el plazo como la cuantía del beneficio que os corresponde.

El padre Romasanta se quedó pensativo, clavando sus ojos en los de doña Beatriz, como si quisiera sorberle los pensamientos.

–Vos no habéis regresado para haceros cargo de vuestra casa, os sobran criados de confianza que se ocupen de ella –dijo–; ni por participarme estas nuevas, que podíais haberme trasladado en vuestra primera carta o haber esperado al invierno –añadió–. Vos, señora, habéis vuelto por razones bien distintas, razones que os preocupan y que, por temor a decirlas, estáis demorando a propósito.

Doña Beatriz sonrió con timidez y, como siempre que tenía algo comprometido que decir o se veía apurada, se frotó con fruición los dedos de las manos.

–No andáis equivocado, padre, hay otro motivo por el que he precipitado mi regreso –acabó por admitir–. Necesito vuestra ayuda, vuestro consejo para escribirle una carta a don Pedro Gonzalez de Mendoza. Vos, mejor que nadie, conocéis las leyes de Dios y de los hombres y sabréis escoger las palabras oportunas, para que sea indulgente y me conceda lo que quiero pedirle.

–¿Y qué queréis demandarle al señor Arzobispo?

–El consentimiento de la Iglesia –respondió doña Beatriz–, para abandonar mi casa y empezar, apartada de mi esposo, una nueva vida.

El padre Romasanta movió la cabeza de un lado a otro, como si, para digerir lo que acababa de escuchar, necesitara sacudirse de otros pensamientos.

–El sacramento del matrimonio es sagrado, no está para romperse por un arrebato de debilidad, ni por caprichos pasajeros –dijo, impelido por su condición ministerial–. Deberíais recapacitar, señora, tomaros un tiempo antes de dar un paso del que, más tarde, podríais arrepentiros.

–Recapacitar –repitió, quedamente, doña Beatriz, como si aquel consejo le viniese demasiado pequeño–. Ya va para más de quince años que vengo recapacitando, quince largos años soportando maltratos y humillaciones que, por no estar en boca de nadie y no dar motivo de escándalo a mi señor padre, que Dios perdone, hasta ahora he preferido callarme.

Aquella declaración, por venirle de nuevas, despertó un repentino sentimiento de culpa en el padre Romasanta. ¿Cómo, después de tantos años de amistad, podía haber estado tan ciego? ¿Cómo, después de tantos encuentros y conversaciones, de tantos favores recibidos a cambio de nada, podía haber sido tan descuidado, tan incapaz de ver la desdicha, la desgraciada vida que doña Beatriz acababa de confesarle?

–Perdonadme, señora, por mi ceguera, por no haber mirado por vos cuando lo necesitabais –dijo.

–No os culpéis por ignorar lo que, por vergüenza, me he cuidado de ocultaros –le consoló doña Beatriz, antes de volver a preguntar–: ¿escribiréis esa carta en mi nombre?

El sacerdote asintió.

–Escribiré cuantas cartas necesitéis –dijo–. Pero, además de buenas razones, habréis de darme tiempo. La nulidad matrimonial, que es lo que pretende vuestra merced, necesita de sólidos fundamentos.

–Despreocupaos por las razones, que no habrán de faltaros –aseguró doña Beatriz–. En cuanto al tiempo, os ruego que la tengáis escrita, a no más tardar, en el plazo de un mes.

–¿Y por qué en un mes, a qué tanta prisa? –se extrañó el sacerdote–. Debéis ser paciente y considerar que, en el mejor de los casos, tardaréis meses en tener noticias del señor arzobispo.

–No me preocupa que se demore la respuesta del cardenal, que habrá de llegar cuando Dios lo quiera –respondió doña Beatriz–. Me preocupa qué será de mí, qué suerte habré de correr cuando mi esposo esté de vuelta en Toledo, que será antes de treinta días.

–¿Y qué habríais de temer?

Llamando al ángelus, tañeron las campanas de Santa María. Doña Beatriz miró al cielo, que se veía encapotado, tupido de nubes negras.

–Ya es mediodía –dijo, recogiendo presurosa su escarcela y sus guantes.

–Por amor de Dios, respondedme, decidme qué teméis de vuestro esposo –insistió el sacerdote, asiéndola por el brazo, dispuesto a no soltar hasta obtener una respuesta.

Doña Beatriz bajó la cabeza y levantó la mirada. Su expresión, como la cúpula del cielo, se había ensombrecido.

–Su cólera –dijo–. Temo que, a su regreso de Burgos, cuando sepa la verdad, cuando venga sin la herencia que esperaba traerse, me arroje a las aguas del Tajo o me encierre, por el resto de mis días, entre cuatro paredes.

El padre Romasanta cumplió con el plazo que doña Beatriz le había impuesto y, apenas transcurrido un mes, ya tenía escrita la

demanda para la nulidad matrimonial, que Troilo, en la tercera semana del mes de diciembre, se ocupó de llevar hasta el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, donde, con ocasión del nacimiento de la última hija de los reyes, doña Catalina, se hallaba el arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza. El argumento principal, que don Santiago Romasanta había esgrimido, por asegurar que doña Beatriz lograse sus propósitos, se fundamentaba en los deseos de entregar su vida a Dios.

Por esas fechas don Bartolomé García Belmonte ya había vuelto de Burgos y, si bien había regresado con los humores un tanto revueltos, por no haber recibido la herencia esperada, no trajo el ánimo tan encendido como doña Beatriz había llegado a presumir. La razón estaba en ciertas mandas de su suegro, don Álvaro, que obligaban a don Ramiro de Burgos a aceptar en futuros negocios a don Bartolomé, hasta completar un montante de diez millones de maravedíes.

Johan sería el primero en conocer aquella última voluntad de don Álvaro, a través de una carta, enviada por su patrón, don Ramiro, y que debía entregar a don Bartolomé García Belmonte, donde se expresaban las condiciones necesarias para participar en cierto negocio, que vendría a consumarse el próximo mayo, en la feria de Medina.

A tal propósito, el día antes de Navidad y después de mandar aviso, Johan se personó en la casa de don Bartolomé. Era la primera vez que ponía sus pies en aquella casa, sin embargo, al cruzar el patio, para dirigirse al escritorio de las sedas, donde le esperaban don Bartolomé y su hermano, don Pascual, el canónigo de Santa María, tuvo la impresión de que no era la primera vez que la visitaba.

–¿Acaso don Ramiro ha perdido el juicio? –exclamó don Bartolomé, en cuanto leyó las exigencias.

–Hágase cuenta, vuestra merced, que se trata de dos barcos, cargados con mil quinientas piezas de escarlatas de Londres –explicó Johan–, y de cuyos beneficios participaréis, con mi señor, a partes iguales.

–Dos barcos, a partes iguales –repitió don Bartolomé, llevándose la mano al mentón–. ¡Y desembolsar cinco millones de maravedíes!

–Que triplicaréis en menos de un año –recordó Johan–. Mi patrón, como podéis leer en su carta, asegura que ya tiene apalabradas, para enviar a Florencia, más de dos terceras partes.

Don Bartolomé se quedó pensativo, mirando a su hermano. Ambos sabían que tendrían que recurrir a los prestamistas y poner en riesgo la mayor parte de su patrimonio.

–¿Qué garantías ofrece tu patrón? –preguntó el canónigo.

–En estos negocios, venerable señor, no hay garantías que valgan, salvo el buen nombre y la fama de mi amo –respondió Johan. Luego, volviéndose a don Bartolomé, añadió–: mi patrón desea recordaros que las mandas de vuestro señor suegro, don Álvaro, que Dios tenga, no os obligan a participar en este negocio y que, si os viene mal, podéis esperar a que se presente mejor ocasión.

Durante unos interminables segundos, los hermanos cruzaron las miradas. Don Pascual, que era quien en realidad tomaba la decisión, discretamente asintió.

–¿Para cuándo se precisaría el dinero? –preguntó don Bartolomé.

–A más tardar, una semana después del año nuevo –respondió Johan.

–Así será –aseguró don Bartolomé, despidiéndole con la mano.

Al salir del escritorio de las sedas, con cierto sentimiento de culpa por sentirse partícipe en el enriquecimiento de los mayores enemigos del padre Romasanta, Johan se cruzó con un hombre joven, vestido de grana, que, al igual que aquel patio, le resultaba familiar. Al llegar

a la puerta de salida, movido por la curiosidad, preguntó al anciano criado que le acompañaba:

–¿Quién es?

El viejo extendió la mano y esperó a que Johan le soltase alguna moneda.

–El nuevo criado del hermano de mi señor; vino de Villareal, hará seis meses, al tiempo de llegar el Santo Oficio –discreteó, antes de añadir, con cierta maldad–: se hace llamar Alonso, aunque todos, a la espalda, le dicen el garañón de don Pascual.

Johan frunció el ceño.

–El Niño Alonso –murmuró, para sus adentros.

El Gacela, el Esquila, el Morrón y Tello, cuando, aquel mismo día, Johan les informara de la presencia del Niño Alonso en Toledo, comprendieron que había sido él, y no otro, quien despertara el interés de los inquisidores por la doctrina de la Reconciliación y Penitencia, que venía impartiendo el padre Romasanta; que había sido él, y no otro, quien elaborara la lista de conversos. Y comprendieron, también, que estando a servicio de don Pascual García Belmonte, nada bueno podía traer al Hospital de la Piedra.

Sin embargo, los acontecimientos que vendrían a sucederse en las semanas siguientes, hicieron que, por un tiempo, se despreocuparan de su regreso.

En el mes de febrero, ya entrado el año de 1486, coincidiendo con el primer domingo de Cuaresma, vino a celebrarse el primer auto de fe contra todos aquellos que, bien por no haberse reconciliado durante los periodos de gracia, bien por haberlo hecho con medias verdades, habían sido señalados por el Santo Oficio.

Hasta setecientas cincuenta personas, pertenecientes a siete parroquias toledanas, salieron en procesión de San Pedro Mártir hasta la Iglesia Mayor, recorriendo las mismas calles que se recorrían el día del Corpus. A pesar del frío, que calaba hasta los mismos

huesos, iban en cuerpo, con las cabezas descubiertas, con simples soletas en los pies, sosteniendo candelas de las manos. Muchas gentes de la comarca que, por ver aquellas humillaciones, se habían llegado hasta Toledo, ocupaban cada centímetro de calles y plazas. Al paso de los penitenciados, unos jaleaban, otros escupían, otros insultaban, otros guardaban silencio, compadeciéndose de verlos en aquellas miserias. Al llegar a la Iglesia Mayor, por la puerta nueva, les esperaban dos capellanes que, tras hacerles la señal de la cruz en la frente, iban diciéndoles: *Recibe la señal de la cruz, la cual negaste y mal engañado perdiste*. Luego, pasaron a la iglesia, donde, sobre un cadalso, aguardaban los padres inquisidores para decir misa y predicarles, y un notario que fue llamando a cada uno por su nombre, para leer públicamente las cosas en que había judaizado. Después, se leyeron las penas con las que habrían de purgar sus pecados. Se les penitenció a seis viernes de ayuno, y a seis viernes de procesión, en los que debían salir sin calzas y sin bonetes, disciplinándose las espaldas con cordeles de cáñamo hechos nudos; les condenaron a no tener, en todos los días de su vida, oficio público o a que lo perdiesen en caso de tenerlo, así como a no poder ejercer de cambiadores, boticarios, especieros y otros oficios de pecheros; se les impuso que no pudiesen vestir grana, ni paños de color, ni llevar oro ni plata, ni perlas, ni joya alguna; ni traer armas; ni valer como testigos; ni cabalgar a caballo. Se les requisó un quinto de su hacienda, para la guerra contra los moros, y les advirtieron que, incumpliendo las penitencias o siendo relapsos, acabarían condenados al fuego.

Al mes siguiente, por abril, en el domingo de Cuasimodo, se verificó el segundo auto de fe, en el que fueron penitenciadas, del mismo modo y con las mismas penas, hasta novecientas personas, pertenecientes a las parroquias de San Román, San Salvador, San Cristóbal, San Zoilo, San Pedro y San Andrés.

Llegado el primer día de mayo, el padre Romasanta celebró su reunión anual, en compañía de don Diego de Moraleda y de los miembros fundadores de la cofradía de los Hermanos del Hospital de la Piedra. Por primera vez, no acudió ninguno de sus primitivos benefactores. Doña Mira había fallecido unos meses antes, don Fernando de Meneses andaba huido, nadie sabía dónde, y don Juan de Sevilla, por haberse reconciliado con falsedades, se hallaba preso en las cárceles de la Inquisición. No obstante, el padre Romasanta, como si nada hubiera sucedido, repasó las cuentas, habló del estado de los expósitos y de las obras del hospital para niñas huérfanas, que ya habían concluido, a falta de la provisión de los muebles y los ajuares. Por último, para tranquilidad de todos, anunció la dotación anual de cuarenta mil maravedíes, que recibiría el Hospital durante los próximos veinte años, preservando no solo el nombre de doña Beatriz, como siempre había hecho hasta entonces, sino también el de don Ramiro de Burgos.

A la mañana siguiente, se citaron doña Beatriz y el padre Romasanta, como cada segundo día de mayo. En esta ocasión, se encontraron a las puertas de la catedral de Santa María, al término de la misa mayor. Apenas se vieron durante un instante e intercambiaron unas palabras, para que doña Beatriz supiera que, transcurridos cuatro meses, aún no había respuesta a su demanda de nulidad matrimonial. Apenas un instante, para que el padre Romasanta recibiera el documento que le autorizaba, a través de cierto banquero toledano, a disponer de los cuarenta mil maravedíes, enviados por don Ramiro de Burgos. Apenas un instante, para despertar el interés del Niño Alonso, que, desde la distancia, les observaba sin pestañear.

En esos primeros días de mayo, se inauguró el palacio para niñas huérfanas. Doña Beatriz, aprovechando la ausencia de su esposo, que se hallaba en Medina del Campo tratando sus negocios con don

Ramiro de Burgos, estuvo presente para dar la bienvenida a las primeras cinco chiquillas, que habían sido recogidas de las calles de Toledo. Un armario, tres camas, una alfombra, que cubría la puerta del suelo que daba a la bodega, y los ajuares necesarios para el aseo, conformaban todo el mobiliario.

Entretanto, los inquisidores proseguían su incansable cruzada y, a lo largo de los meses de mayo[*] y junio[**], celebraron procesiones de penitenciados, emitieron edictos en todos los arcedianazgos de Toledo y llevaron a término llamamientos a todos aquellos que hubiesen huido o se hallaran ausentes.

Finalmente, en el mes de agosto, en la plaza de Zocodover, veinte hombres y cinco mujeres, procesados y condenados, fueron relajados al brazo seglar. Con las manos atadas a los pescuezos, cubiertas las cabezas con corozas y vestidos con sambenitos de lienzo amarillo, donde podían leerse sus nombres, al mediodía les condujeron hasta la Vega, donde, sobre grandes hogueras, les prendieron fuego, que *hueso de ellos no quedó por quemar y hacer ceniza*.

Esa misma tarde, poco antes del anochecer, después de que un mandadero, con una nota escrita, se presentara en el Hospital de la Piedra, el padre Romasanta acudió presuroso al Convento de Santa Clara la Real.

–Hace días que llevo pensando en daros aviso –dijo la abadesa, mientras caminaban, recorriendo el claustro de los Laureles–, pero, como vuestra paternidad bien sabrá, doña Beatriz es muy testaruda y, hasta hoy, se había negado.

–¿Doña Beatriz? –se extrañó el padre Romasanta.

La abadesa asintió, antes de continuar:

–Esta mañana, después de llegar un tal don Ramiro de Burgos, a quien hizo llamar hace días, ha solicitado vuestra presencia y la de ese joven.

El padre Romasanta levantó la mirada hacia una de las galerías del claustro y, por primera vez, vio a don Ramiro de Burgos. Johan le acompañaba.

–Reverendísima madre, ¿queréis decirme por qué doña Beatriz se encuentra en esta santa casa? –demandó, consumido de ansiedad.

–Hará ya dos semanas, uno de sus criados, de nombre Andrés Alfarache, la trajo muy maltrecha –respondió la religiosa.

–¿Andrés Alfarache? –repitió, desconfiado, el sacerdote–. Ese hombre no está a servicio de doña Beatriz, sino de su esposo, y, por lo que tengo oído, es el mismo diablo.

La abadesa le miró con condescendencia.

–Ese criado, a quien vos, con poca justicia, llamáis demonio, pensando que nuestras plegarias y nuestros cuidados bastarían, la trajo a las puertas del convento, después de que don Bartolomé la golpease, hasta darla por muerta, y le mandase arrojarla a las aguas del Tajo –y, tras una pausa, remató–: por desgracia, nuestros esfuerzos han sido en balde y Dios, que es todo misericordia, muy pronto la llamará a su seno.

Al escuchar aquellas palabras, don Santiago sintió una punzada en el pecho, como si, en aquel instante, estuvieran atravesándole el corazón con una daga.

–Llevadme junto a ella, reverendísima señora, os lo ruego, llevadme inmediatamente a su lado –dijo.

Don Ramiro de Burgos y don Santiago apenas tuvieron tiempo de cruzar unas breves palabras, aquel de admiración y este de gratitud, antes de que la abadesa les condujese hasta la celda donde se hallaba doña Beatriz. Johan seguía sus pasos, tan sorprendido por descubrir que su patrón se hubiese constituido en el principal benefactor del Hospital de la Piedra, como curioso de conocer las razones por las que doña Beatriz, de quien únicamente tenía noticia por ser la esposa de don Bartolomé García Belmonte, le había convocado.

Doña Beatriz se hallaba tendida sobre un humilde lecho; traía la cabeza cubierta con un verdugo de lienzo blanco; su rostro, no obstante la tumefacción, se veía sereno.

–Gracias a Dios –dijo, en cuanto los tres hombres entraron en la celda.

El padre Romasanta tomó la mano de doña Beatriz y la besó.

–Mi señora… –dijo. Y calló, temeroso de que la voz se le quebrase.

–De nada sirven las lamentaciones, padre –afirmó doña Beatriz–, el tiempo se me acaba y necesito hacer una confesión.

–Vuestra merced no necesita de confesores –replicó el padre Romasanta–. Todos vuestros pecados, si alguna vez, por yerro o imprudencia, cometisteis alguno, con vuestro arrepentimiento y la generosidad que habéis manifestado con los más inocentes, los tenéis más que perdonados.

Doña Beatriz forzó una sonrisa.

–No es con Dios con quien tengo cuentas pendientes, padre, y, de tenerlas, en breve tendré ocasión de arreglarme –respondió. Y, volviendo la vista a Johan, añadió–: es contigo con quien debo reconciliarme, es a ti, Johan García de Laso y Figueroa, pues ese es tu verdadero nombre, a quien debo pedir perdón.

Doña Beatriz, entonces, con voz débil, apagada, se remontó dieciocho años atrás, a los días que su esposo y su cuñado, don Pascual, el canónigo de Santa María, habían asaltado casas de conversos, entre las que se contaban las de don Diego de Moraleda y la de doña Constanza, madre de Johan. Confesó, con un nudo en la garganta, que ignoraba las terribles consecuencias que iban a desencadenarse, pero admitió que sus palabras habían servido para que doña Constanza confiara y terminase por abrir las puertas.

–Tu madre, a quien yo amaba como si fuese la mía propia, falleció aquella misma noche, asesinada por mi esposo, que Dios

maldiga su alma –declaró, entre lágrimas–. Y con ella, perecieron todos sus criados –y, volviendo la vista a don Ramiro de Burgos, añadió–: todos, menos uno, que arriesgando su vida por poner en cobro la tuya, a la mañana siguiente te buscó refugio en casa de unos falsos beatos, que decían los Alarcón.

Tratando de comprender el verdadero sentido de aquellas palabras, Johan miró a doña Beatriz y a don Ramiro de Burgos. Al cabo, tras un momento de duda, exclamó:

–¡Miro!

Don Ramiro no pudo por menos que abrazar a Johan. Llevaba demasiado tiempo guardando aquel secreto. Luego, tomó la palabra y, continuando el relato de doña Beatriz, recordó los acontecimientos que se habían sucedido en aquellos días. Habló de su salida de Toledo y del encuentro con don Bartolomé. Habló de Andrés Alfarache, quien, cumpliendo las instrucciones de doña Beatriz, no solo le protegió, sacándole de aquella huesa en la que le había hecho enterrar don Bartolomé, tras apalearle y romperle todos los huesos, sino que le procuró un criado de su confianza, que le condujo a Segovia, donde, durante semanas se debatió entre la vida y la muerte.

–Cuando logró recuperarse y desvelar tu paradero, le envié lejos de Toledo, a Burgos, a casa de mi señor padre, que Dios tenga –prosiguió doña Beatriz–. Días más tarde, Andrés Alfarache, que siempre fue mi criado más fiel, por protegerte, encargó a cierto rufián, que decían el Tuerto, que te llevase a Sevilla y se ocupase de dejarte en una buena casa. Pero ese hombre te malvendió y te dimos por perdido, hasta que, años más tarde, te encontré en las calles de Toledo y supe que el padre Romasanta te había acogido en su hospital. Desde entonces, he intentado expiar mis pecados, preparando lo necesario para que recibas, con creces, lo que nunca debiste perder –y, tras una pausa, acompañada con un esputo de

sangre, que corrió por la comisura de sus labios, añadió–: imploro tu perdón, Johan, te lo ruego, hijo mío, perdóname.

Johan se llegó hasta ella y la tomó de la mano.

–Dios sabe que contáis con mi gratitud y que no os guardo ningún rencor –dijo–. Tenéis mi perdón, señora.

Con una sonrisa en los labios, doña Beatriz apretó la mano de Johan.

Su rostro se veía sereno.

Al cabo de unos segundos, cerró los ojos y expiró.

El padre Romasanta, se arrodilló al pie de la cama y, por ahogar el llanto, se cubrió el rostro con las manos.

En ese instante, la abadesa entró en la celda y, sin percatarse de que doña Beatriz acababa de fallecer, alarmada dijo:

–¡Corred, padre, aprisa! ¡Vuestro hospital está en llamas!

A media mañana, sentados en torno a una de las mesas y en silencio, se hallaban Tello, Troilo el Morrón, el Gacela, don Diego de Moraleda, Martín el Esquila, Perucho y Johan. El resto de hermanos de la cofradía ya habían abandonado la taberna, donde se habían congregado, una vez celebrados los enterramientos y tras haber pasado la noche sofocando el fuego, que se había prolongado hasta bien entrado el amanecer. Un fuego del que Perucho, el Esquila y los expósitos, cruzando el patio y saltando de tejado en tejado, habían logrado escapar. Las cinco niñas, que ocupaban el nuevo palacio, no habían corrido la misma suerte y, al refugiarse en la bodega, habían perecido asfixiadas por el humo. Alguien, como más tarde declararía Perucho, se había encargado de dejar, por afuera, los agarraderos de las puertas bien trancados.

Todos compartían la misma desolación.

Y la misma rabia, al conocer, por boca de Andrés Alfarache, que el Niño Alonso había sido el artífice de todas aquellas desgracias. Había

sido el Niño Alonso quien provocara la muerte de doña Beatriz, despertando la ira de don Bartolomé, al informarle de que llevaba años beneficiando al Hospital de la Piedra. Había sido el Niño Alonso quien, aprovechando la quema de herejes y acusando de falsas prácticas heréticas al padre Romasanta, alentara a don Pascual, a sus criados y a algunos vecinos a prender fuego al hospital.

El padre Romasanta, por su parte, estaba devastado, no hallaba consuelo, y, aquella mañana, después de enterrar, en el cementerio de San Bernardo, a las cinco huérfanas fallecidas durante el incendio, departía, en el convento de Santa Clara, con don Ramiro de Burgos, en tanto las hermanas Clarisas se ocupaban de amortajar el cadáver de doña Beatriz, para trasladarlo a Burgos, donde, siguiendo sus deseos, recibiría santa sepultura.

–Vos, padre, debéis permanecer en Toledo, para empezar a reconstruir vuestro hospital –repitió, por enésima vez, don Ramiro, ante la insistencia del padre Romasanta en el acompañamiento del cadáver.

–Pero yo… doña Beatriz… –balbució el sacerdote.

–Seguid mi consejo –replicó el mercader–. Buscad un maestro de obras y no reparéis en gastos. Doña Beatriz desearía que vuestros expósitos, sin más demoras, dispusieran de un lugar donde criarse.

El padre Romasanta movió la cabeza, consintiendo.

–Esta misma tarde, antes de que os marchéis, iré al escribano para cederos la propiedad del Hospital y asegurarme de que los García Belmonte desistan en su empeño de arrebatármelo –recordó el padre Romasanta, antes de añadir–: sois un hombre bueno, don Ramiro, Dios nunca podrá olvidarlo.

–Veremos qué dice Dios, cuando cobre las cuentas que tengo pendientes.

El padre Romasanta le miró intrigado.

–¿Qué queréis decir?

–¿Acaso creéis que voy a dejar correr la muerte de doña Beatriz y la de esas pobres niñas huérfanas? –preguntó don Ramiro–. ¿Acaso pensáis que no tengo memoria de lo que ocurrió con doña Constanza y sus criados, de las tropelías que los García Belmonte cometieron en la casa de don Diego de Moraleda y en otras muchas de conversos?

–La venganza es mala consejera, comprometerá la paz de vuestra alma –advirtió el sacerdote.

–Pues que Dios se apiade de ella, don Santiago, porque yo os juro por mi vida, que, como a cada puerco, a los García Belmonte y a ese tal Niño Alonso, muy pronto les llegará su San Martín –sentenció el mercader.

Dos semanas más tarde, habiendo regresado don Ramiro de su viaje a Burgos, y ya iniciadas las obras de reconstrucción del Hospital de la Piedra, Pedrillo Valdés, que trabajaba a las órdenes de Mateo Sarmiento, corrió, como perseguido por el diablo mismo, hasta la colación de San Esteban, a las casas de Johan, donde se alojaba don Ramiro. A continuación, se dirigió a la taberna El Ojo de Buey, en una de cuyas habitaciones se hospedaba el padre Romasanta. Al poco, Pedrillo regresó al hospital. Para entonces, entre los escombros, se había congregado una multitud, que se había ido estrechando en torno a la puerta que, enclavada en el suelo del palacio de las huérfanas, conducía hasta la bodega, la única parte del hospital que no había sucumbido a las llamas y donde, asfixiadas, habían fallecido las cinco niñas.

–¡Apártense vuestras mercedes! –repetía, abriéndose paso, como pertiguero en el día del Corpus, Pedrillo Valdés–. ¡Apártense vuestras mercedes, que ya ha llegado don Ramiro de Burgos! ¡Y con él vienen el padre Romasanta, don Tello y don Johan! ¡Apártense vuestras mercedes!

Descendieron las escaleras, flanqueadas por los peones de Mateo Sarmiento y algunos curiosos, y llegaron al fondo de la bodega,

donde, acompañado de Troilo el Morrón, el Esquila, Blas el Gacela y Perucho, esperaba el maestro de obras.

Varios hachones, colocados en las paredes, iluminaban la estancia.

–Acabamos de encontrarlo, al levantar uno de los poínos –dijo Mateo Sarmiento.

El padre Romasanta miró hacia el suelo, donde le señalaba el maestro de obras, y pudo distinguir, a medio enterrar, un cúmulo de huesos. Junto a ellos, se veían una cruz de madera, de aspecto vulgar, que vendría a medir media vara de largo, y lo que parecía, a primer golpe de vista, la parte superior de una arqueta.

–Envolved los huesos, para su sepultura –dijo el sacerdote–. Desenterrad el resto.

Mateo Sarmiento se hizo con una azuela y, con sumo cuidado, empezó a cavar. Al poco, los huesos quedaron envueltos en un paño de arpillera y los objetos al descubierto. La cruz, consumida por la humedad, se quebró en varios trozos, cuando Mateo trató de alzarla. En cuanto a la arqueta, de un tamaño de dos palmos, a pesar de estar cubierta de tierra, se apreciaba que tenía forma cuadrada y una cúpula piramidal.

–Agua y un paño –reclamó el padre Romasanta.

A un gesto de Mateo Sarmiento, Pedrillo Valdés se hizo con un trozo de lienzo empapado en agua y limpió la arqueta. Era metálica y traía los bordes dorados.

–¡Déjala inmediatamente en el suelo! –exigió, de pronto, el sacerdote.

Pedrillo la soltó como si fuesen ascuas.

–¿Qué ocurre, padre? –inquirió, intrigado, el Esquila.

El padre Romasanta no respondió.

–¿Qué sucede, don Santiago? Parecéis turbado –intervino don Ramiro.

–Lo mejor será dejar esa arqueta en manos de los padres Inquisidores o del cabildo de Santa María –terminó diciendo el padre Romasanta. Y, señalando la cúpula de la arqueta, en cuyo centro se veía una cruz ancorada de color pardo, añadió–: o mucho me equivoco o esa arqueta perteneció a la Orden del Temple.

–¿Y, con eso, qué? –preguntó Mateo Sarmiento.

–Que sus miembros, los caballeros templarios, hará casi dos siglos, fueron apartados de la iglesia romana y llevados a la hoguera –explicó el sacerdote.

Todos los presentes, que se contaban en más de una treintena, al escuchar aquellas palabras dieron un paso atrás, como si la arqueta contuviese la misma peste. Don Ramiro se acercó al padre Romasanta y, al oído, dijo:

–Con el debido respeto, padre, os recuerdo que todo lo que se encuentra en este solar es de mi propiedad y me pertenece –y, dirigiéndose al Morrón, le ordenó–: ábrela, veamos qué hay dentro.

Puñal en mano, Troilo avanzó un paso, se arrodilló y, de dos golpes certeros, reventó la cerradura. Luego, introdujo la mano en la arqueta y sacó un pequeño pergamino de vitela, que el padre Romasanta, a la luz de un candil, identificó como propio de la Orden del Temple, pues el sello, además de estar estampado sobre nueve vueltas de hilo de seda, representaba a dos caballeros compartiendo una sola montura.

–Romped el sello, padre, así sabremos qué dice ese pergamino –dijo Johan.

El padre Romasanta se resistió un instante, pero, mordido por la curiosidad, acabó por romper el sello y leer el contenido, que apenas le llevó un golpe de vista.

–¿Esto es todo? –preguntó–. ¿No hay nada más en esa arqueta?

El Morrón volvió a meter la mano, rebuscó en su interior, y, al poco, mostró un lienzo, de color pajizo, que traía envuelto un

pequeño trozo de madera.

El padre Romasanta abrió los ojos como platos.

–¿Se puede saber qué dice ese pergamino, padre? –se interesó Johan.

El padre Romasanta se santiguó. Tenía el rostro descompuesto.

–*¡Lignum Crucis!* –dijo.

La noticia corrió como la pólvora y, aquel mismo día, vecinos y moradores de Toledo, noticiosos del milagroso hallazgo, se congregaron frente a la taberna de Tello, donde miembros de la cofradía del Hospital de la Piedra custodiaban la arqueta y su preciado contenido. Los padres inquisidores, los canónigos de Santa María y los principales prohombres fueron los primeros en llegar, interesados en conocer las circunstancias en que se había producido el hallazgo y deseosos de ver, con sus propios ojos, aquella magnífica reliquia, que se tenía por la más preciada de toda la cristiandad.

Lignum Crucis, repetían, maravillados, al verla.

Y, santiguándose, se prosternaban para rezar un Padre Nuestro, un Ave María o la primera oración que se les venía a la cabeza.

Los inquisidores, al igual que las dignidades del cabildo, insistieron en custodiarla. A su parecer, una taberna no era lugar digno para guardar semejante reliquia. Sin embargo, don Ramiro de Burgos no daba su brazo a torcer, asegurando que, de entregarla, solo lo haría a un enviado del Papa, a la reina de Castilla o al arzobispo de Toledo.

Fueron muchas, amén de la devoción que despertó entre los toledanos, las consecuencias que se desatarían a raíz de tan asombroso descubrimiento. Una de las principales fue tomar por mártires a las cinco niñas fallecidas durante el incendio, y por asesinos a los incendiarios, de manera que los hermanos García Belmonte, por evitar que el común se tomase la justicia por su mano, se vieron en la necesidad de solicitar la protección del corregidor.

Dos días más tarde, al amanecer, una cohorte de soldados se presentó, de improviso, en la colación de Santiago del Arrabal, despejaron de curiosos la calle donde se hallaba El Ojo de Buey, se apostaron en las esquinas, para que nadie transitara, salvo los vecinos y moradores de las casas colindantes, e inspeccionaron a fondo la taberna, asegurándose de que no quedase nadie, excepto don Ramiro de Burgos, el padre Romasanta, y los miembros fundadores de los Hermanos del Hospital de la Piedra.

–¿A qué tanta exigencia? –preguntó don Ramiro de Burgos a los soldados que inspeccionaban las habitaciones.

–El señor cardenal –respondió uno de ellos.

Horas más tarde, acompañado de cuatro hombres, con aspecto de prósperos mercaderes, se presentó el arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, a quien muchos, por su fama y poderío, titulaban tercer Rey de España.

–Acaso, en esta taberna, no se tiene por costumbre dar de beber al sediento –dijo, en tono jovial, al tiempo de entrar y sentarse a la mesa, como si fuese un vecino más, de los muchos que frecuentaban El Ojo de Buey.

Tello tomó una taza, la más lustrosa que tenía, y, con manos temblorosas, la puso delante del cardenal, junto con una jarra de su mejor vino.

–¿Vuestras mercedes no me acompañan? –preguntó don Pedro.

Don Ramiro de Burgos y el padre Romasanta tomaron asiento. Tello se apresuró a poner otras dos tazas, que don Pedro se encargó de llenar. Johan, el Esquila, el Gacela y Troilo se quedaron de pie, al igual que los hombres que acompañaban al arzobispo y los dos soldados que guardaban la puerta.

–Sentado en este banco, con este vaso de vino entre las manos, me vienen recuerdos de mocedad –dijo, con añoranza, don Pedro, mirando a su alrededor–. En mis años de estudiante en Salamanca,

frecuenté no pocas tabernas como esta –reconoció. Y, tras llevarse la taza a la boca y paladear un sorbo de vino, se volvió al padre Romasanta–: por lo que tengo oído, antes de viajar al Estudio General de París, vos, al igual que yo, os doctorasteis en los dos derechos.

–Así es, como su Eminencia Reverendísima, también en Salamanca.

El cardenal levantó las manos.

–Apartaos de formalismos, don Santiago –dijo–, quisiera que vos y don Ramiro de Burgos, de quien tengo excelentes noticias, por ser uno de los principales tratantes de Castilla, me consideraseis como a un viejo amigo.

–Como su Eminencia Reverendísima disponga –respondió el padre Romasanta.

El cardenal sonrió, consciente de lo que su presencia imponía, pues, además de Cardenal de España, ostentaba los títulos de Patriarca Alejandrino, Arzobispo de la Santa Iglesia de Toledo, Primado de las Españas, Canciller del Reino de Castilla y Obispo de Sigüenza.

–Supongo que vuestras mercedes presumirán los motivos que me han traído –dijo.

Don Ramiro hizo un gesto y Troilo, que se hallaba en una esquina sombría de la bodega, custodiando la arqueta, la tomó y la dejó al alcance del arzobispo. Don Pedro señaló la única mesa de la bodega, que, por hallarse bajo una ventana, recibía luz natural y, como si estuviese solicitando una merced innecesaria, dijo:

–Si vuestras mercedes no tienen inconveniente, me complacería que la examinasen estos hombres, que son de mi entera confianza y se tienen por los más reputados maestros en sus oficios.

El Morrón trasladó la arqueta hasta la mesa que le había indicado el arzobispo y, sin perder un segundo, los cuatro hombres se

volcaron sobre ella.

–Habladme, entretanto, de los detalles del hallazgo –se interesó don Pedro, mientras rellenaba las tazas–. Decidme, ¿cómo ha ocurrido?

Martín el Esquila, que había estado presente, al igual que el Morrón y el Gacela, en el momento de producirse el descubrimiento, se acercó a la mesa del arzobispo, bajó humildemente la cabeza, y, tomando la palabra, aseguró que todo había sucedido después de que Mateo Sarmiento, el maestro de obras, ordenase sacar las cubas, para limpiar la bodega. A decir de Martín, se había necesitado la fuerza de varios hombres para mover los poínos de aquellas cubas, que parecían estar, por los muchos años que llevaban asentados, clavados al suelo.

Don Pedro González de Mendoza se quedó callado un instante, pensativo, observando a Martín. Luego, exhibiendo una amplia sonrisa, miró al padre Romasanta.

–Vuestra paternidad es un hombre ilustrado, maestro en teología –dijo–. Quisiera conocer, si no tenéis reparo, qué opinión os merecen las reliquias de la cristiandad.

El padre Romasanta, confiado, quizás, por la cercanía y humildad que mostraba el arzobispo, decidió no reservarse y manifestarse a las claras.

–Yo, señor, solo sé lo que tengo escuchado y leído en algunos libros de dudosa reputación –respondió–. He escuchado que el prepucio de Nuestro Señor se halla en Roma, en Burgos y, también, en la catedral de Nuestra Señora de Anversia; que las cabezas de San Juan Bautista, pues al parecer debió tener dos, una se encuentra en Roma y la otra en Francia, en la ciudad de Amians; que los clavos de Cristo, que en principio eran tres, uno se guarda en Roma, otro en Milán, otro en Colonia, otro en París, otro en León y otros en otros tantos lugares, que mi memoria no acierta a recordarlos todos; que

dientes que mudaba Nuestro Señor, cuando niño, pasan de quinientos solo en Francia; que se conserva, en una ampolla, leche de Nuestra señora; que se tienen guardados los cabellos con los que María Magdalena terció los pies de Cristo, muelas de San Cristóbal, una ala del ángel San Gabriel, y hasta el huelgo de la mula y el buey, que acompañaron a nuestro señor, durante su nacimiento. Tengo oído que los cuerpos de los tres reyes magos que adoraron a Nuestro Señor en Belén, se hayan soterrados en Colonia, pero, también, que yacen en una ciudad del Imperio de Cataya, de nombre Solín; que en la ciudad de Núremberg puede verse la lanza con la que Longinos atravesó el costado de Nuestro Señor, y que esa lanza también puede contemplarse en Constantinopla. Precisamente, en esta ciudad, en la Iglesia patriarcal de Santa Sofía y en otras iglesias, como la de San Juan Bautista o San Juan de la Piedra, pueden verse los dos brazos completos del Bautista, las parrillas en que fue asado San Lorenzo, el pan que compartió Nuestro Señor en la cena del Jueves Santo, la esponja con la que le dieron vinagre y hiel cuando estaba en la cruz, una bujía con la sangre de su costado, y hasta un cendal colorado con sus barbas, cuando los judíos lo crucificaron.

Don Pedro sonrió, haciendo no pocos esfuerzos por tener la risa.

–¿Y qué noticias tenéis de las reliquias toledanas, que don Urbano, arzobispo de Toledo, y don Pelayo trasladaron en cierta arca al Norte de la península, para que no cayesen en manos moras? –siguió preguntando.

–Sobre eso, no sé mucho –admitió el padre Romasanta, consciente de que don Pedro tenía las respuestas–. En esa arca, de la que habla vuestra eminencia, aparte de algunas cosas que ya he nombrado, como la sangre del costado de Nuestro Señor, al parecer se hallaban partes de su manto y de su sayo, algunos paños con los que fue envuelto en el pesebre, una espina de la corona que llevó sobre su cabeza, un trozo de maná, y otro del pan con el que dio a

comer a cinco mil hombres. También, por lo que tengo entendido, se hallaban las manos de San Esteban, la sandalia del pie derecho de San Pedro apóstol, la frente de San Juan Bautista, los cabellos de los inocentes, muchos huesos de santos y profetas, y los de los tres niños que fueron echados al horno, por mandato del rey Nabucodonosor.

–Más que huesos, cenizas hubieron de quedar, de haber sido arrojados al horno esos pobres mancebos –afirmó el cardenal, como si estuviese de acuerdo en que muchas de aquellas reliquias no eran sino invenciones y fantasías de la Iglesia, por alimentar la devoción. Sin embargo, de repente mudó el semblante y, mirando a los ojos al padre Romasanta, inquirió–: ¿y qué tenéis que decir del hallazgo en vuestro hospital?, ¿pensáis que pueda tratarse del verdadero *Lignum Crucis*?

El padre Romasanta se mostró titubeante, intuyendo que iba a meterse en aguas en las que no le resultaría sencillo navegar. Don Ramiro de Burgos, que se había mantenido, hasta ese momento, como mero espectador, intervino por sacarle del apuro y darle tiempo a responder.

–Disculpad mi ignorancia, eminencia, yo no soy de muchos latines –dijo–. Sé bien que el *Lignum Crucis* se refiere a la Santa Cruz, donde estuvo crucificado Nuestro Señor Jesucristo, pero ¿qué significa en realidad?

Don Pedro, cultivado en muchas letras, no dudó en responder, y explicó que Santa Elena, cuando viajó con su hijo Constantino a Jerusalén, en el año 326, había encontrado en el Gólgota, dentro de una balsa de agua, tres leños, que pertenecían a las cruces donde habían sido crucificados Gestas, Dimas y Jesús. Para saber cuál de aquellos leños procedía de la cruz de Nuestro Señor, se tomó a un enfermo, que empeoró cuando tocó el leño en que había sido crucificado Gestas, que mejoró cuando rozó el de Dimas, y que terminó por sanar cuando tocó el de Nuestro Señor. Casi tres siglos

después de aquel milagroso hallazgo, siguió diciendo el cardenal, Parviz, el Victorioso, emperador sasánida, robó el santo leño, aunque pocos años más tarde, el emperador de Bizancio, Heraclio, lo recuperó y, por evitar nuevas usurpaciones, lo mandó partir en varios pedazos.

–Uno fue a parar a Constantinopla –aseguró don Pedro–, otro a Roma, otro a Jerusalén y el último se dividió en algunos trozos, como el que se trajo Santo Toribio de Liébana, y en multitud de astillas, para que pudieran repartirse entre toda la cristiandad. A esas astillas, les decimos *Lignum Crucis* –y, volviéndose de nuevo al padre Romasanta, insistió–: ¿qué piensa vuestra paternidad? ¿nos hallamos ante el *Lignum Crucis*?

El padre Romasanta asintió, en el preciso momento en que los maestros se incorporaban, para llegarse hasta la mesa del cardenal. Habían llegado a un veredicto.

–¿Y bien? –preguntó, ansioso, don Pedro.

El maestro orfebre fue el primero en declarar, afirmando que la arqueta tenía una antigüedad de dos siglos, que había sido fabricada por maestros francos, y que, sin lugar a dudas, pertenecía a la Orden del Temple. El segundo en intervenir, el maestro pergaminero, certificó que tanto la vitela como el sello, que también atribuyó a los caballeros templarios, databan de la misma época. El maestro de sederos, por su parte, constató que el trenzado de los hilos de seda, que envolvían con nueve vueltas el pergamino, como el del lienzo donde estaba envuelto el trozo de madera, eran antiquísimos y muy diferentes de los trenzados que se hacían a la fecha. Por último, el maestro tallador afirmó que solo una vez había visto madera como aquella, tallada en una pequeña cruz, que cierto viajero florentino llevaba colgada del cuello, y que aseguraba haberla traído de tierras de Jerusalén.

Don Pedro González de Mendoza observó la reliquia con detenimiento. Su rostro lechoso se había iluminado, como si, de pronto, hubiese recibido la luz del sol.

–¿Qué queréis a cambio? –preguntó, alzando la vista.

–Justicia, eminencia –dijo don Ramiro de Burgos.

–¿Justicia? –repitió, extrañado, el cardenal.

–Sí, eminencia, justicia –volvió a decir Johan–. Justicia y algo más.

Don Pedro cruzó las manos sobre las rodillas.

–¿Algo más? –repitió–. Hablad, os escucho.

A la mañana siguiente, acompañado de una docena de hombres de armas, don Pedro González de Mendoza abandonaba Toledo.

Llevaba consigo el *Lignum Crucis*.

Apenas unas horas más tarde, los hermanos García Belmonte y algunos de sus criados, entre los que se contaba el Niño Alonso, fueron apresados por soldados del rey. Al igual que los condenados por herejía, fueron llevados al cadalso de la plaza de Zocodover y expuestos al común de Toledo, donde les acusaron de provocar la muerte de cinco niñas en el Hospital de la Piedra. La sentencia se cumplió sin dilaciones y, en aquel mismo instante, les despojaron de sus ropas, les dieron treinta golpes de látigo, los desposeyeron de todos sus bienes y haciendas y, desterrados de Toledo, los encarcelaron a perpetuidad.

–Esta es la justicia que manda hacer la comunidad de Toledo, quien tal la hace tal la paga –les iban gritando por las calles, mientras los soldados les sacaban, encadenados, por la puerta Bisagra.

---

*. El día 15 de mayo fueron llamados a reconciliarse, con un plazo de treinta días, los vecinos del arcedianazgo de Toledo y, con cuarenta,

los de Madrid y Guadalajara. Ese mismo día, lunes, se leyó una carta de llamamiento, dando un término de noventa días, para todos los que se habían ausentado o huido, entre los que se contaban tres frailes de San Jerónimo y ciertos clérigos de Toledo.

**. El domingo, 11 de junio, salieron en procesión, para recibir sus penitencias, hasta setecientos cincuenta moradores de las parroquias de Santa Olalla, San Martín, San Antolín y Santo Tomé. Y para el domingo siguiente, fueron llamados a reconciliarse, con plazos de treinta y cuarenta días, los vecinos de los arcedianazgos de Alcaraz, Talavera, Cazorla y Calatrava.

EPÍLOGO

El padre Romasanta, don Ramiro de Burgos, Johan el Toledano, Martín el Esquila, Blas el Gacela, Troilo el Morrón y Tello el del Arrabal, esperaban en el patio del palacio de Guadalajara, donde, hacía más de un año, aquejado de cierta enfermedad, se había retirado don Pedro González de Mendoza.

Ignoraban los motivos por los que el cardenal les había convocado.

Corrían los primeros días del mes de enero del año de 1495.

El frío arreciaba.

En el centro del patio, al lado de una fuente, por cuya taza de mármol discurría el agua, se hallaban dispuestas una pequeña mesa baja, una silla forrada de terciopelo carmesí con los pomos dorados, y, flanqueándola, dos braseros con ascuas.

Los pájaros, enjaulados en una de las cuatro galerías que circundaban el patio, alborotados con la presencia de desconocidos, se sosegaron con la llegada de don Pedro.

El cardenal, cubierta la cabeza con el capelo cardenalicio, se presentó acompañado de cuatro criados. Dos le condujeron hasta la silla, pues, ya devastado por la enfermedad, apenas podía dar dos pasos. Otro llevaba una arqueta metálica, con una cruz ancorada de color pardo, que dejó sobre la mesa y que el padre Romasanta, al igual que el resto de convocados, reconoció al instante. El último de los criados, vestido con loba escarlata, traía, de la mano, un pergamino.

–¿Han tenido buen viaje vuestras mercedes? –preguntó don Pedro, con una voz débil, que apenas podía escucharse.

–A Dios gracias, eminencia –respondió don Santiago.

Don Pedro juntó las manos.

–He requerido vuestra presencia, porque tengo algo importante que deciros –dijo. A continuación, hizo un gesto con la cabeza, casi inapreciable, y uno de sus criados, el que había traído la arqueta, la abrió y, tomando el *Lignum Crucis*, lo lanzó al brasero.

–¡Por amor de Dios, eminencia! –exclamó, horrorizado, el padre Romasanta.

–Despreocupaos, padre, esa reliquia es una nonada –dijo. Y, mirando al resto de sus invitados, preguntó–: siempre he sabido que se trataba de un trozo de madera vulgar, pero quisiera conocer de quién partió tamaña ocurrencia y cómo lograsteis engañar a los maestros que se ocuparon de examinarla.

Don Ramiro de Burgos avanzó, con la cabeza gacha y se postró de hinojos.

–De mí, eminencia, la idea salió de mi cabeza –dijo–, y esa arqueta es templaria, no hay engaño, la compré en Amberes, el año que estuve en su feria.

–Todos participamos, ilustrísima –añadió Johan, clavándose, igualmente, de rodillas–. Yo me hice con el cordón de seda grana y con el paño para envolver la madera.

El padre Romasanta les miró embobado, no daba crédito.

–Yo copié y compuse el sello de cera de los caballeros templarios –confesó Martín.

–Yo escribí «*Lignum Crucis*» en una vieja vitela, que pertenecía a mi maestro, don Bernardino López, escribano del número – reconoció Blas el Gacela.

–Yo compré la madera hace mucho tiempo, a cierto viajero que pasó por mi taberna y me aseguró que procedía de tierras de

Jerusalén –confesó Tello.

–Y yo solo, con mis brazos, la noche anterior al hallazgo, levanté el poíno, para colocar los huesos y la arqueta –reconoció Troilo.

Don Pedro González de Mendoza sonrió.

–Eminencia, si sabíais que se trataba de un engaño, ¿por qué tomasteis la reliquia por verdadera? –preguntó el padre Romasanta–, ¿por qué aceptasteis las exigencias?

–Porque la causa que reclamó don Ramiro de Burgos era justa y los hermanos García Belmonte, por todos sus crímenes, merecían los castigos que les impusieron –respondió el cardenal. Luego se volvió a Johan–: y porque ese «algo más», que vos solicitasteis, don Johan, también era de justicia que se cumpliera.

El criado de la loba escarlata avanzó un paso y desplegó el pergamino.

–Sepan, vuestras mercedes, que su ilustrísima, don Pedro González de Mendoza, «después de todos los cargos, mandas y legados, ha mandado edificar una casa grande y suntuosa, acomodada para hospital, en el lugar donde se hallan las casas del deán y del cabildo, adquiriendo, si es necesario, las casas contiguas y los terrenos alrededor de dichos edificios. Y que, hecha dicha casa y hospital, con su capilla, sea fornida y proveída de capellanes, y ornamentos, y otras cosas concernientes al altar, y de camas, y de medicinas, y médicos, y cirujanos, y servidores y de las otras cosas y convenientes para acoger y curar a los enfermos que a él quisieren venir y para criar los niños expósitos»[*].

Johan se acercó al cardenal y, con lágrimas en los ojos, besó su mano:

–En nombre de todos los expósitos, que Dios os bendiga, eminencia.

–Recordad, hijos míos, y nunca olvidéis –dijo don Pedro–, que habréis de llamarlo, en memoria de Nuestro Señor Jesucristo,

Hospital de Santa Cruz.

---

*. Don Pedro González de Mendoza falleció el 11 de enero de 1495. El remanente de sus bienes, hechos los cargos, mandas y legados, fue de setenta y cinco mil ducados, empleados en la fundación del Hospital de Santa Cruz, en la ciudad de Toledo. El hospital no llegó a construirse en el lugar inicialmente indicado, y la reina Isabel, albacea testamentaria de don Pedro, eligió un lugar a las afueras de la ciudad, pero tocando a ella, junto al Arco de la Sangre, donde existía un palacio real, conocido como el alcázar de Santa Fe, que fue derruido, para levantarse el Hospital de Santa Cruz. La bula de creación pontificia, recibida en vida del cardenal, llegó a Guadalajara el 10 de octubre de 1494. La bula de aprobación papal en 1496. La bula que aprobaba las constituciones en 1497. La aprobación del cabildo de Santa María en 1501. Las obras comenzaron en el año de 1504 y concluyeron en 1514. En la actualidad el Hospital de Santa Cruz se destina a un uso muy diferente para el que fue concebido.

El Hospital de la Piedra. Historia de un converso toledano
Gregorio G. Olmos





Esta novela fue finalista del XLV Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Javier Sierra, Desiree Vázquez Becerra, Severiano Pajares Fort, Carlos Erviti, Jesús Martín Santoyo, María Isabel López Martínez, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición en libro electrónico (EPUB): abril, 2026

© Gregorio G. Olmos, 2026
© Fundación José Manuel Lara, 2026
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Imagen de cubierta: Georges de La Tour, *Santa Ana con el Niño Jesús*, c. 1645-1650
Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ISBN: 978-84-19132-90-1 (EPUB)